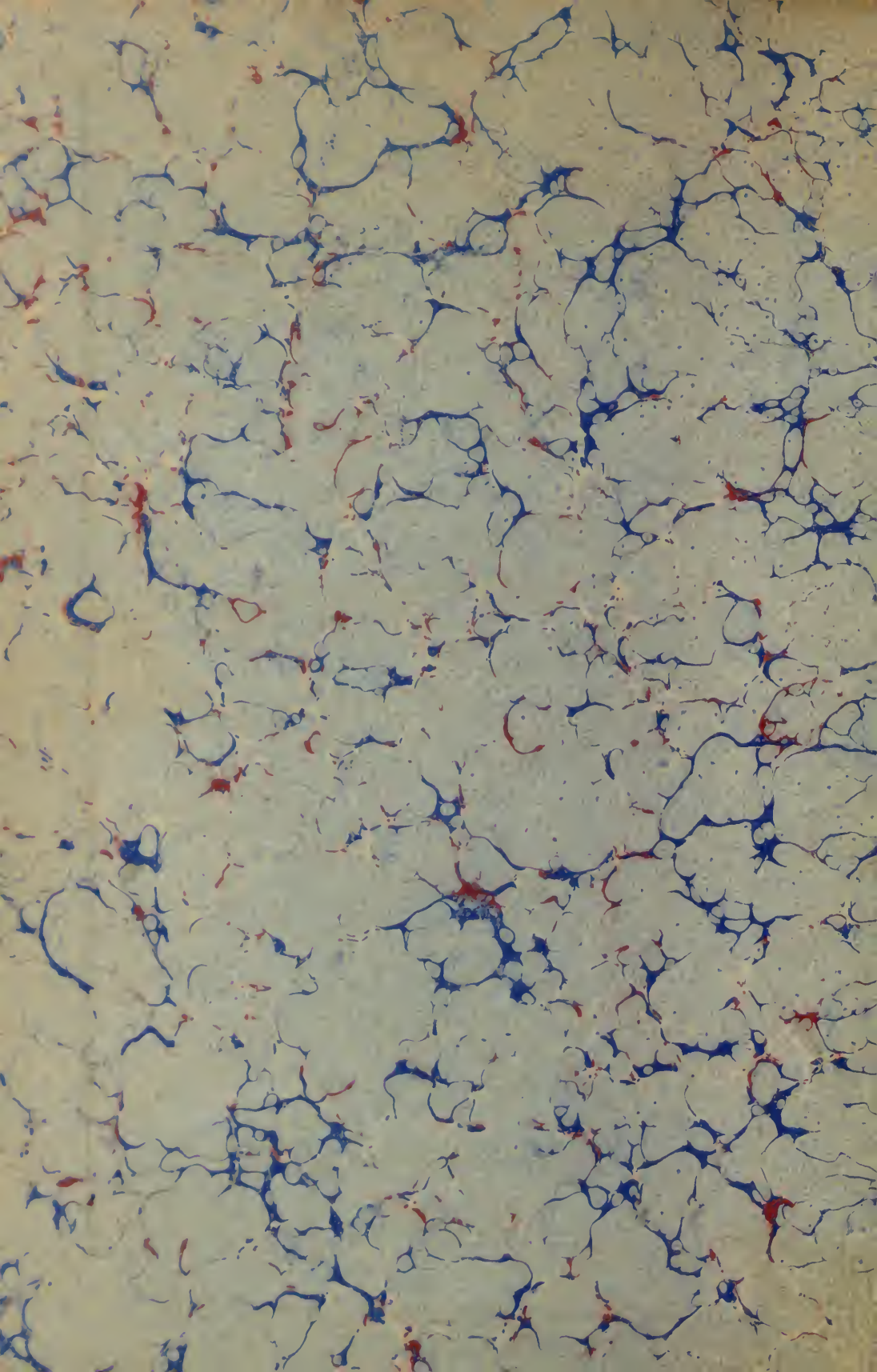
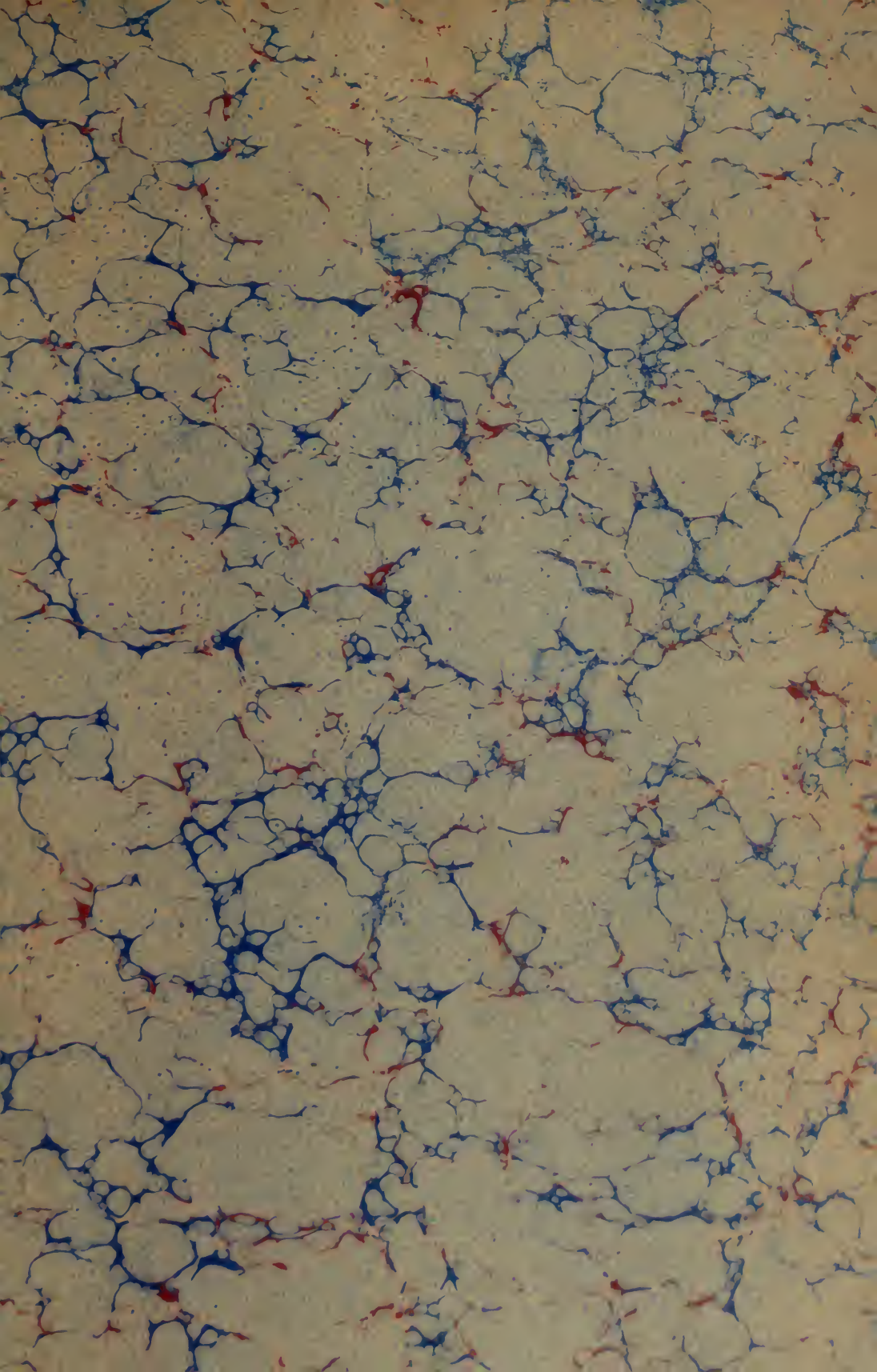




3 1761 07802874 3





EL
BEATO JUAN DE ÁVILA
Y LA
LITERATURA MÍSTICA EN ESPAÑA



2583

Yc

LIBRO 1161507

EL
BEATO JUAN DE AVILA

su tiempo, su vida y sus escritos

Y LA

LITERATURA MÍSTICA EN ESPAÑA

POR

D. Agustín Catalán Latorre,

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS.




ZARAGOZA

Tip. de Comas hermanos, Pilar, 40

1894

108362
13 | 3 | 11



Es propiedad del autor,
que ha hecho el depósito
que marca la ley.

A mi querido padre politico, D. San/
tiago Sañudo y Ruiz.

A nadie, mejor que á Vd. puedo dedicar, queridísimo padre, este mi modesto trabajo.

Vd. me aleccionó con sus consejos, me animó con sus ejemplos, y me alentó, en mis empeños, con sus cariñosas advertencias, sábias y prácticas, como fruto de la experiencia de una vida ya larga, circundada por la aureola de la honradez más acrisolada y de la más activa laboriosidad.

Figurando el nombre de Vd. á la cabeza de mi libro, me parecerá más apreciable.

Sé que Vd. ha de estimarlo en mucho, aunque poco valga, como obra mía, al fin.

Acepte Vd. pues, esta dedicatoria como pago bien insignificante á los buenos consejos de Vd. y al amor que profesa á sus hijos y á sus nietos, y como testimonio del acendrado cariño que le tiene su hijo

Agustín

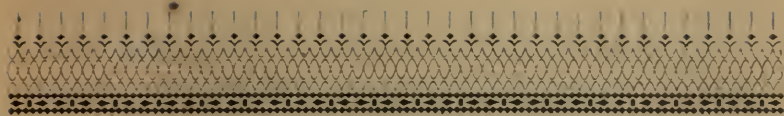
LICENCIA ECLESIAÍSTICA

Damos nuestro permiso y licencia para que pueda imprimirse el libro titulado *El Beato Juan de Avila y la Literatura Mística en España*, escrito por D. Agustín Catalán Latorre, Licenciado en Filosofía y Letras, mediante que de nuestra orden, ha sido examinado, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.

Zaragoza 4 de Noviembre de 1894.

B. Card. Arzobispo





PRÓLOGO

NUESTRA literatura mística es una de las muchas glorías patrias, de las que nos podemos envanecer.

Sin precedente en la historia de ninguna literatura, sin que haya podido avecindarse en ninguna otra nación, sin que tenga semejanza con ningún género literario, la mística española es tan genuinamente nacional, como la castiza novela de nuestro siglo de oro, en el cual florecieron los místicos españoles, que tanto contribuyeron á la brillante terminación de ese soberbio monumento del habla castellana.

Fundador del lenguaje místico fué el Venerable Maestro Juan de Avila.

Y en la pléyade brillantísima, formada por Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús y el P. Malón de Chaide y tantos y tantos esclarecidos ingenios, Juan de Avila figura en primera línea no tan solo por ser el primero en el orden cronológico sino porque, realmente, son sus obras de un mérito indiscutible, pudiendo ponerse en parangón con las más acabadas en el género de los escritos místicos y ascéticos.

Conocidísimo, discutido y comentado hasta la saciedad el autor de la *Perfecta casada*; estudiadas con mucho detenimiento y por muchos autores las obras de Fray Luis de Granada; no menos que las producciones de la inmortal virgen y doctora abulense, y las de algunos otros de los principales místicos de los siglos XVI y XVII; apenas si se ha dicho nada del ilustre Maestro de Almodóvar cuya importancia es tan grande en la Literatura patria, que no dudamos en equipararla á la de las primeras figuras de aquélla.

El día que se haga una historia crítica de nuestra literatura mística, el nombre del

Maestro Avila irá á la cabeza de ella; y bien merecía, por cierto, la pena de que se estudiase detenidamente ese monumento de nuestras letras que tantas y tantas bellezas atesora.

Nuestro propósito, al emprender este modesto trabajo, no ha sido otro que explorar un campo, donde muchos frutos podrían recogerse, tomando el tiempo y el trabajo necesarios para la obra.

La vida del P. Juan de Avila, hoy exaltado á la veneración de los altares, no es muy conocida, con ser, verdaderamente admirabilísima.

Nosotros la exponemos en compendio, como no es posible otra cosa, dadas las dimensiones que nos hemos propuesto dar á la obra.

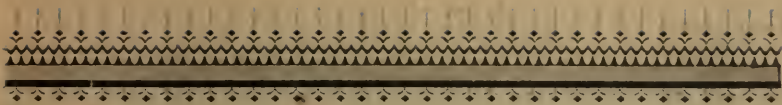
Muy compendiadas aparecen también las partes consagradas á estudiar el tiempo y los escritos del Beato Maestro y no menos la dedicada á la Literatura mística en general.

Encariñados con el asunto hubiéramos deseado tratarlo con el detenimiento debido, empresa que necesariamente exigiría la publicación de muchos volúmenes, para la cual, si nos sobran alientos, nos falta tiempo y también conocimientos.

Más modestas nuestras aspiraciones limitámonos á lo que el lector verá, si tiene la benevolencia para con nosotros de pasar la vista por el trabajo que le ofrecemos.

EL AUTOR.





PARTE PRIMERA

EL BEATO JUAN DE ÁVILA

SU TIEMPO, SU VIDA Y SUS ESCRITOS

CAPÍTULO PRIMERO

El siglo XVI

CUANDO se estudia, sea bajo el punto de vista que se quiera una personalidad determinada, precisa, ante todo, conocer el tiempo en que vivió.

Las circunstancias hacen muchas veces los hombres; las condiciones de tiempo y de lugar, influyen por modo tan especial en los individuos, que los conducen por determinados derroteros, independientemente de otras circunstancias.

Para juzgar los hombres y los hechos hay que juzgar previamente la época en que vivieron aquéllos y la en que sucedieron éstos.

Antes, pues, de comenzar nuestro trabajo acerca del ilustre místico y venerable ascético el Beato Juan de Avila, conviene que pasemos una mirada, siquiera sea rápida, sobre aquella centuria gloriosa, en la cual el Maestro de Almodovar floreció con todo el brillo de sus virtudes y de sus escritos.

El siglo xvi es, acaso, el más fecundo en hombres ilustres, en empresas grandes, en obras gigantescas, de todos los que en su historia cuenta la vieja Europa.

Siglo de luchas violentas, lo mismo en lo material que en lo espiritual, siglo de controversia, siglo de agitación inusitada, siglo de protesta y de combates y de inventos y de descubrimientos, fué para nuestra patria querida, gloriosísimo como ningún otro.

España llegó por entonces al mayor grado de esplendor posible.

Jamás nación alguna, y esto dicho así no es, ni puede ser, hipóbole nacida de nuestro orgullo patrio-excitado, jamás nación alguna brilló en los anales de la historia con el esplendor que nuestra España en la décima sexta centuria.

Ni Grecia con todos los esplendores de su civilización clásica, ni Roma con todo el poderío de sus legiones conquistadoras y con todo el talento de sus capitanes ilustres y con todos los prestigios de sus leyes promulgadas por todas partes, ni las antiguas civilizaciones orientales, ni los más próximos poderes medioevales, ni institución alguna de los antiguos ó de los modernos tiempos, llegaron á donde nuestros antepasados del siglo xvi.

Asombra verdaderamente el contemplar aquella nación, poderosísima más que nunca á raíz de la lucha siete veces secular á la que acababa de poner término.

Setecientos años de vida intranquila y azarosa, en perpetua guerra para reconquistar palmo á palmo la patria perdida y conteniendo á fuerza de sangre y de

heróicas proezas la avalancha de la invasión musulmíca que gracias á los esfuerzos de nuestros mayores no hizo sentir las tristes consecuencias de la conquista quizás á toda la Europa: siete siglos de vida de combate en nuestro suelo, durante los cuales aun quedaban tiempo, valor y sangre para conquistar reinos como Sicilia y dar á los extranjeros reyes como don Pedro III el Grande y asombrar al mundo con las proezas en Oriente de nuestros catalanes y aragoneses; siete siglos de heróicas hazañas, siete siglos de epopeya que, por fin, nos valieron el conseguimiento de la unidad nacional, no habían agotado las energías de aquella raza que, no teniendo ya enemigos á quienes vencer en el patrio suelo, iba á buscarlos fuera y pareciéndole poco luchar contra la furia de los hombres lanzábase á luchar contra la furia de los elementos, cruzando, atrevida, mares ignotos para admirar al viejo continente con el descubrimiento, la conquista y la civilización de un nuevo mundo.

Un nombre. España, llena la hermosa página de la historia Universal en aquel lapso de tiempo comprendido entre la muerte de Isabel la Católica y la del prudente rey D. Felipe II.

España cruza el estrecho no satisfecha todavía con haber arrojado de su suelo los últimos menguados restos de los árabes dominadores; y frescos aun los inmarcesibles laureles de Granada, aquel gran Cardenal Cisneros tan hábil político, como diplomático consumado, como teólogo eminente, como literato singularísimo, conduce en persona un ejército á la victoria y con la toma de Orán añade nueva corbata de gloria al pabellón nacional que muy en breve iba á pasear victorioso por el nuevo y por el viejo continente. (1)

(1) Es curioso el poder y patente de Capitán general que á 20 de Agosto de 1508 dió en Toledo el rey al Cardenal Fray Francisco Gimé-

Carlos de Gante viene á ocupar por legítima herencia el trono de San Fernando y muy pronto comenzará á destacar en Europa su arrogante figura realizada por el prestigio, el valor y la nobleza del pueblo español.

Hijo de una madre loca y de un padre frívolo y tornadizo, que más cuidara de justificar el calificativo con que la historia le conoce que de emular las glorias de sus mayores, Carlos de Gante no parecía llevar en sí, cuando niño, el gérmen del genio que impulsa, cuando hombres, á las grandes figuras de la historia.

No, no parecía lógico suponer que aquel rey Hermoso y aquella reina loca, enjendrasen uno de los más grandes monarcas de la historia.

La ley de herencia presenta en este caso un fenómeno bien digno del estudio de la moderna ciencia antropológica, no porque no sea harto frecuente el hecho de que no hereden los hijos las altas prendas intelectuales de los padres ó de que salgan hijos ilustres de progenitores menguados en lo intelectual.

nez de Cisneros para que hiciese la jornada y los aprestos necesarios para la toma de Orán.

Dice así:

«Por el servicio de Dios y por evitar los males y daños que los moros de allende hacen cada día en estos reinos, especialmente en las partes del reino de Granada y Andalucía, he acordado hacer y proseguir poderosamente la guerra contra dichos moros de allende. Con el mismo fin el Reverendísimo Cardenal de España. Arzobispo de Toledo quiere ayudar en esta santa empresa y personalmente ir como su general: por esto le expido y doy la presente carta.»

Llevó el Cardenal consigo á D. Rodrigo Moscoso, Conde de Altamira, á Pedro Arias de Avila, justador de los más valientes de su tiempo y á otros muy señalados caballeros que por ser empresa tan santa y honrosa se ofrecieron.

Partió la Armada del puerto de Cartagena y llegó sin recibir daño á tomar tierra en Africa sobre Mazalquivir.

Los españoles entraron al asalto en Orán el 17 de Mayo de 1509, jueves, día de la Ascensión.

Dice el ingenuo y castizo historiador que reseña esta hazaña que, «en tanto que el Arzobispo conquistaba á Orán estaba en San Francisco de Valladolid el Gran Capitán Gonzálo de Cordoba, recogido y rezando, pues sus oraciones valían ya con Dios como las armas valían en la tierra y sus manos levantadas al cielo como las de Moisés.—*His. del Emperador Carlos V.*—Sandoval. T. I Cap. XXV.

Pero Carlos de Gante que en nada había de parecerse á sus padres, heredó las dotes intelectuales, las virtudes acendradas y las geniales cualidades de su abuelo paterno Maximiliano, y de sus abuelos maternos Isabel la Católica y Fernando de Aragón.

¡Originales caprichos de la suerte ó misteriosos designios de la providencia! Aquel rey grande y conquistador que con sus empresas cambiara los destinos de la vieja Europa ocupó, durante casi toda su vida el trono, no habiendo muerto todavía el verdadero soberano; y vivo también y en la plenitud de su gloria, dejó el cetro y tomó el libro de oraciones, abandonó sus palacios y retiróse á las soledades de Yuste, quitóse la púrpura de sus hombros y la colocó en los de su hijo Felipe, olvidó las grandezas y las vanidades del mundo y pensó en la muerte, y pensando en ella, quiso asistir á sus propios funerales, y no sin que, de vez en cuando, se agitase con galvánicas sacudidas su temperamento de acero á las noticias que de la Corte llegaban á su celda, pasó rezando los últimos años de una vida, casi por entero consagrada á la lucha en los campos de batalla y á la lucha en los campos de la diplomacia.

De noble aspecto, de abierto y simpático parecer, de arrogante figura, de carácter enérgico pero también razonable, impetuoso en sus deseos, en sus propósitos tenaz, grande con la majestad de los antiguos Césares, valiente sin arrogancia, caballero sin ostentación, tuvo, el gran Carlos, al mundo en guerra por espacio de muchos años y él nunca la provocó. Católico sincero y fiel cristiano, bien á su pesar dirigió las armas contra el Pontífice de la Iglesia á quien hubo de retener en el castillo de San Angelo, y bien á su pesar sucedieron los horrores del Saco de Roma que recordaron las hazañas de aquellas hordas salvajes de los bárbaros del norte.

Y en cambio allá en Worms, en la celeberrima

dieta de este nombre, Carlos había dado el golpe de gracia á la naciente falsa reforma lanzando á la faz de sus vasallos tudescos las declaraciones católicas y la reprobación de las condenables doctrinas de Lutero al tiempo que mirando con desprecio al fraile apóstata había dicho con entereza aquella célebre frase de «por cierto no será este hombre el que me convierta en hereje.»

En lucha constante durante toda su vida, venciendo repetidas veces y tratando siempre generosamente á su constante enemigo el Emperador Francisco I de Francia, en viajes continuos por sus dilatados dominios del continente, presidiendo Cortes en España y dirigiendo Dietas en Alemania, mostrándose siempre nobilísimo caballero, valeroso capitán, sagaz político y hábil gobernante, llevando consigo y sin fatiga el peso de un reino como el de España y de un imperio como el de Alemania, Carlos I llegó á ser el soberano más poderoso de las antiguas y de las modernas edades.

Y mientras, en las soledades de Tordesillas se consumía lentamente, sola, y casi abandonada y sin casi en el mayor olvido, la verdadera señora de todas aquellas grandezas, la desdichada reina Juana, figura interesantísima de nuestra historia, en torno de la cual aún se ciernen tinieblas que la investigación no ha podido todavía disipar.

¿No hubieran sido otros los destinos de España y aun los de Europa sin la locura de amor que impidió reinar á la hija de los reyes católicos?

¡Designios inescrutables de Dios que encontramos en cada página de la historia de la humanidad!

Grande, muy grande fué Calos I y muy notadas sus empresas y muy inquieto su tiempo. En él sucedieron, como dice el historiador Sandoval, las guerras y la muerte de quinientos mil hombres, los mejores del orbe; las armas continuas de cincuenta años; las pri-

siones de reyes; el saco de Roma; los desacatos hechos á la humanidad, sin perdonar lo divino; las coléricas palabras habidas entre los príncipes; las ligas, contratos, juramentos, amistades reales de diversos modos violadas; los intereses, ambiciones, envidias mortales en los más altos y nobles corazones y voluntades fingidas: trato de la confederación de los unos con los turcos y de los otros con los herejes; vencidos por el odio y por vengar sus pasiones; y los incendios de los pueblos y de los campos que con el derramamiento de sangre y con rabia infernal tuvo lugar entre la gente común, cuando sus príncipes se hacían cruda guerra siendo estos males causa principal para que la gente vil y ordinaria se alzase, sembrando en el mundo mil desatinos, sacando las ascuas que entre cenizas dejaron cubiertas antiguos enemigos de la raza humana para abrasar los juicios razonados de los hombres de bien..... (1)

Grande muy grande fué Carlos I y allá le fué en grandeza, aunque por otros procedimientos mostrada la personalidad de su hijo Felipe II, príncipe sabio y prudente, tan discutido por la pasión de los partidos, que lo llaman unos el *Demonio del Mediodía* y lo tienen otros por el más preclaro de los hombres que ciñeron corona y empuñaron cetro.

Llena su figura gran parte del siglo XVI, y tan grande y tan magestuoso como su padre recorriendo sus dominios y dirigiendo sus capitanes, se nos aparece á nosotros Felipe II, pálido y taciturno, meditando la gobernación de sus estados en aquellas melancólicas soledades del Escorial; severo, con la severidad de la justicia extricta al dictar á sus secretarios las disposiciones de su voluntad inquebrantable; sereno en sus juicios, acertado en sus fallos, prudente en sus acciones, imponente y rodeado de una aureola de

(1) Sandobal. *Hís. de Carlos V.* T. I. L. I.

majestad incomparable allá en aquella silla del coro, en la Basilica de San Lorenzo, donde recibe, sin inmutarse y sin interrumpir sus preces al cielo la noticia faustísima de aquella memorable victoria de Lepanto.

Déspota y cruel y opresor de toda cultura llama el odio fanático de los sectarios al rey aquel que costeó la *Poliglota* de Amberes, grandioso monumento de los estudios bíblicos, como dice un ilustre crítico, no igualada en esplendidez tipográfica por ninguna de las posteriores, ni por la de Walton ni por la de Jay: á Felipe II que reunió de todas partes esquisitos códices para su biblioteca de San Lorenzo y mandó hacer la descripción topográfica de España, levantar el mapa geodésico que trazó el maestro Esquivel, cuando ni sombra de tales trabajos poseía ninguna nación del orbe y formó en su propio palacio una academia de matemáticas, dirigida por nuestro arquitecto montañés Heredia; y comisionó á Ambrosio de Morales para explorar los archivos eclesiásticos y al botánico Francisco Hernández para estudiar la fauna y la flora megicanas.

Pero toda la grandeza de los dos esclarecidos monarcas, todas sus fecundas iniciativas no hubieran alcanzado éxito material alguno, sin el valor y la energía de aquellos soldados españoles que tanta gloria ganaron en Pavía y en Otumba, en San Quintín y en Lepanto, que cubriéndose con ella por completo aun hubo de sobrarles cantidad tan grande para que pudiesen enorgullecerse todas las generaciones que se sucedan mientras haya patria española.

Pasearon triunfantes las armas españolas por Europa en aquel siglo xvi y cruzaron los mares en busca de nuevas glorias y allá en otro hemisferio las alcanzaron con los Hernán Cortés, y los Pizarro y los Almagro y los Nuñez de Balboa y los Orellana y tantos y tantos capitanes ilustres que con sus empresas verda-

deramente fabulosas llegaron á conseguir que jamás el sol se ocultase en los dominios de nuestra España.

Pero no so'lo en lo material, no solo en cuanto á los intereses de la tierra se refiere será nuestra España del siglo xvi de perdurable memoria. También en otro sentido fué entonces España la nación providencial que salvó á la humanidad.

Y bajo este punto de vista tan importantísimo bien pocos se paran á considerar los elementos constitutivos de nuestra historia en aquella gloriosa época.

Con sobrada razón afirma uno de los hombres más sabios de nuestros días, gloria de España y honra de las letras, que nadie ha hecho aun la verdadera historia de los siglos xvi y xvii.

Contentos con la parte externa, dice el eximio literato, distraídos en la relación de guerras, conquistas, tratados de paz é intrigas palaciegas no aciertan á salir los investigadores modernos de los fatigosos y monótonos temas de la rivalidad de Carlos V y Francisco I, de las guerras de Flandes, de la princesa de Eboli, del príncipe Carlos, de Antonio Pérez. Lo más íntimo y profundo de aquel periodo glorioso se les escapa.

Necesario es mirar la historia de otro modo, tomar por punto de partida las ideas, lo que da unidad á la época, la resistencia contra la herejía, y conceder más importancia á la reforma de una orden religiosa ó á la aparición de un libro teológico que al cerco de Amberes ó á la sorpresa de Amiens.

Cuando esa historia llegue á ser exacta, continúa diciendo admirablemente el escritor á que antes hacemos referencia, veráse con claridad que la reforma de los regulares vigorosamente iniciada por Cisneros fué razón poderosísima de que el protestantísimo no arraigase en España, por lo mismo que los abusos eran menores y que había una legión compacta y austera para resistir á toda tentativa de cisma.

Dulce es apartar los ojos del miserable luteranismo español para fijarlos en aquella serie de venerables figuras de reformadores y fundadores. En San Pedro de Alcántara, luz de las soledades de la Arrábida que parecía hecho de *raíces de árboles* según la gráfica expresión de Santa Teresa; en el venerable Tomás de Jesús, reformador de los Agustinos descalzos; en la sublime doctora abulense y en su heroico compañero San Juan de la Cruz; en San Juan de Dios, portento de caridad, en el humilde clérigo aragonés, fundador de las Escuelas Pías y finalmente en aquel hidalgo vascongado, herido por Dios como Israel y á quien Dios suscitó para que levantara un ejército más poderoso que todos los ejércitos de Carlos V contra la reforma. (1)

Vomitaba el infierno los errores abominables de la Protesta, y el apóstata y apasionado fraile de Eisleben había clavado sus noventa y cinco célebres tesis á la puerta del castillo de Witemberg y nada parecía oponerse á la avalancha de la falsa Reforma, los progresos de la cual no podían contener ni el Papa con sus excomuniones, ni los monarcas católicos con sus rescriptos, ni los tribunales inquisitoriales con sus hogueras, ni los frailes ortodoxos con sus sermones, ni los pensadores teólogos con sus razonamientos, cuando aquí, en un rincón de España formábase por divina permisión sin duda, la base del antemural más fuerte que había de oponerse á los estragos del protestantísimo.

Un español, de abolengo nobilísimo, en áulicas estancias educado, caballero cortesano, valiente y enamorado, más hecho al manejo de la espada que al uso del devocionario, cae herido mortalmente en el sitio de Pamplona y retirado á su castillo de Loyola donde sufre cruentísimas operaciones, toma por acaso

(1) Mendez y Pelayo, Historia de los heterodoxos españoles, t. II.

Y para entretener las horas interminables de su obligado reposo, un libro donde, no de milicias sino de santos se trata y el buen caballero siente en su pecho el fuego inextinguible de la vocación religiosa y hace votos de consagrarse de por vida al ejército de Cristo olvidando el ejército del emperador, y sueña con las glorias perdurables de las celestiales mansiones posponiendo las glorias del mundo que bien podía haber conquistado por su figura, por su valor y por su posición en la corte, y toma, por último sus armas y las cuelga á los pies de la Virgen de Monserrat y allá se consagra como caballero de Cristo y jura defender á la celestial señora contra malandrines y follones herejes y comienza los preparativos de su noviciado y escribe, luego, su inspirado libro de los *Ejercicios* y sienta, finalmente, los cimientos de la institución más admirable que ha existido y existe, después de la divina institución de la Iglesia católica.

De todas las grandes figuras del siglo xvi, de España y de fuera de España no hay quizás ninguna tan gigantesca como la de nuestro Íñigo de Loyola.

Por otra parte, como hace notar sabiamente el autor de la *Historia de los Heterodoxos españoles*, él, San Ignacio, «es la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro. Ningún sabio, ningún caudillo influyó tan poderosamente en el mundo. Si media Europa no es protestante débelo en gran manera á la Compañía de Jesús».

Es, pues, de todo punto necesario pararse en la contemplación de esa gran figura al estudiar la decima sexta centuria.

Muchas páginas serían menester para seguirle en su vida admirable pero basta á nuestro objeto, después de lo expuesto, contemplarle por un momento, allá, en las alturas de Montmatre, en la populosa capital de Francia, en el momento aquel de officiar en el sacrificio de la Misa ante sus heroicos compañeros

que de rodillas y humildes parecían lanzar como un extraño reto á los orgullosos heresiarcas alemanes que tanto daño estaban causando en las almas y que pronto iban á tener que batirse en retirada ante los embates de la naciente milicia de Cristo, capitaneada por aquel caballero vascongado. más tarde santo preclaro de la Iglesia, milicia que había de llenar el mundo con los frutos de sus victorias, asombrando, al propio tiempo, con sus sabios y con sus santos.

Y ya que de sabios y santos hablamos bueno será que notemos también otro de los puntos culminantes en la historia del siglo que nos ocupa.

Nos referimos al famoso Concilio de Trento que tanto influyó en la marcha de los acontecimientos y en el cual España figuró al frente de todas las naciones católicas.

El Concilio de Trento fué, en expresión de un ilustre publicista, tan español como ecuménico, si vale la frase.

No hay ignorancia ni olvido, dice también el eminente pensador á quien nos referimos, que baste á obscurecer la gloria que en las tres épocas de aquella memorable asamblea consiguieron los nuestros. Ellos instaron más que nadie para la primera convocatoria y trabajaron por allanar los obstáculos y las resistencias de Roma; ellos y principalmente el Cardenal de Jaén, se opusieron en las sesiones sexta y octava á toda idea de traslación ó suspensión. Tan fieles y adictos á la Santa Sede como independientes y austeros, sobre todo en las cuestiones de residencia y autoridad de los obispos, ni uno solo de nuestros Prelados mostró tendencias cismáticas, ni siquiera el audaz y fogoso Arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero, atacado tan vivamente por algunos italianos. Ninguno confundió el verdadero espíritu de reforma con el falso de disidencia y revuelta. Inflexibles en cuestión de disciplina y en clamar contra los abusos de la

curia romana jamás pusieron lengua en la autoridad del Pontífice, ni trataron de renovar los funestos casos de Constanza y Basilea. Pedro de Soto opinaba á la vez que la autoridad de los obispos era inmediatamente de derecho divino pero que el Papa es superior al Concilio. Cuando la historia del Concilio de Trento se escriba por españoles, dice Menendez Pelayo, y no por extranjeros, aunque sean tan veraces y concienzudos como el Cardenal Pallavicini ¡Cuán hermoso papel harán en ella los Guerreros, Cuestas, Blascos y Gonioneros; el maravilloso teólogo D. Martín Pérez de Ayala, Obispo de Segorbe, que defendió invenciblemente contra los protestantes el valor de las tradiciones eclesiásticas; el rey de los canonistas españoles Antonio Agustín comentador del *Decreto de Graciano*, corrector del texto de las *Pandectas*, filólogo clarísimo, editor de Festo y de Varrón, numismático, arqueólogo y hombre de amenísimo ingenio en todo; el Obispo de Salamanca, D. Pedro González de Mendoza, autor de unas curiosas memorias del Concilio; los tres egregios jesuitas, Diego Lainez, Alfonso Salmerón y Francisco de Torres; Melchor Cano, el más culto y elegante de los escritores dominicos, autor de un nuevo método de enseñanza teológica, basado en el estudio de las fuentes de conocimiento; Cosme Hortolá, comentador perspicuo del *Cantar de los Cantares*; el profesor complutense Castillo de Villalpando, filósofo y helenista, comentador y defensor de Aristóteles y hombre de viva y elocuente palabra; Pedro Fontidueñas, que casi le arrebató la palma de la oratoria, y tantos y tantos otros teólogos, consultores, obispos y abades como allí concurrieron entre los cuales, para gloria nuestra, apenas había uno que no se alzase de la raya de la medianía, ya por sabiduría teológica ó canónica, ya por la pureza y elegancia de su dicción latina, confesada bien á despecho suyo, por los mismos italianos.

Una serie de concilios provinciales puso rigurosamente en práctica los cánones del Tridentino á pesar de la resistència de los mal avenidos con la Reforma.

El protestantismo tan potente y vigoroso en Alemania é Inglaterra, en Francia y en Suiza no llegó á arraigar en España.

Ni cómo había de hacer prosélitos, dice el sabio antes citado: «cuando honraban nuestras mitras obispos al modo de Fr. Bartolomé de los Mártires, don Alonso Velázquez, D. Fr. Lorenzo Suarez de Figueroa, Fr. Andrés Capilla, D. Pedro Cerbuna, D. Diego de Cobarrubias, Fr. Guillermo Boil y el venerable Lanuza; cuando recorrían campos y ciudades misioneros como el *venerable Apóstol de Andalucía, Juan de Avila, orador de los más vehementes, inflamados y persuasivos que ha visto el mundo*, cuando difundían el aroma de sus virtudes aquellas almas benditas y escogidas, en cuya serie, después de los grandes santos fuera injusto no hacer memoria de los beatos Alonso Rodriguez y Pedro Claver, de Bernardino de Obrejón, portento de caridad, del venerable agustiniano Horozco, del austero y penitente dominico San Luis Beltran, del recoleto San Francisco Solano, apóstol del Perú, del beato Simón de Rojas, reformador de las costumbres de la Corte, del Beato Nicolás Fractor, gran maestro de espíritus».

¿Pero á qué buscar tan altos ejemplos? El que quiera conocer lo que era la vida de los españoles del gran siglo, dentro de su casa, lea la biografía que de su padre escribió el jesuita la Palma, lea las incomparables vidas de D.^a Sancha Carrillo y de D.^a Ana Ponce de León por el P. Roa, luz y ejemplo de lengua castellana y dudara entre la admiración y la tristeza al comparar aquellos tiempos con estos.»

«*Joya fué la virtud pura y ardiente*» puede decirse de aquella época como de ninguna, mal que pese

á los que rebuscan para infamarla los lodazales de la historia y las heces de la literatura picaresca.

«Aún los que flaqueaban en punto á costumbres eran firmísimos en materia de fe; ni los mismos apetitos carnales bastaban á entiviar el fervor; eran frecuentes y ruidosas las conversiones y no cruzaba por las conciencias la más leve sombra de duda. Una sólida y severa instrucción dogmática nos preservaba del contagio del espíritu aventurero y España podía llamarse con todo rigor un pueblo de teólogos».

Y á tanto brillo de ciencia y á tan noble austeridad de costumbres juntábase una entereza de carácter que resplandece hasta en nuestros embajadores Vargas y D. Diego de Mendoza.

¿Cuándo ha sido España tan española y tan grande como entonces?

Pero no solo fué el siglo xvi el siglo de las luchas violentas y de las controversias encarnizadas y de los descubrimientos inauditos y para nuestra España! el siglo de los santos y de los teólogos sino que fué también el siglo de las artes y de las letras.

Lucía para las primeras el sol brillante de un nuevo día y al esfuerzo de aquellas imaginaciones meridionales renacían las escuelas clásicas, y el arte del paganismo enterrado durante siglos volvía á mostrar sus líneas correctas y fundiéndose con el arte cristiano surgía aquel renacimiento floreciente que tuvo su base en la siempre artística patria de Dante, de Ariosto y de Petrarca.

Aquellos Pontífices romanos que hacían labrar fábricas como la gigantesca Basílica de San Pedro, aquellos magnates florentinos que gastaban sus capitales en el embellecimiento de la hermosa ciudad de Arno; aquellos monarcas españoles que hacían levantar maravillas como nuestro Escorial; aquellos maestros inmortales, Buonaroti, que con su Moisés viene á ser el primer escultor de su siglo, y el primer

arquitecto con su cúpula de San Pedro, y con su *Juicio Final* el émulo de aquel otro genio de Urbino, Rafael Sanzio; aquella pléyade de artistas que inmortalizaron su nombre con sus obras ¡qué maravillosa representación del siglo del Renacimiento!

Pero sin salir de nuestra España ¡cuántas bellezas, cuántos monumentos artísticos se ofrecen á la contemplación del que estudia esta dichosa época.

Artistas ignorados, y no por eso menos geniales, derrochaban su ingenio y su talento haciendo filigranas de labor en esas inimitables tallas que hoy admiramos en el interior de nuestras Catedrales.

Un Forment, valenciano, daba con su cincel tanta vida al duro alabastro que sus retablos de las iglesias aragonesas resultaron para los siglos á él posteriores, joyas de un valor inapreciable, modelos perfectos en el arte plateresco, y alguno de ellos verdadera maravilla, asombro y admiración de los artistas.

¡Damián Forment! no es apenas conocido este nombre ¡por algo ha de ser español! y sin embargo el que lo llevó fué un genio.

Y los Berruguete y los Juan de Arfe y los Becerra, y en el arte divino de la pintura el inmortal Juan de Joanes y Alonso Sánchez Coello y Dominico Theopopuli ¡qué geniales, qué artistas y, sobre todo, que españoles en todas sus obras!

Es, ciertamente cosa bien digna de notar esto de que nuestros artistas del siglo xvi no perdieran en sus obras el sello original nacido, por decirlo así, del carácter español.

Vivieron, diremos, recordando palabras de un ilustrado crítico contemporáneo, en aquella época en que el Renacimiento italiano era la encantadora sirena cuyos hechizos no resistía ninguno de los que navegaban por el dilatado piélago del arte. De los italianos de aquel tiempo ¿quién pudo decir que se sus trajó á sus hálagos? Los genios de las naciones extrañas

suspiraban todos por la posesión de aquel nuevo ideal. Cruzar los mares ó franquear la barrera de los Alpes para poner el pie en la privilegiada tierra que alumbraba la renaciente claridad del arte helénico y romano; ver en Milán *La Ultima Cena* de Leonardo de Vinci; en Florencia el *Mausoleo de los Médicis* de Miguel Angel, y en Roma las *Stanças y Loggias* de Rafael, era el sueño constante de los artistas de todos los países desde la brumosa Germania hasta la florida Andalucía.

Los pintores, escultores y arquitectos no acertaban á renunciar á aquella suspirada iniciación; los que por su calidad y estado no podían hacer la peregrinación que se imponían los artistas, se proporcionaban medios indirectos de satisfacer aquella misma sed de cristianas profanidades; los reyes y príncipes á quienes no les era dado viajar, procuraban atraer hacia sus Estados, cuando no las personas, las obras de los maestros protegidos y formados por los Médicis, los Borjas, los Colonas, etc.

Nuestros pintores, nuestros escultores y nuestros arquitectos, no dejaron, no, de acudir á las orillas del Arno y del Tiber, con ansia de nutrirse de preceptos clásicos, pero con el noble pensamiento de tomar del neo-paganismo dominante en Italia sólo la elegancia y corrección de las formas, para dar con ellas más realce y prestigio á la idea cristiana y católica de sus devotas creaciones.

No, no imitaron á los grandes maestros italianos de la corte de León X, de una manera irreflexiva, en sus tendencias á secularizar ó más bien á profanizar el arte.

Como decía Paul Mautz, de Juan de Joanes, aquellos artistas aunque supieron penetrarse bien de las lecciones de sus maestros, fueran estos quienes quisieran, siempre se conservaron españoles y nunca llegaron á asimilarse, por completo al ideal de la escuela romana.

Y la causa de esto, añade el crítico, á quien antes hemos hecho referencia, hay que buscarla, no en las cualidades originarias de sangre y raza que suelen decidir de las tendencias en todas las artes del sentimiento, sino en circunstancias frecuentemente individuales y de formal elección, de esas que revelan un enérgico personalismo, síntoma indefectible del verdadero genio.

Joan de Joanes, como Damián Forment, como Luis de Vargas, Luis de Morales y algunos otros de aquellos caracteres varoniles que tanto abundaban en nuestra España del siglo XVI, nunca trataron asuntos profanos y nunca quemaron incienso en las aras de los falsos dioses.

Considerando, el primero, su profesión como un sacerdocio, tributando al decoro de éste el respeto, tan necesario como saludable freno de que nos dió ejemplo la sabia antigüedad en aquel patricio que no tomaba los pincelès sino revestido de la toga pretexta, y que imitó el florentino Dello en la corte de nuestro rey D. Juan II, no poniéndose nunca á pintar sino con gremial de brocado; Juan de Joanes no se acercaba al caballete sino de una manera todavía más digna; como el divino pintor Angélico de Fiéssole, como Vargas y Morales, elevaba su mente por medio de la oración, ennoblecía sus concepciones, purificaba sus sentimientos, y cuando esto no le bastaba por estimarse obligado á supremos empeños en la representación de lo sobrenatural y suprasensible se preparaba con más eficaces auxilios, recibiendo á menudo el pan de los ángeles para nutrirse, como ellos, del divino amor que abre las inteligencias á la contemplación de la belleza increada.

Por eso Juan de Joanes, en opinión de Paul Mautz, fué uno de los primeros que enseñaron en España el camino de la belleza y de la poesía; su pincel no fué rebelde á la elegancia romana; pero perseveró

siempre fiel al temperamento de su nación y su carácter nacional se descubre en él á despecho de sus más intencionadas imitaciones.

En Joanes es digno de todo elogio su acento personal, su instinto nativo, superior á todo extraño influjo, su fervor religioso llevado hasta el ascetismo. Joanes cree y de su fe nace su potencia creadora, y expresa con gran elogio porque ama de veras. Ni Rafael, ni Leonardo, ni Miguel Angel, ni ninguno de los paganos del mundo antiguo ó del renacimiento, tuvo poder para cambiar su índole austera; Juan de Joanes permaneció siempre español y católico y digno contemporáneo de Santa Teresa de Jesús.

Así eran nuestros artistas del siglo de Carlos V y de Felipe II.

Si de las artes pasamos á las letras veremos, á la terminación del siglo que nos ocupa, el comienzo de aquella centuria de oro, en la que se fijó para siempre el monumento del habla castellana.

Pero haríamos interminable este capítulo si, con el detenimiento que la importancia del asunto merece, habláramos ahora de los maestros eminentes que en el siglo xvi y en nuestra España sobresalieron en la república de las letras.

No queremos dejar de consignar, sin embargo, que en aquella centuria tan gloriosa quedó levantado ese monumento tan admirable y tan admirado de la *Mística* española, que no tiene igual en ninguna de las literaturas del mundo y que tantos tesoros y tantas bellezas encierra.

La mística del siglo xvi en España fué un resultado lógico de los sentimientos y del carácter nacional y hasta si se quiere una necesidad de los tiempos.

No hace muchos días venía á expresar este pensamiento un distinguido literato en el acto de su recepción en la Academia Española.

«Se ha hablado,—decía—y se ha abusado mucho al hablar de ello, del exagerado misticismo de esta época, que si á la verdad dió á los altares muchos santos, grandes confesores á la Iglesia y tratadistas y doctores de la más pura y acendrada doctrina, fué también el siglo de los grandes capitanes y de los grandes políticos. Pero además de esto, no se ha reparado lo bastante al tachar de exageraciones lo que era entonces natural impulso de las almas y lógica consecuencia de la contienda religiosa y del renacimiento de los estudios teológicos y canónicos, en la prostración en que había caído por aquel entonces no diremos el espíritu, pero sí la existencia física y corporal de la patria española.

» Los últimos esfuerzos de la Reconquista, las guerras de Italia, la sucesión á la corona de una casa extranjera, nuestros intentos en Africa, la necesidad de reconcentración municipal y provincial para constituir la monarquía, la conquista y población de la América española, la guerra á la Reforma de Lutero, tantos hombres ocupados en tan grandes empresas, tanto oro trasportado de un continente al otro, tan contradictorios empleos á la actividad individual, en una tierra pobre y despoblada, de razas y lenguas diferentes, con leyes y costumbres contradictorias y hasta de categorías sociales distintas, bien puede decirse que habían agotado las fuerzas naturales del país y suspendido en sus mismas fuentes originarias la vida social y aun la misma vida de familias. Solo un sentimiento, que fuese vínculo común entre todos los españoles podía restaurarle, y una sola institución, cifra y compendio de esa común aspiración la llamada á florecer con brío y pujanza suficientes para salvar la sociedad y ser fiel custodio de las mismas instituciones políticas.

» Sin el espíritu religioso, sin el extraordinario y fecundo florecimiento de la Iglesia y de sus institutos

así seculares como claustrales, la monarquía, es decir, la patria española, no hubiera podido fundarse, ni la unidad nacional hubiera llegado jamás á ser un hecho.

•No es, pues, maravilla que la vida afluyera á los conventos y á los claustros, á los Capítulos de las Catedrales y á las cámaras de los Obispos, que de ellos salieran y á ellos acudieran cuantos participaban en el movimiento social y político de la época, y que tardase muchos años, acaso menos de lo que convenía el provecho común, en secularizarse por completo la vida española en todas sus manifestaciones científicas, literarias y sociales.

•Y como en otras partes, era la corte de los reyes centro solar al que convergían como astros menores todos los intereses y todas las pasiones, y á semejanza suya, cada señor celebraba también su corte en miniatura dando en ella y quitando los oficios, creando y derrocando favoritos y tributándose adoraciones y homenajes, aquí donde el absolutismo á lo Luis xvi fué siempre planta exótica y la turbulencia feudal no tomó carta definitiva de naturaleza, la genial viveza de nuestra raza y la difusión de la necesaria cultura para constituir la clase media, fuese abriendo camino educada por la misma Iglesia en principios, aunque rigurosamente cristianos, también rigurosamente democráticos en el buen sentido de la palabra. (1)

La España del siglo xvi rigió los destinos de las naciones y á buen seguro que bien merecía tal hegemonía la que abatió el orgullo de poderosos monarcas con Carlos I, la que contuvo en sus límites á los infieles con Felipe II y Juan de Austria, la que descubrió un nuevo mundo con Cristobal Colón, la que

(1) Discurso pronunciado ante la Real Academia Española por D. Santiago de Liniers en el acto de su recepción el día 2 de Febrero de 1894.

emuló las glorias de todos los genios del Renacimiento, la que envió á Trento los primeros teólogos, la que dió á la historia los más valientes capitánes, los ejércitos más arrojados, los santos más ínclitos, los sabios más profundos, los artistas más preclaros, los oradores más elocuentes, los hablistas más correctos.

Tal fué el tiempo en que vivió y floreció el venerable maestro Juan de Avila.

CAPITULO II

Noticias biográficas del Padre Juan de Avila.

Sus primeros años.—Sus estudios.

En Almodóvar del Campo, lugar noble, como enclavado en tierra de Calatrava, nació el día 6 de Enero de 1500, según unos, y de 1502 según los autores más bien informados el ilustre varón Venerable Maestro Juan de Avila, hoy exaltado á la pública veneración.

Cuna de hombres eminentes por sus virtudes y por sus letras, en la villa, hoy ciudad, de Almodóvar del Campo vieron la luz primera el P. Fray Alonso de Lobo, de la Orden de San Francisco, notable por su ardentísimo celo apostólico y digno de los mayores encomios por sus buenas prácticas; el P. Martín Gutiérrez, de la ínclita Compañía de Jesús, muy de voto de la Inmaculada Virgen y amador práctico y continuo de todas las virtudes; el P. Antonio de Certiana, hijo igualmente de San Ignacio de Loyola, predicador elocuente y misionero incansable durante treinta años, por el Japón, donde entregó su espíritu; el muy reverendo P. Fray Juan Bautista de la Con-

cepción, de la Orden de la Santísima Trinidad, reformador de su Regla, ejemplar de religiosos y profesos de todas las virtudes, que mereció los honores de la exaltación á los altares donde hoy lo venera la cristiandad; el Venerable Sacerdote y mártir Juan Fernández, muerto violenta y cruelmente á manos de los fanáticos secuaces de Mahoma en la provincia de Granada; el ilustre Sr. D. Juan Fernández del Portillo, Obispo muy celebrado de Veracruz; el Doctor Pedro de Almagro, Catedrático de Prima, en la Universidad de Baeza, y otros muchos á los cuales, como á los ya mentados superó en sabiduría, en elocuencia y en virtud el venerable Maéstro Juan, Alonso de Avila y Catalina Gijón fueron los padres afortunados del que, andando el tiempo había de ser honra de su patria y gloria de la Católica Iglesia.

Castellanos viejos y, por ende, católicos sinceros como la mayoría de los que vivieron en aquellos siglos en nuestra España, los padres del pequeño Juan trataron de educarle desde sus primeros años en las prácticas de nuestra hermosa religión.

Quisieron inculcarle, desde luego, el Santo temor de Dios y, desde luego también, el niño mostró en sus inclinaciones cuán bien iban á ser aprovechados los consejos y las lecciones que se le daban.

La niñez de Juan de Avila según testimonio del P. Granada y del Lcdo. Muñoz fué como escuela de gravedad, inclinaciones santas, penitencias, ayunos, oraciones y obediencia ciega á sus padres.

Cuéntase que en cierta ocasión, y cuando no tenía más de ocho ó nueve años, como su madre lo vistiese con sayo vistoso y nuevo, trató de rehusarlo por modestia. Obligado á lucirlo hubo de encontrar, yendo á la escuela, un niño pobremente vestido con rotos andrajos que el pequeño Juan trocó por su vestido flamante.

Con estas y otras prácticas y con sus oraciones

continuas y sus penitencias edificantes, mostraba ya en sus primeros años nuestro Juan de Avila los frutos de santidad que más tarde había de producir.

Refiriéndose á esta edad de la vida del P. Avila, dice el P. Granada:

«Tenía una celda muy pequeña y muy pobre, donde comenzó á hacer penitencia y vida muy aspera. Y su cama era sobre unos sarmientos, y la comida era de mucha penitencia, añadiendo á esta cilicio y disciplinas. Los padres sentían esto tiernamente, más no le contradecían. Confesábase muy amenudo y su devoción comenzó por el Santísimo Sacramento y así estaba muchas horas delante del.»

De esta forma ejercitándose continuamente en toda clase de virtudes y penitencias, compatibles con sus pocos años, Juan de Avila estudió en la villa donde viera la luz de la vida, las primeras letras y la doctrina cristiana.

Quiso su buen padre que estudiase Juan la carrera de Jurisprudencia y así cuando creyó que estaba en edad y en condiciones para comenzar los estudios, dispuso que su hijo fuera á estudiar leyes á la célebrima Universidad de Salamanca.

No opuso resistencia alguna el joven estudiante á los deseos de su padre y obedeciendo sus disposiciones, trasladóse á la célebre escuela castellana, no sin pensar cuánto más en armonía estaban con sus gustos y sus inclinaciones los estudios de las ciencias Sagradas que aquellos de las ciencias del mundo secular en los que por espíritu de obediencia iba á iniciarse.

Poco frecuentó las aulas de la Universidad salmantina el obediente estudiante. Vuelto al hogar paterno en tiempo de vacaciones mostró cómo, bien diferentemente de lo que acontece á la generalidad de los jóvenes, volvía de la ciudad con más amor al recogimiento, y más decidido empeño en perseverar en vida penitente y devota.

Viendo, pues, los padres de Juan sus decididas inclinaciones y atendiendo los consejos de personas doctas y virtuosas comprendieron que sería muy violento para su hijo el estudio de las leyes, en las cuales ellos creyeron poderle ver brillar y mandáronle á la Universidad de Alcalá, (1) no menos célebre que la de Salamanca, para que estudiase Letras y Sagrada Teología.

Desde los primeros días que Juan de Avila frecuentó los claustros de la Universidad Complutense, distinguióse por su aplicación y aprovechamiento, no menos que por la ejemplaridad de su irreprochable conducta.

Allí los profesores tomarón, desde luego, gran predilección por el joven estudiante y allí sus compañeros admiraron más de una vez las relevantes cualidades que eran gala y adorno del ejemplar alumno de todos querido y de todos respetado.

Enseñaba por entonces Artes en la célebre Universidad el eminente varon y humildísimo siervo de Dios Fray Domingo de Soto, tan justamente apreciado por su ciencia que le distinguía entre los sabios maestros de aquel centro de enseñanza y entre los profesores de las más florecientes Universidades de España, de Francia, de Alemania y de Italia, como por su acendrada virtud y extraordinaria modestia que le hicieron renunciar las mitras y los honores todos que constantemente se le ofrecían.

Juan de Avila fué discípulo y discípulo aprovechadísimo de aquel santo y sabio profesor que con la intuición propia de sus privilegiadas dotes intelectuales, bien pronto conoció en las aptitudes y en la

(1) Erigióse Universidad en Alcalá en el año 1293, por privilegio del Rey D. Sancho IV, en el siglo xv. D. Alfonso Carrillo, Arzobispo de Toledo restableció los estudios en el convento, hoy llamado de San Diego y elevó á Colegiata la Iglesia de San Justo. En 1458 fundó de nuevo la famosa Universidad Complutense el Cardenal Cisneros, empezando la fábrica del Colegio Mayor de San Ildefonso en 1459.

conducta del futuro santo los días de gloria que había de dar á su patria y á su Iglesia.

Allí, en aquella Universidad encontró Juan de Avila amigos muy cariñosos, como D. Pedro Guerrero, más tarde Arzobispo de la Iglesia de Granada y otros muchos que siempre guardaron feliz memoria de los consejos y de las prudentes advertencias del virtuoso compañero.

Allí, se hizo acreedor al cariño de todos sus profesores; y así, algunos años más tarde, cuando el nombre de Juan de Avila volaba ya en alas de la fama, aquellos grandes maestros Complutenses y entre ellos, especialmente el Dr. Garnica, Obispo de Osma predicaban entusiasmados la vida ejemplarísima y el claro talento del venerable Maestro.

De allí salió, por último, terminada ya brillantemente la carrera de Teología y con vivísimos deseos de consagrarse decididamente al sacerdocio y de celebrar cuanto antes el sagrado sacrificio de la Misa.

CAPÍTULO III

Juan de Avila, Sacerdote

Entendemos que es lo menos que puede consagrarse, un capítulo á considerar como Ministro del Señor á nuestro venerable.

Son tantas las excelencias de sus virtudes y se nos ofrece el gran místico, tan resplandeciente de gloria en su misión como sacerdote que serían menester muchas páginas para consignar las obras de caridad y los trabajos de evangelización realizados y los fru-

tos conseguidos en la carrera sacerdotal, por el Padre Juan.

Limitarémonos, sin embargo, á consignar lo más esencial para nuestro objeto.

Salido Juan de Avila de la Universidad Complutense, una vez terminados sus estudios de Teología y Letras así como todos los de Disciplinas de la Iglesia, quiso ordenarse de Misa y celebrarla por primera vez en la villa donde nació, y en memoria de sus queridos padres, que ya habían fallecido, satisfechos de ver á su hijo amadísimo en el verdadero camino de la perfección.

«Por honrar los huesos de sus padres—escribe el Padre Granada refiriéndose á la celebración de la primera Misa del P. Avila,—quiso decirla en su lugar, y por honra de la Misa, en lugar de los banquetes y fiestas que en estos casos se suelen hacer, como persona que tenía ya más altos pensamientos, dió de comer á doce pobres y les sirvió la mesa é vistió y hizo con ellos obras de piedad.»

Una vez revestido con el Sagrado ministerio el Padre Avila, dice el Licenciado Muñoz, «fué uno de los grandes, perfectos y santos Sacerdotes que ha tenido la Iglesia en nuestros tiempos.»

No le llevaron los ojos, dice el mismo P. Licenciado Muñoz, las rentas eclesiásticas al que dejó con brevedad las propias; ni conseguir dignidades, teniéndose por colmadamente honrado con la sublime de ser sacerdote de Cristo; no la estimación de los hombres, mas ser familiar á Dios; que los que entran en la Iglesia por aumentos y conveniencias temporales, raras veces son buenos eclesiásticos, ni el principio torcido se endereza; de aquí la ruina de innumerables sacerdotes.»

No era de estos ciertamente el P. Avila, bien al contrario. Era tan alto el concepto que de la misión sacerdotal tenía que en ningún momento de su vida

lo olvidaba, naciendo de esto la ejemplaridad de su vida en todos sus actos y muy especialmente en los momentos de celebrar el sacrificio de la misa.

Así escribía tan elocuentemente el inmortal Fray Luis de Granada: «Decía él misa con tantas lágrimas y devoción, que la ponía á los que la oían. Y con decirle de esta manera, dijo una vez á uno de sus discípulos: «Deseo decir bien misa un día»; y otra vez dijo al mismo que, cuando acababa de recibir á Nuestro Señor en la misa no quisiera abrir la boca. Esto puede interpretarse cada uno como le parezca. San Bernardo dice que la boca es un instrumento muy aparejado para vaciar el corazón, y por ventura lo diría por esto, deseando tapar la boca del horno para que el fuego de amor que con este Sacramento se enciende no saliera afuera, ó también dice esto por parecer á su devoción ser cosa indigna que entrase otra cosa por la boca por donde Dios entró.»

Pero nada nos muestra el alto concepto que el venerable de Almodóvar tenía de la dignidad Sacerdotal como sus propias palabras.

Así vemos en una de aquellas hermosas cartas de su epistolario las excelencias de su corazón abrasado en Santo amor de Dios.

Habla á un joven que desea ordenarse de sacerdote y dice así nuestro Santo.

«En otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibía nadie sino para ser obispo, ó tener cura de ánimas, ó alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios, y los demás que eran eclesiásticos quedábanse en ser diáconos ó subdiáconos ó de los otros grados más bajos, y entonces serían grados bajos y vida altísima, todo lo cual está agora al revés..... ¡O, si supiéredes, hermano, que tal había de ser un sacerdote en la tierra y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con pala-

bras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el cielo con la lengua y al llamado de ella venir el Hacedor de todas las cosas y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo á semejanza de nuestro Maestro y Redentor Jesucristo en la cruz. Hermano ¿para qué os queréis meter en tan hondo piélagos y obligaros á cuenta estrecha para el día postrero? ¿Pues por bajo estado que tengáis, aun os parecerá aquel día gran carga, cuanto más si os cargáis de carga que los hombros de los ángeles temblarían de ella!»

Aconsejando á un sacerdote lo que debe de hacer antes de celebrar ó comulgar dice, en otra hermosísima carta.

«Sea la primera regla que, en recordando de noche del sueño, le parezca que oye en sus orejas aquella voz: *Hecce sponsus venit*: he aquí que el esposo viene.... y con esta consideración rece sus horas y después póngase de reposo á lo menos hora y media, á más profundamente considerar quién es el que ha de recibir, y espántese de que un gusano hediondo, haya de tratar tan familiarmente á su Dios, y preguntale: Señor, ¿quién te ha traído á manos de un tal pecador y otra vez al portal y pesebre de Belén?.... Acabada la Misa recójase media hora ó una y de gracias al Señor por tan gran merced de haber querido venir á establo tan indigno. Pídale perdón del ruin aparejo y suplíquele le haga mercedes, pues suele. El da gracia por gracia.»

Y en otra carta dice:

«¿Quién no se enciende en amor con pensar, el Bien infinito voy á recibir? ¿Quién no tiembla con amorosa reverencia de Aquél de quien tiemblan los poderes del cielo? ¿Y no de ofenderle sino de amarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido aquel Señor que presente tiene? ¿Quién no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza á hacer

penitencia por el desierto con tal viático?
 ¡Oh Señor! ¡Y qué siente un ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo Nuestra Señora, elegida y enriquecida con celestiales gracias, para tratar á Dios humanado! ¿Y coteja los brazos de ella y sus manos y sus ojos con los propios? ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio!... Estas cosas, Señor, no son palabras secas, no consideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazón y le hacen desear que en acabando la Misa se fuese el hombre á considerar aquellas palabras del Señor: *¿Sabéis lo que yo he hecho con vosotros?* ¡Oh Señor quien supiera lo que Tú nos haces en esta hora! ¡Quién lo gustase con el paladar del ánima! ¡Quién tuviera balanzas no mentirosas para lo pesar! ¡Cómo en acabando la Misa le sería gran asco ver las criaturas y gran tormento tratar con ellas!»

La tradición y las crónicas de los tiempos de nuestro venerable han conservado gran número de pasajes de su vida en los que de una manera evidente se testimonia el respeto que á la dignidad de su ministerio sagrado guardó de por vida el ínclito santo de Almodóvar.

Como otros santos tuvo devoción predilecta al Santísimo Sacramento: Y bien se comprende que ese misterio sublime del amor de los amores arrebatase el alma sensible de nuestro Santo.

Al divino misterio de la Eucaristía dedicó una parte de sus obras escribiendo el tratado «Del Santísimo Sacramento» y á predicar las sublimidades de la Eucaristía dedicó la mayor parte de sus años de Sacerdote.

El Ldo. Muñoz hablando de esta devoción predilecta dice así:

«Fueron grandes y cotidianas las consolaciones y favores que recibió de este Soberano Sacramento; tan

sobrenaturales los júbilos y dulzuras, que predicando una vez dijo que por la gran experiencia que tenía de la virtud y efectos que este divino Sacramento obra en las almas no solo no le era dificultosa la fe de este misterio, sino antes muy fácil y suave; y como el torrente de los deleites divinos que inundaban su alma cuando recibía este divino Sacramento eran con tanta abundancia, predicaba de el cosas altísimas con grande espíritu y fervor.»

Arrebatado por esta devoción predicaba del augusto Sacramento en cuantas ocasiones podía y sus entusiasmos eran tan sinceros, y sus fervores tan grandes que en los *Sermonarios* españoles quedarán siempre como delicados modelos aquellas oraciones pronunciadas en el Sagrario de la Catedral de Granada, donde las gentes acudían á enfervorizarse con el fuego de la elocuencia singularísima del santo Avila.

Ni en un solo momento de su vida dejó el Padre Juan de evidenciar su amor al Santísimo Sacramento y hasta para cerrar sus cartas tan llenas de alabanzas al Señor, empleaba un sello esculpido con la figura de Jesús Sacramentado, sello que, según uno de los biógrafos del Santo «era de metal, de hechura y tamaño muy humildes.»

CAPITULO IV

Propósitos del venerable Juan de Avila. Quédase en España por espíritu de obediencia.

Por los tiempos en que vivía el gran Maestro de Almodóvar, la nación española, aquella entidad unificada recientemente por los esfuerzos de una reina

magnánima de perdurable memoria, como no tuviera gentes con quienes pelear en su propio suelo, lanzados ya de las granadinas vegas los últimos restos de la raza musulímica que durante siete siglos permaneciera en lucha constante con nuestros antepasados, dirigía sus fuerzas y sus energías todas á las nuevas regiones que para gloria nuestra y á los conjuros prácticos del genio de Colón habian surgido de los mares hasta entonces tenebrosos y desconocidos.

Y como nuestros soldados iban á conquistar dominios para el pabellón nacional, nuestros misioneros iban á ganar almas para Dios.

La raza india cayó bajo la ley del más fuerte; porque no podía luchar con aquella civilización pujante y llena de vida; porque aquella civilización era la luz, la idea, el progreso, la fuerza que necesitaba la misma raza domeñada, para regir más tarde sus propios destinos.

Era una ley ineludible de la historia; al hundimiento de antiguos imperios había sucedido el establecimiento de nuevas razas que iban á reanimar con su juventud el cadáver de aquellas viejas naciones enervadas en sus continuos festines.

Cuando Colón llegó á América, lo primero que hizo fué clavar en sus playas una tosca cruz de madera que besó con sus labios y adoró con su corazón cristiano. Y cuando la noche había tendido su manto de sombras sobre el nuevo mundo, y las estrellas del firmamento parecían otras tantas pupilas que sonreían al insigne navegante, Colón se encaminaba hacia aquel lugar solitario y adorando al Dios del dolor que había muerto en aquella Cruz, con la frente hundida en el polvo, le pedía valor para sobrellevar aquél martirio de su alma inocente que le había hecho digno de ser el Apóstol de Jesucristo en las virgenes selvas de América.

¡Qué mucho que nuestros misioneros quisieran sa-

crificar sus vidas en holocausto de una idea tan hermosa como la de cristianizar un pueblo sumido por ignorancia en las tinieblas del error!

En aquel vasto templo de América, coronado por la cúpula de los cielos estrellados, no se conocía la divinidad de Jesucristo: el sensualismo, el materialismo, la idolatría, compañeros inseparables de la infancia de los pueblos, reinaban allí como desenfrenadas bacantes: á lo más, cuando la aurora iba tendiendo cortinajes de luz por el espacio, se veían algunos indios cruzando las pampas, que resonaban con sus alaridos salvajes, para reunirse con sus compañeros, próximos á ofrecer al sol que asomaba por oriente, el corazón palpitante de un caballo, cuando no era el de alguno de sus infortunados hermanos.

Juan de Avila, de alma sensible, de corazón, reboando en caridad á sus prójimos por amor de Dios, hablaría muchas veces con aquellos aventureros españoles que tornaban de aquellas lejanas tierras descubiertas recientemente, y de sus labios oiría la narración de proezas inauditas y la explicación de las prácticas y costumbres de los indígenas, desconocedores de la verdadera religión.

Y no podría menos de sentirse impulsado á la noble y santa empresa de cruzar los mares y lanzarse por aquella virgen América, que se aparecía tan hermosa á la contemplación del viejo continente, ceñida con una guirnalda de azahares blancos y perfumados, cortados en sus bosques llenos de murmullos y armonías salvajes; con su tez bronceada por los ardientes rayos de un sol de fuego que al reflejarse en las arenas de sus encantadoras playas daba dorados reflejos á su espléndida cabellera; vestida de perlas y corales que fuera á buscar en los abismos de sus aguas cristalinas, en cuyos azulados espejos se reflejaban como bandadas de cisnes sus hermosas ciudades; llevando siempre en su corazón, el fuego de sus volca-

nes, el rumor de sus cascadas, el bramido de sus aquilones y los tumbos de la mar bravía, y bañada en el perfume de los lirios y azucenas que crecen en sus campos, y envuelta en las dulzuras y melancólico misterio de sus blancas noches de verano pero con la inteligencia inculta, el pensamiento dormido y el corazón seco y anhelante esperando la aurora de un nuevo día, las energías de un pueblo grande, que, por designios de Dios, fué el nuestro..... Y allá fuimos á darlo todo..... la sangre de nuestras venas, la cruz de nuestros altares, el fuego de nuestra raza, la luz de nuestras ideas y el habla de nuestros clásicos.

¡Cuántas veces la ardiente imaginación del Maestro de Almodóvar soñaría con los triunfos que iba á alcanzar en aquel nuevo mundo!

Así le vemos pensando detenidamente, dónde había de dirigir sus pasos para que los frutos de sus predicaciones fuesen más gratos á Dios y más beneficiosos á las almas, y recapacitar seriamente sobre un punto que había de influir, de una ú otra suerte, en los destinos de su vida, y decidirse, por último, con voluntad inquebrantable, por la evangelización en los pueblos nuevos de la América.

Ya resuelto á poner en práctica su empeño, preparóse convenientemente para emprender el viaje y, dando un alto ejemplo de su caridad inextinguible, se despojó de cuantos bienes de fortuna poseía repartiéndolos todos entre los pobres de su lugar.

Una vez realizada tan hermosa obra dirigióse nuestro venerable á la ciudad de Sevilla, y poniéndose de acuerdo con el nuevo Obispo de Tlaxcala, que iba á emprender el viaje, esperó ya tranquilamente ocasión oportuna para embarcarse en aguas del Guadalquivir.

Pero no quiso Dios que el Santo Apóstol realizase sus propósitos y así, por designios providenciales, Juan de Avila quedó en España cuando tan distintos eran sus deseos.

Aconteció que, en los días aquellos en los cuales el Venerable aguardaba oportunidad para embarcarse, no pudo pasar desapercibido en Sevilla, como su modestia hubiese deseado, y hubo un santo varón, el Padre Hernando de Contreras, *teólogo profundo y sacerdote de raras prendas*, que conoció al P. Juan descubriendo luego en él los tesoros de santidad que en sí encerraba.

Trabó el venerable Contreras amistad con el Maestro Avila y comunicándole éste sus proyectos de evangelización por el nuevo mundo, trató el primero de disuadirle de sus propósitos, receloso de que sacerdote tan ejemplar saliera de la tierra andaluza.

En vano rogara el P. Contreras, é inútiles fueran todos sus argumentos para disuadir de su proyectado viaje al venerable Avila, si aquél temeroso de no poder conseguir sus deseos, no hubiese recurrido á otros extremos.

Y fueron éstos el de dar cuenta al Prelado de Sevilla de su conocimiento con el Padre Juan, de las excepcionales virtudes y esclarecidas dotes que le adornaban y de su decidido empeño en abandonar el patrio suelo en compañía del recién elegido obispo de Tlaxcala.

Gobernaba por entonces la Iglesia de Sevilla el Cardenal D. Alonso Manrique, Inquisidor General, hombre docto y muy celoso de la gloria de Dios.

Atendió muy bien el Cardenal Arzobispo las insinuaciones del venerable Contreras y sin perder momento quiso conocer personalmente al P. Avila, á quien hizo llamar para que compareciese en su palacio.

Acudió el venerable al llamamiento de su prelado y con él sostuvo animadas conferencias defendiendo la idea de su viaje y exponiendo enérgica y claramente todas las razones en que fundaba su empeño.

Rogó, suplicó el Cardenal Arzobispo para que

Juan de Avila desistiera de sus proyectos y ruegos y súplicas fueran tan infructuosos en labios del Cardenal como en labios del sacerdote Contreras, si ya aquel no hiciera prevalecer su autoridad como superior.

La virtud de la obediencia es tan difícil de practicar en debida forma que poseyéndola, por sí sola, constituye un mérito extraordinario.

Juan de Avila, perfecto en todas las virtudes, no podía carecer de la gran virtud de la obediencia y por espíritu de ella dominó sus ardientes deseos, doblegó su voluntad y acató las disposiciones de su prelado, no con disgusto por verse contrariado, que entonces no fuera virtud el obedecer, sino con la conformidad del que cumple un deber sacratísimo.

De esta suerte y contra todos los propósitos de nuestro santo, quedóse en España donde tan excelentes frutos había de alcanzar con su predicación y con sus obras:

CAPÍTULO V

El apóstol de Andalucía —Portentosa elocuencia del P. Avila.—Efectos de su inspirada palabra. San Juan de Dios. — Doña Sancha Carrillo.— La condesa de Feria .

Treinta años contaba Juan de Avila y encontrábase, por lo tanto, en la plenitud de la vida y en la posesión de todas sus energías, cuando el Cardenal Arzobispo de Sevilla le ordenó que predicase la verdad santa en los templos de su arzobispado.

Dicen las crónicas de aquel tiempo que, comenzó desde luego á predicar el Santo varón, aunque con

harto temor y vergüenza, debido á su modestia y humildad.

Cuenta el P. Granada que al dirigir la palabra á los fieles «lo hacía con extraordinario fervor, moviendo grandemente los corazones de quienes le oían» y añade luego «predicaba también en los hospitales y seguía mucha gente. Comenzó también á dar orden en las escuelas de los niños y á predicar la doctrina cristiana por las plazas..... Mas porque los predicadores son nubes, como los llama Isaías, que andan regando diversas tierras, doquiera que la voluntad del sumo gobernador las encamine, de Sevilla pasó á otros lugares del mismo Arzobispado, como fué Alcalá de Guadaira, Jeréz, Palma y Ecija».

Pronto voló el nombre del Maestro Avila, en alas de la fama, maravillando á todos por los frutos obtenidos en su misión y por los efectos que su elocuencia producía en todos los auditorios.

Y téngase en cuenta que en aquellos tiempos la elocuencia sagrada en España estaba á una altura que en pocos siglos llegara.

Eran aquellos días á manera de maravillosa auro-
ra que anunciaba la proximidad del sol más espléndido, que haya iluminado los ámbitos de la literatura castellana. Nuestra mística que es uno de los títulos de gloria más incontrovertible que podemos presentar á los ojos de los extranjeros, había pasado ya, en lo que tiene de arte y mira á la tierra, por un periodo de elaboración obscura, y daba pruebas de su prodigiosa grandeza y fecundidad en obras que habían de ser el pasmo y la admiración del mundo.

Tiempos venturosos aquellos en que eran honra y prez de la prosa castellana Fray Luis de Granada y Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, San Pedro Alcántara y Fray Juan de los Angeles, Fray Diego de Estella y Fray Pedro Malón de Chaide, el Padre Sigüenza y el Padre Ri-

vadeneira, en que la excelencia del estilo nacía de las excelencias del pensamiento; en que, según frase de Herrera en sus *Comentarios* á Garcilaso, no había «cosa más importuna y molesta que el sonido y juntura de palabras cultas y numerosas, sin que resplandezca en ellas algún pensamiento grave ó alguna lumbré de erudición;» en que los tratadistas de la retórica cristiana y los llamados á nutrir de doctrina literaria el entendimiento del predicador evangélico, aseveran que «los preceptos del arte oratorio algo pueden entiviar, al principio, el fervor del espíritu; pero una vez que este arte ha pasado, con la costumbre, á ser, en algún modo, naturaleza, los excelentes artífices llegarán á hablar tan retóricamente como si hablasen por las solas fuerzas de la naturaleza....» y añadían en un arranque de amor á la hermosura: «¿Creerá alguno que á San Crisóstomo, á San Basilio, á su hermano San Gregorio Niceno y á San Cipriano, que fueron elocuentísimos y hablaron con grandísimo artificio, les fué de estorbo la Retórica para tratar la causa de Dios con ardentísimo celo y afecto, y para convertir á los hombres del vicio á la virtud?

Sobresalir como orador en tales días, y cuando brillaba ó se anunciaba en el cielo de nuestras letras aquella pléyade de felicísimos ingenios caldeados por la llama del amor divino era privilegio solo concedido á varones que atesoraran altas dotes intelectuales.

Y uno de ellos fué el venerable Juan de Avila.

Sucede con los grandes oradores que, la posteridad no puede formarse idea cabal de su mérito, si quiera se hayan conservado escritas las obras que pronunciaron.

Quedan sus pensamientos, el nervio de sus ideas, la brillantez de sus imágenes, la belleza de sus metáforas, la corrección gramatical de los períodos, pero la fuerza de la expresión, la energía de la frase modulada, el encanto de la verbosidad, el comple-

mento de la mímica, no puede transmitirse y desaparece sin que de todo ello quede memoria, con la muerte del orador.

Leemos hoy las oraciones de los grandes maestros de la antigüedad clásica y ni aun haciendo esfuerzos de imaginación podemos representarnos el efecto que aquellas frases producirían á quienes las escucharon de labios de sus autores.

Las condiciones de lugar y de tiempo, la clase del auditorio, el estado de ánimo del orador, son otros tantos componentes que entran en la perfección de la obra, cuando de un orador elocuente se trata.

¿Qué tienen que ver, por ejemplo, los discursos leídos, de un Bossuet, de un Massillon, y en lo profano, de un Mirabeau, de un Vergniaud, con las mismas obras, lanzadas unas, por boca de sus autores, ante la corte ceremoniosa y relajada del Rey-Sol, pronunciadas otras en aquellos días de la efervescencia revolucionaria ante los asustados representantes de los antiguos privilegios, en las sesiones precursoras de las celebérrimas Cortes Constituyentes ó en los días más tristes de la revolución, cuando el gran orador de los girondinos, defendía á los suyos tranquila y elocuentemente, ante la asamblea alborotada con la agitación de las pasiones y teniendo ante sí la perspectiva de una muerte segura é inevitable en la guillotina?

Bien podemos leer y meditar semejantes discursos y reconstituir en nuestra imaginación el lugar y la ocasión en que se pronunciaron, pero nunca llegaremos, ni remotamente, á formar, como hemos dicho, cabal idea de su verdadero valor.

Así, imposible imaginar la elocuencia del Padre Ávila.

Quedan testimonios incontrovertibles de que la palabra del venerable salía de su boca por modo tan especial que hacía sentir y hacía pensar.

Hacer sentir y hacer pensar; he aquí el escollo infranqueable para la mayoría de los oradores. Cuando la palabra se dirige al corazón haciéndole sentir, es muy difícil hacer razonar al propio tiempo.

El orador que arrebatara á las muchedumbres hiriendo las fibras más delicadas del sentimiento y llevando, al propio tiempo, con sus palabras el convencimiento más completo, es indudablemente un portento de elocuencia.

Y tal era el Beato Juan de Avila.

Por espacio de muchos años anduvo por Castilla y Andalucía predicando las verdades santas «no con formas seculares, dice uno de sus biógrafos, sino repitiendo los acentos, ahora suavísimos, ahora espontáneos de los profetas.

«Así, dice, se vieron los pueblos por donde aquél gran maestro de la predicación cristiana pasaba, transformados, penitentes y convertidos á Dios. ¿Quién podía resistir el fervor y espíritu del Maestro Avila cuando explicaba las verdades eternas á los fieles, desde la Cátedra Sagrada? Clérigos y seglares, poderosos del mundo, sabios, ignorantes, pobres y ricos, todos se rendían y mudaban de vida en sintiendo el fuego de su palabra.»

El mismo Padre Granada nos dice hablando de la elocuencia de su contemporáneo el Maestro de Avila: «Un dia oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que, por un deleite bestial no dudaban de ofender á Nuestro Señor alegando para esto aquel lugar de Jeremías *Obstopiscite, coeli, super hoc*: asombraos, cielos, de ello. Y es verdad, cierto, que dijo esto con tan grande espanto y espíritu, que me parecía que hacía temblar las paredes del templo. Y sería larga cosa de explicar el fruto que con sus sermones se hacía.»

Arrebatadora debia de ser en efecto aquella elocuencia del Padre Avila, ya que, tras él corrían las

muchedumbres, y á su voz convertianse los pecadores, y los justos, como el inmortal Fray Luis de Granada, se enfervorizaban y los Prelados quedaban admirados, y algunos, como el Arzobispo de Granada, D. Gaspar de Avalos «le tenía en su palacio y le sentaba á la mesa por edificarse con su ejemplo y aprovecharse de sus consejos para el gobierno de la Iglesia.»

Muchos fueron los frutos alcanzados por la predicación del Maestro de Almodóvar, pero ninguno como el conseguido en la persona de aquel pobre mercader de libros, antiguo pastor y soldado que, gracias á la elocuencia del venerable Juan de Avila, llegó á ser uno de los mayores portentos de caridad cristiana.

Hé aquí como se cuenta la conversión de Juan de Dios.

«..... Por dicha suya, muy grande, dió con su cuerpo Juan de Dios, en Granada, vendiendo libros de varias clases y folletos usados, cuando el Maestro Avila ejercitaba allí su predicación apostólica y extraordinaria. Celebraba en su día la ciudad fiesta solemnísimá á otro soldado de los emperadores romanos, el glorioso mártir San Sebastián, y porque fuera más cabal y suntuosa aquella solemnidad, pronunciaba el panegírico del Santo el orador elocuentísimo á quien llamó después la historia *Apóstol de Andalucía*.»

«Habló el Venerable predicador con ardor inusitado; y haciendo particular ahinco en las saetas del mártir, tomó ocasión de ponderar los caminos misteriosos por donde andan y van hiriendo las saetas del Divino Amor los corazones de los escogidos. Las cuales, mediante un rayo de la divina gracia penetraron suavemente hasta lo íntimo del alma de Juan el librero, que entre confusión y humildad sencillísima no perdía palabra del sermón del P. Avila.»

Hablando de esto, Luis Muñoz dice así: Fueron

tan vivas sus palabras y arrojadas con tan esforzado espíritu, que le atravesaron las entrañas; tan eficaces, que mostraron prontamente la fuerza de su virtud; dejóle—á Juan de Dios—de tal manera herido y abrasado en las llamas del divino amor y con tan excesivo dolor de sus pecados qué, acabado el sermón, salió, como fuera de sí por las puertas de la iglesia, clamando y llenando el aire de voces, bañados en lágrimas los ojos, pidiendo á Dios misericordia, confesando públicamente sus pecados.»

Aunque sólo la conversión de Juan de Dios hubiese alcanzado con su elocuencia el Beato Juan de Avila, gran obra hubiera sido la suya (1).

Pero hizo mucho más la portentosa unción evangélica del Maestro de Almodóvar.

No hemos de pararnos á reseñar detenidamente los frutos alcanzados por la palabra de nuestro Venerable. Muchos fueron y consignados quedan en las crónicas de aquellos tiempos.

Llamaron la atención por la calidad de las personas las conversiones de D.^a Sancha Carrillo y de la Condesa de Feria, y de ellas vamos á tratar, siquiera sea muy sucintamente.

Predicaba nuestro Venerable en Ecija, y como sucedía en donde quiera que dirigía la palabra á los fieles, á escucharle acudían los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, gentes de todas clases y de todas condiciones.

Vivían en Ecija los señores de Guadalaviar, don Luis Fernández de Córdoba y D.^a Luisa de Aguilar, padres de D.^a Sancha Carrillo, doncella hermosísima y de altas prendas intelectuales, nombrada, cuando

(1) San Juan de Dios fué natural de Montemayor, en Portugal. Nació en 1493 y murió en 1550. Fué uno de los mayores portentos de santidad y caridad cristiana. Fundó el Instituto religioso de su nombre, llamado también Orden de Hospitalidad, por hacer sus individuos el cuarto voto de servir en los hospitales. Hizoze religión bajo la regla de San Agustín en 1572, y se confirmó en 1576.

el P. Avila llegó á Ecija, dama de la emperatriz doña Isabel esposa del emperador Carlos V.

Tal sería la fuerza de la palabra de nuestro Santo que aquella joven doncella, educada con todos los regalos que puede proporcionar una posición desahogada y destinada á brillar entre apuestas cortesanas en los palacios de la emperatriz, renunció, por completo las pompas del mundo y buscando las enseñanzas del elocuente predicador hizo vida penitente y retirada, siendo la admiración de cuantos la conocieron y dando ocasión á que nuestra literatura se enriqueciese con el admirable libro, no tan conocido como por las muchas bellezas que contiene mercede, que de su vida escribiera el Rvdo. P. Roa de la Compañía de Jesús y con el *Audi, Filia*, del venerable Juan de Avila.

En cuanto á la Condesa de Fería, trasladaremos lo que dice un biógrafo del venerable

Fué hija del duque de Arcos, D. Rodrigo Ponce de León, y de D.^a María Girón, nobilísima señora por linaje, y más aun por sus virtudes cristianas.

El P. Martín de Roa, Fr. Luis de Granada y el Ldo. Muñoz, cronista de la Condesa, refieren que, siendo niña era misericordiosa, antes de conocer la misericordia. Su mansedumbre fué tal que la apellidaron *la cordera*.

Casó con D. Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, noble de raras prendas, digno de ella.

No disminuyó, antes acrecentó su virtud después de casada. De Osuna pasó en 1545 á ser modelo de damas santas y admiración de todos en la ciudad de de Montilla. •Estando un día en el pasadizo que de la casa de los Marqueses va al convento de Santa Clara, le pidió un pobre limosna; quitóse de la mano la sortija de su desposorio y arrojóse la. Admiróse ánimo tan generoso. Fué este hecho como prenda de lo mucho que dió después á los pobres. Quebrantaba

los collares de oro; hacía piezas las gargantillas y joyas... para el sustento de los miserables» con lo cual cautivaba los ánimos de sus vasallos, era agradable á los ojos de Dios, edificaba á los prójimos y hacía de su casa un verdadero santuario, obligación harta ignorada, y de las primeras que llevan sobre sus hombros las madres cristianas.»

Nació en Marchena por el mes de Mayo de 1572. Según su biógrafo el supradicho P. Roa, elegantísimo escritor «eran sus costumbres tan puras, su ejemplo tan nuevo, su trato tan agradable y las promesas de sus virtudes tan grandes, que por ellas y por la lindeza y gracia de su rostro, era todo el regalo de sus tíos, de su casa y familia.»

Muy poco tiempo vivió la Condesa en el matrimonio, porque enfermo de mucha gravedad el conde, murió santamente en brazos del P. Avila; el cual, tomando el crucifijo con que le ayudó á morir, se lo alargó á la desconsolada viuda, diciéndole: «Este es el Conde de vuestra señoría; que ya no tiene otro.»

Reportóse aquella santa mujer, de veinticuatro años entonces, y adherida, por completo á la voluntad divina, recibió el Cristo, y abrazada después con él se recogía en su tribuna, donde, como dice Muñoz en los brazos de su nuevo esposo templaba el dolor de la ausencia del primero. De Priégo, donde acaeció la muerte, tornó la piadosa viuda á Montilla, y allí obedeció rendidamente á la Marquesa su suegra, mujer, asimismo de raras virtudes, y también una de las hijas más aprovechadas y queridas de nuestro venerable.

La Condesa iba creciendo extraordinariamente en la perfección evangélica, siempre dirigida y gobernada su conciencia por el Maestro Avila

«Llamó Nuestro Señor á la condesa al estado altísimo, envidiable, de religiosa y vencidas las dificul-

tades de familia, cambió los ricos vestidos y la alteza nobilísima de sus títulos por la santa pobreza y el humilde hábito del Serafín de Asís.

La muy poderosa y alta señora Condesa de Feria, llamóse desde entonces Sor Ana de la Cruz.

Durante su vida de religiosa, tuvo frecuentes visiones, revelaciones y raptos espirituales, que comunicaba, luego, con encantadora sencillez á su director el venerable Avila.

Finalmente, después de una vida ejemplarísima voló al cielo el alma de la humilde religiosa, hija espiritual predilecta de nuestro venerable á quien cupo la alta honra de ganar aquella alma para Dios, por medio de su arrebatadora elocuencia y de sus prudentes consejos.

Tales fueron, entre otros muchos, los frutos obtenidos por la prodigiosa palabra del Maestro Avila.

Sus contemporáneos le tuvieron por el mejor orador sagrado de su tiempo y la posteridad ha consagrado la memoria de su portentosa palabra, dándole el apelativo justísimo de *Apóstol de Andalucía*.

CAPÍTULO VI

El venerable Juan de Avila y Santa Teresa de Jesús

La fama del venerable de Almodóvar habíase propagado de tal manera que, en toda la Península y aun fuera de ella, se hacían eco las gentes de las virtudes, de la elocuencia y de los trabajos apostólicos de aquel Santo varon.

Figuras tan eminentes como un Ignacio de Loyola y un Francisco de Borja, buscaban los consejos del Maestro y se honraban con su trato y correspondencia. Bastaría este hecho para demostrar la gran preponderancia que alcanzó en su siglo el ilustre sacerdote de quien tratamos, si por acaso se hubiesen perdido sus obras y no hubiese quedado rastro de sus predicaciones y de sus trabajos apostólicos.

Porque hombre que merecía la confianza de prelados tan eminentes como el de Granada, de personajes tan nobles como los Condes de Feria y otros, y de lumbreras de santidad y de saber, como el nunca bien ponderado fundador de la ínclita Compañía de Jesús, por fuerza debía de tener algo superior que le distinguiese de la generalidad de sus contemporáneos.

Por los mismos días en que vivió el elocuente Apóstol de Andalucía, asombraba á la católica España, con sus obras y sus trabajos, aquella inmortal virgen de Avila, cuya memoria ha quedado en la historia patria, como una de sus glorias más preciadas y legítimas.

La clara inteligencia y el esclarecido ingenio de la seráfica doctora abulense, bien pronto descubrió en las obras del Beato Juan de Avila el sello de superior inspiración que las guiaba, y, á pesar de todos los celestiales favores que recibía la inmortal reformadora de la religión Carmelitana, y á pesar de sus éxtasis y arrebatos místicos que, naturalmente parecía que habían de hacerle despreciar todo trato y consejo de los mortales, quiso asesorarse de hombres ilustres en sabiduría y santidad y nunca dió un paso en su gloriosa carrera por el mundo, sin antes consultar sus propósitos, ya con San Juan de la Cruz, ya con San Pedro de Alcántara, ya con Fray Luis de León, ya con nuestro Juan de Avila.

Y es que aquella Santa de Dios llevaba en sí, con todas las perfecciones nacidas de su virtud incompa-

rable, el espíritu que animaba á los nobles caracteres de aquella dichosa época.

«La Santa Madre Teresa, dice el Ldo. Muñoz, nunca se aseguraba del todo por grandes que fueren las misericordias de Dios.»

Y así quería que «las mejores letras de España y los hombres más espirituales le calificasen de su buen camino.»

Por esto en cuanto la mística escritora tuvo noticia de los hechos admirables de Juan de Avila, quiso consultarle en asunto grave de su vida, como que se trataba de las principales vicisitudes que en ella había corrido.

Escribió, pues, Santa Teresa el libro admirabilísimo de su vida y quiso ponerlo á la censura del Maestro Avila; y al efecto, hubo de mandar su obra á Fray García de Toledo, con aquella carta, hermosísima, como todo lo que salía de la pluma prodigiosa de la Santa y en la cual decía tan sencilla como elocuentemente:

«Suplico á vuesa merced lo enmiende y mande trasladar si ha de llevar el P. Maestro Avila, porque podría conocer alguno la letra. Yo deseo harto, se de orden como lo vea, pues con este intento lo comencé á escribir, porque como á él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada que ya no me queda mas que hacer lo que es en mí.»

Recibió el Maestro Avila el libro, lo estudió detenidamente, y muy admirado debió quedar de su aureo contenido cuando, en satisfacción á los deseos de la seráfica doctora escribió aquella memorable carta, prodigio de ciencia mística y de elegancia de estilo, que dice así, entre otras admirables razones:

«La gracia y paz de Jesucristo, sea con vuestra merced siempre. Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas dél, como por pensar

que podía yo, en el favor de nuestro Señor aprovecharme algo de la doctrina dél. Y gracias á Cristo que, aunque lo he leído con el reposo que era menester, más me he consolado y podría sacar edificación si por mi no queda. Y aunque cierto yo me consolara con esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio y á quien me lo encomienda me de licencia para dejar de decir algo de lo que siento á lo menos en general.

»La doctrina de la oración está buena por la mayor parte, y bien puede vuesa merced fiarse della y seguirla. Y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos.

»El modo de enseñar Dios el ánima sin imaginación y sin palabras interiores ni exteriores es muy seguro, y no hallo en él que tropezar, y San Agustín habla bien dél.

»Las hablas interiores y exteriores han engañado á muchos en nuestros tiempos, y las exteriores son las menos seguras. El ver que no son de espíritu propio es cosa fácil, el discernir si son de espíritu bueno ó malo es más dificultoso....

»Visiones imaginarias ó corporales son las que más duda tienen y estas de ninguna manera se deben desear..... Mas, si todo esto hecho, duran las visiones y el ánima saca provecho dellas y no induce su vista á vanidad, sino á mayor humildad y lo que dicen es doctrina de la Iglesia.... no hay para qué huir dellas aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto sin comunicarlo luego con quien le pueda darlumbre..

»Paréceme, según del libro consta, que vuesa merced ha resistido á estas cosas y aun más de lo justo. Paréceme, que le han aprovechado á su ánima; especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas y enmendarse dellas.... Incítanla á amor de Dios y á propio desprecio, y á hacer penitencia. No veo por qué condenarlas, inclínome más á tener-

las por buenas.... También digo que las cosas de este libro acaecen, aun en nuestros tiempos, á otras personas y con mucha certidumbre que son de Dios....

»Vuesa merced siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones y preguntando por el camino derecho, y dé gracias á Nuestro Señor que le ha dado su amor y el propio conocimiento y amor de penitencia y de cruz... Yo no puedo creer que he escrito esto con mis fuerzas, pues no las tengo, pero la oración de vuesa merced la he hecho.

»Pídole, por amor de Jesucristo nuestro Señor, se encargue de suplicar por mí que él sabe que lo pido con mucha necesidad, y creo basta esto para que vuesa merced haga lo que le suplico.

»Y pido licencia para acabar esta, pues quedo obligado á escribir otra...

»Jesús sea glorificado de todos y en todos. Amen.»

Bastó, indudablemente esta hermosísima epístola para que la Virgen de Avila se decidiese á publicar el libro de su vida. Y siendo esto así, las letras españolas, enriquecidas con aquél tesoro que hoy admiramos con tanta delectación, son deudores, del mayor agradecimiento al Maestro Avila, sin cuya autoridad y consejo la incomparable doctora no hubiese publicado, indudablemente, una de las mejores, entre todas sus maravillosas obras.

CAPÍTULO VII

El venerable Avila y la inquisición.—Falso concepto en que se tiene al tribunal del Santo Oficio.—El encarcelamiento del Padre Avila.—La prohibición del *Audi, Filia*.

¡La Inquisición! Nombre fatídico, despertador de ideas lúgubres y horripilantes, que traen á las mien-

tes el fulgor de las hogueras, el tétrico aparato de los instrumentos del tormento, las obscuridades de los procesos incoados por el terrible tribunal, los abusos, las persecuciones, las atrocidades de todo género cometidas por los severos jueces....

Y sin embargo, la Inquisición, pese á los aspavientos de las gentes que contra ella truenan, sin haberse tomado el trabajo de estudiar detenida é imparcialmente el carácter de aquel tribunal, no es culpable de los crímenes que se le atribuyen, ni cometió jamás los absurdos que gentes indoctas ó maliciosas se obstinan en creer.

La Inquisición española fué una necesidad de los tiempos.

En muchas partes habíase perdido la fe que eleva al hombre á las regiones bellas de lo increado, alejándole de este mundo de contradicciones y angustias; la fe que nos ennoblece en nuestro origen, nos fortifica en los desfallecimientos y nos obliga bajo penas terribles al cumplimiento exacto de nuestros deberes, la fe que nos infunde la esperanza de un destino feliz para el justo, la fe que nos abre sus brazos cariñosos cuando nuestra debilidad nos arroja en las inquietudes de la culpa.

Perdida la fe, caían los pueblos de allende los Pirineos en los errores más absurdos y los prosélitos de la Reforma aumentaban de día en día y las obras de los heresiarcas difundían por todas partes sus perniciosas doctrinas.

La Inquisición en nuestra España salió al frente de la turba multa de protestantes, y gracias á sus energías, la Península quedó libre de semejante error y pudieron evitarse las encarnizadas luchas que, indudablemente hubieran surgido, de arraigar en nuestro suelo la planta exótica del luteranismo.

Aparte de esto, otros males evitó el Santo Tribunal, que fácilmente podríamos evidenciar si fuera

nuestro propósito presentar una vindicación del Santo Oficio.

Si cometió aquel Tribunal algunos abusos, si, por acaso, tuvo que ver con personalidades completamente inocentes, cosas fueron que en nada empañan su historia, si no es ante los ojos de los que se empeñan en no ver claro á la luz del mediodía.

El Padre Mariana nuestro célebre historiador, fué uno de los que, bien inocentemente, comparecieron ante el Tribunal del Santo Oficio, y sin embargo el mismo ínclito jesuita hace la apología de la Inquisición en las siguientes palabras de su *Historia de España*.

«Mejor suerte y más venturosa para España fué el establecimiento que por este tiempo se hizo en Castilla de un nuevo y Santo Tribunal de jueces severos y graves, á propósito de inquirir y castigar la herética gravedad y apostasía, diversos de los Obispos, á cuyo cargo y autoridad incumbia antiguamente este oficio.»

«Para esto les dieron poder y comisión los Pontífices romanos y se dió orden que los príncipes con su poder y brazo, les guardasen. Llamáronse á los jueces inquisidores, por el oficio que ejercitaban de pesquisar é inquirir, costumbre ya muy recibida en otras provincias, como en Italia, en Francia y Alemania, y en el mismo reino de Aragón. No quiso Castilla que en adelante, ninguna nación se le aventajase en el deseo que siempre tuvo de castigar excesos tan enormes y malos. Hállase memoria antes de esto de algunos inquisidores que ejercían este oficio á lo ménos á tiempo, pero no con la manera y fuerza que los que después se siguieron.»

«El principal autor é instrumento de este acuerdo muy saludable, fué el Cardenal de España por ver que, á causa de la gran libertad de los años pasados, y por andar moros y judíos mezclados con los cristia-

nos en todo género de conversación y trato, muchas cosas andaban en el reino extragadas. Era preciso, con aquella libertad, que algunos cristianos quedasen inficionados; mucho más, dejada la religión cristiana que de su voluntad abrazaron; convertidos del judaísmo, de nuevo apostataban y se tornaban á su antigua superstición, daño que, en Sevilla, más que en otra parte, prevaleció; así en aquella ciudad primeramente se hicieron pesquisas secretas, y penaron gravemente á los que hallaron culpados. Si los delitos eran de mayor cuantía, después de estar largo tiempo presos y después de atormentados los quemaban; si ligeros, penaban á los culpados con afrenta perpetua de su familia. A no pocos confiscaron sus bienes y los condenaron á carcel perpetua: á los más echaban un *Sambenito*, que es una manera de escapulario de color amarillo, con una cruz roja, á manera de aspa, para que entre los demás anduviesen señalados y fuese aviso que espantase y escarmentase por la grandeza del castigo y de la afrenta; traza que la experiencia ha mostrado ser muy saludable, máguer que al principio pareciese muy pesada á los naturales.....

«De esta manera hubo pareceres diferentes: algunos sentían que á los tales delincuentes no se debía dar pena de muerte; pero fuera de esto confesaban era justo fuesen castigados con cualquier otro género de pena. Entre estos fué de este parecer Hernando del Pulgar, persona de agudo y elegante ingenio, cuya historia anda impresa de las cosas y vida del Rey D. Fernando; otros, cuyo parecer era mejor y más acertado, juzgaban que no eran dignos de la vida los que se atrevían á violar la religión y mudar las ceremonias Santísimas de los Prelados: antes que debían ser castigados, demas de dalles la muerte, con perdimiento de bienes y con infamia.. . . .

.

« . . . Que con ser secreto el juicio se eviten muchas calumnias, cautelas y fraudes, además de no ser castigados sino los que confiesen su delito ó manifiestamente estén de él convencidos: que á las veces, las costumbres antiguas de la Iglesia se muden conforme á lo que los tiempos demandan; que, pues, la libertad es mayor en el pecar, es justo sea mayor la necesidad en el castigo. El suceso mostró ser esto verdad y el provecho que fué más aventajado de lo que se pudiera esperar.»

Tanto se ha declamado contra el Tribunal de la Inquisición, acusándole de haber puesto trabas á la cultura intelectual, y de ser causa inmediata de que nuestra nación permaneciera sumida, casi por completo, en una espantosa barbarie, que es y será por mucho tiempo imposible sacar del error en que se encuentran á los que, de buena fe, tienen por ciertas las diatribas que escritores parciales, generalmente influidos por el espíritu de secta ó de partido, han dirigido y aun dirigen á la Santa institución que, si cometió errores, porque al fin obra humana era, y por consiguiente imperfecta, salvó á nuestra patria de muchos males.

Por lo demás, es una puerilidad, indigna de todo hombre serio, el tomar en cuenta las sinrazones que, en tono ampuloso é invocando los principios de una mentida libertad, empleadas una y otra vez para impugnar el establecimiento de la Inquisición española.

Generalmente, fundan sus razonamientos, todos los enemigos de la Inquisición en falsos supuestos, hiperbólicamente comentados y tomados, las más de las veces de aquella *Historia crítica de la Inquisición de España*, escrita por Llorente, y en la cual tantos errores se contienen.

Trae, Llorente, en su *Historia crítica*, un catálogo de hombres ilustres perseguidos por la inquisición y entre ellos figura el Venerable Maestro Juan de Avila.

Así, presentado el asunto de la persecución del Maestro Avila, como Llorente lo ofrece á los lectores de su *Historia*, no puede menos de conmover y despertar sentimientos de odio y repugnancia contra una institución que tan mal trataba á hombres de la santidad y de la sabiduría del ilustre sacerdote de Almodóvar.

Y sin embargo no hay motivos para tales odios y tales repugnancias.

Juan de Avila, fué acusado á la Inquisición en Sevilla, cuando la fama del *Apóstol de Andalucía* corría por todos los ámbitos de la Península y había traspasado las fronteras.

Quiénes fueron los denunciadores del Venerable? Ni es fácil averiguarlo ni nada importa que permanezcan en el olvido.

Siendo tanta la nombradía del Santo Apóstol, tan públicas las obras de su misión y tan frecuentes las oraciones sagradas pronunciadas en todos los templos de la bella ciudad del Guadalquivir, oraciones en las que el venerable Juan de Avila, condenaba los vicios é impugnaba los errores de la época con frases enérgicas, por fuerza que, entre tantos admiradores como tendría, no faltarían almas ruines enemigas de su justa nombradía.

No es, pues, de extrañar que fuese denunciado á la Inquisición y que el Tribunal ordenase el encarcelamiento del Venerable.

Pero, á la cuenta, si el autor de la *Historia crítica de la Inquisición Española* cita el encarcelamiento del P. Avila como un punto negro para el alto Tribunal, no puede menos de reconocerse, que no anduvo muy acertado el buen Llorente en esta como en otras parecidas citas.

Porque, en resolución, lo que viene á probar el encarcelamiento del venerable Maestro, no es mas que el celo y la justicia del Tribunal que á los pocos días

de haber entrado el P. Juan en la cárcel de Sevilla, ordenó que se le diera libertad, y no como quiera, sino dándosele toda clase de satisfacciones y celebrando que las muchedumbres aclamasen y llevasen en triunfo al ilustre santo por las calles de Sevilla.

Y esto fué y á esto quedó reducida la persecución del venerable Juan de Avila por el Tribunal del Santo Oficio.

También se ha querido sacar partido de las observaciones que el Tribunal hubo de hacer á una de las obras del Venerable, al *Audi, filia*.

Pero esto tiene la misma importancia que el encarcelamiento del P. Juan.

Cierto que el Tribunal mandó recoger los ejemplares del *Audi, filia*, como mandó recoger la inimitable *Guía de pecadores* del inmortal Fray Luis de Granada y como prohibió la lectura de algunos otros libros santos. Pero no porque condenase la doctrina, no porque entendiera que hubiera en los libros error de fondo y de forma, sino porque se trataba de asuntos místicos, y que en aquellos días en los que estaban en su auge aquí en nuestra España las sectas de los iluminados y quietistas, era muy peligroso poner en ciertas manos determinados libros aunque contuvieran doctrina inmejorable.

Pasadas aquellas circunstancias de tiempo, el *Audi, filia*, el *Guía de pecadores* y otros libros análogos, nunca condenados por la Inquisición, pudieron circular con beneplácito y con satisfacción del mismo Tribunal.

CAPITULO VIII

**Ultimos años del Venerable.—Su muerte.
Sus discípulos.**

Toda una vida dedicada al estudio y al trabajo en las condiciones de nuestro Venerable, por fuerza habían de quebrantar su salud, siquiera el espíritu permaneciese con todas sus energías hasta el último instante de la existencia.

La predicación constante, el estudio continuado, los trabajos de evangelización que obligaban á nuestro santo á hacer frecuentes viajes en un tiempo en que eran tan penosos, las penitencias y mortificaciones que voluntariamente se imponía, trabajaron tanto el organismo del venerable Avila que durante muchos años antes de su muerte sufrió los dolores de continuas y molestas enfermedades.

Con todas las fatigas de la enfermedad, el P. Juan no cesaba un momento de dedicarse al trabajo, ya terminando sus obras, ya escribiendo sus cartas, ya meditando sus sermones, que, últimamente tenía que pronunciar sentado en una silla.

Lo cual no impedía que, como dice el Ldo. Muñoz, fuese su voz «tan entera y tan sonora que se oía en cualquier parte de la iglesia» siendo «el fervor y la eficacia siempre mayor» tanto que, «en los últimos años de la vida, cantó con mayor suavidad este divino cisne.»

En la reseña histórica de la vida y de las virtudes del P. Avila escrita por D. José Fernández y Montaña, se refiere así la muerte de aquél santo:

Corriendo el año 1569, por el mes de Marzo, en la ciudad de Montilla se agravaron las enfermedades

del P. Avila, alarmándose mucho sus discípulos y la familia preclarísima de los Condes de Feria. Con la paciencia de un santo, sobrellevó dolores y fatigas todo el siguiente mes de Abril, hasta que en Mayo arreció mucho más la dolencia y se temió ya el desenlace fatal. El P. Villarés, su fiel amigo y asistente, le preguntó entonces: «Siente vuesa merced que Nuestro Señor le quiere llevar para sí?» El repondió que no.

En otro día vino el médico y ya lo encontró gravísimo y al punto ordenó que presto hiciese testamento; mas el Padre contestó que no tenía de que hacerlo, porque como siempre había vivido pobre, moría pobre. Acercósele entonces el médico y con la claridad que en tales casos procede, aunque el mundo lo rechace le dijo: «Vuestra merced se está muriendo; haga lo que es menester para la partida» Muy tranquilo el Venerable levantó los ojos á María Santísima, esperanza nuestra en tan tremenda hora, y le dijo: *Recordare, Virgo Mater; acuérdate Virgen Madre, en el acatamiento de Dios de alegar en mi favor*, y en seguida manifestó deseos de confesarse. Quejábase de no tener más tiempo para disponerse mejor á salir de este destierro. Quejas y temores propios de los Santos.

Todo lo presenciaba solícita y diligente, llorando inconsolable, la marquesa de Priego, y mandó entonces al P. Villarés que dijese Misa y comulgase al Santo enfermo: porque hija suya espiritual y tan antigua conocía muy bien el gusto mayor y principal de su Padre, que era recibir el Santísimo Sacramento. Y así, en efecto, la misma señora, llegada la hora, mandó traer hachas encendidas para que el celebrante le diese el Santo Viático, y cuando vió el enfermo que se lo traían, exclamó con extraordinario afecto: «Denme á mi Señor, denme á mi Señor.» Y aunque muy trabajado de los dolores pronunció algunas palabras por vía de plática llena de amor y humildad muy grande, mostrando que Nuestro Señor Sacramentado descen-

dió de los Cielos y se quedó en la tierra para salud y consuelo de pecadores arrepentidos, y que, siendo él uno de ellos, suplicaba por caridad se lo diesen. Y lo pidió tan humilde y lastimeramente que dejó á cuantos allí se hallaban edificados y en gran manera conmovidos.

Quiso más tarde recibir la Extrema unción y como le significasen que no era tiempo, dió muestras de querer recibir este postrer Sacramento, antes de perder el sentido; y así se lo administraron estando en pleno conocimiento. Y como los dolores iban apretando y la vida se extinguía, preguntóle la Marquesa, que muy agradecida á sus santos consejos y dirección no se apartaba de allí nunca, qué le dejaba mandado hacer para después de muerto. A lo que respondió al punto: «Misas, señora. Misas y aprisa.» No faltaron tampoco sus grandes amigos, los Padres Jesuitas, y entre ellos el P. Superior que le dijo: «Muchas consolaciones tendrá vuestra merced ahora de Nuestro Señor» y él contestó: «Muchos temores por mis pecados.»

«Gran jornada, exclama aquí, el P. Granada, debe ser la postrera, pues varón tan santo, que tan dispuesto estaba, dice que quisiera tener más tiempo para aparejarse: y gran juicio debe ser el de esta hora, pues este varón tan grande siervo de Dios y que así le había servido, teme el entrar en él y pide socorro de Misas.»

Díjole, por fin, la Marquesa que sería su gusto y también el de la Condesa de Feria, que se enterrase en Santa Clara, y respondió que no, sino en el Colegio de la Compañía de Jesús, á la que tanto en vida había amado.

Y, finalmente, con rostro apacible, lleno de paz, humilde, resignado, repitiendo sin cesar los nombres dulcísimos de Jesús, María y José, besando tiernamente el Crucifijo entregó el espíritu á su Criador en Mayo de 1569.

• Acomodaron su cuerpo, agradecidos, los Padres de la Compañía de Jesús en la capilla mayor de su Colegio de Montilla, al lado del Evangelio, abierto hueco, de propósito en el muro.

En la losa que le cubrió grabóse en letra magna y lengua del Lacio el siguiente epitafio:

*Avila fué mi nombre; mi camino,
La tierra en que pisaba peregrino
El cielo era mi patria verdadera;
¿Qué oficio exercité? Segador era:
De la incansable mano.
Nunca dejé la hoz por muy anciano
Antes á Cristo di, siempre constante
Cosecha de sus mieses abundante.*

=
MAGISTRO JOANNI AVILÆ
PATRI OPTIMO, VIRO INTEGERRIMO
DEIQUE AMANTISSIMO
FILII EJUS IN CHRISTO
Pos.
=

Muchos y muy esclarecidos varones buscaron en las enseñanzas del venerable Maestro Juan de Avila consuelo á sus tribulaciones.

La santidad del *Apóstol de Andalucía* era tan paciente y su prudencia y su sabiduría tan relevante, que piadosos sacerdotes y hombres doctísimos buscaron sus consejos y trataron de ajustar su conducta por la del Santo.

Entre otras merecen particular mención aquel Padre Juan Villarés que vivió con el Maestro, dieciocho años y que, al decir del Padre Martín de Roa, fué maravilloso ejemplo de mansedumbre y santidad; aquel sabio Doctor Bernardino de Carceval, sacerdote virtuosísimo, teólogo profundo, hombre entendido en las ciencias y en las letras divinas y humanas y

orador elocuente y buen imitador de su maestro; aquel otro Doctor Pedro de Ojeda, Maestro como el anterior en la Universidad de Baeza, gran orador, Sagrado también, de esclarecido talento y de modestia tan excesiva que despreció siempre las dignidades, altos puestos y honores que se le ofrecieron; aquel Hernán Nuñez, que estuvo veintiocho años en compañía y obediencia del Maestro, que fué uno de sus discípulos más aventajados, amante de la humildad y de la santa pobreza y apóstol incansable que recorrió la Península predicando la palabra de Dios, trasladándose después á las Indias, donde continuó su misión, muriendo, por último, en olor de santidad; aquel Alonso de Molina que, á semejanza de su maestro, repartió entre los pobres todos sus bienes y vivió santamente, habiendo conseguido muchos frutos en su carrera de ejemplarísimo sacerdote; aquel P. Alonso Hernández, insigne en letras, virtudes y singular doctrina, que no quiso tampoco beneficios ni rentas eclesiásticas sino que siguiendo al Maestro abrazó la pobreza en todo su rigor apostólico; y el Licenciado Pedro Rodriguez, el Maestro Bernardo Alonso, tan amigo de la oración y del silencio; y el Licenciado Nuñez, fundador del convento de religiosas de la Magdalena, en Baeza, y del Hospital de la Concepción; y el Licenciado Marcos López, el venerable Pedro Fernández Herrero, Fray Luis de Granada, los venerables Padres Luis de Noguera, Hernando Vargas, Juan Díaz, el Padre Esteban de Centenares, el Padre Mateo de la Fuente, el Padre Diego Vidal, el Dominicó Fray Alonso Carrillo, el gerónimo Fray Francisco de Segovia, los jesuitas Diego de Guzmán, Gaspar Loarte y Antonio de Córdoba, los religiosos Padres Francisco Gómez, Alonso Barcena y Gaspar Pereira, el Padre Juan Ramirez, también de la inclita Compañía, y el venerable Padre y Dr. Diego Pérez de Valdivia, y el venerable Contreras y tantos y tantos otros virtuosos sa-

cerdotes y santos varones que siguieron las huellas del Maestro de Almodóvar lo mismo que muchas damas nobles y ejemplarísimas religiosas, entre las que recordamos á la Condesa de Feria, Marquesa de Priego y D.^a Sancha de Carrillo, antes citadas, y á doña Isabel Pacheco y Sor Maria su hermana, y á D.^a Teresa Enriquez y á la Santa religiosa Sor María de Cristo, muerta como las anteriormente citadas en olor de santidad.

CAPÍTULO IX

Los escritos del P. Avila.—Carácter é importancia de los mismos.—El *Audi, Filia et vide*.

Sea la que fuere la opinión, que del mérito literario del venerable Juan de Avila, tengan todos los críticos que de sus escritos se han ocupado, en un punto están conformes; en el de aseverar que el Maestro de Almodóvar fué el fundador del lenguaje místico.

Solo por esto la importancia de las obras que escribiera el elocuente sacerdote es tan notoria que justificaría el que de ellas se hiciese un estudio muy detenido si ya no existiesen otros méritos que les dan inapreciable valor.

Juan de Avila, no contento con haber ganado muchas almas para el cielo con sus continuas predicaciones quiso dejar sembrada la semilla del bien por modo más permanente y así, durante toda su vida, dedicóse, el tiempo que sus tareas apostólicas le dejaran libre á consignar en libros imperecederos las enseñanzas y consejos que tantos bienes espirituales habían de llevar consigo.

Infinitas fueron las conversiones alcanzadas por la palabra elocuente del *Apóstol de Andalucía*, pero

no fueron menos los frutos obtenidos por medio de sus escritos, casi todos ellos dirigidos al conseguimien- to de algún fin agradable á los ojos de la divi- nidad.

Mucha fama alcanzaron en su tiempo las obras del Maestro Avila, y realmente mucho valían, siquie- ra en nuestros días haya muchos que de literatos se precian que ni por el forro las conocen.

No alcanzaron, desde luego tanta popularidad co- mo las de algunos otros escritores místicos, como por ejemplo, el P. Granada con su *Guía de Pecadores*, (1) pero no quiere decir esto que sea menor su valor lite- rario.

Sobre todo, tienen el mérito indiscutible de haber servido de punto de partida, y, como si digéramos, de base para el levantamiento de ese gallardo monu- mento de nuestra *Mística*, obra magna que nos en- vidian todas las literaturas extranjeras.

Educado el P. Avila en los centros de enseñanza más importantes de España, habiendo tenido maes- tros como el teólogo Domingo de Soto, y habiéndose dedicado de continuo al estudio de los sagrados li- bros y al de los clásicos latinos y griegos, hubo de

(1) *La guía de pecadores* es uno de los libros devotos que han te- nido mayor circulación en el orbe cristiano. A fines del siglo xvi. se publicaron en España las siguientes ediciones: Dos en Salamanca, la de 1567, en 8.^o y en pergamino, en casa de Andrea de Portonari; y la de 1572, también en 8.^o, y en pergamino, en casa de Domingo de Portonari; y dos en Barcelona, la de 1588 y la de 1594, ambas en casa de Jaime Cendrát. En este siglo se han publicado, una en Madrid en 1855 y varias en Barcelona; la de 1848, la de 1851 y la de 1884.

Esta obra ha sido traducida al italiano por el R. P. Timoteo del Bagno, monje camaldulense, Venecia, en casa de Jorge Angellieri, 1576, y por el dominico Fr. Jerónimo Joanini de Capua: Venecia: Gio- litos, 1577 y 1595. Al francés la vertieron Pablo del Monte: Doceai; Juan Bogarí, 1574. Nicolás Colin, Reims, Juan de Foiguy, 1577; y Pa- ris, Miguel Sonnio, 1625. D. Girards, Paris; Pedro Le Petit, 1658. Fray Cipriano de Santa Angélica, agustino descalzo Lyon, 1674. También fué traducida al alemán, imprimiéndose en Maguncia en 1599; y al polaco por el jesuita Estanislao de Varsovia. Al griego la tradujo el Padre Andres Reuli S. S. en 1628 y en latin Miguel de Isseet, en 1587, 1590 y 1552.

atesorar tantos conocimientos que hicieron decir á su biógrafo Muñoz «que era el pecho de este santo varón un archivo de sabiduría vivina, una real armería para todos los soldados de la milicia del cielo, una espiritual botica donde el Espíritu Santo había depositado las medicinas necesarias para todas las enfermedades como padecen nuestras almas, que sin duda son más que las de los cuerpos.»

Poseía el venerable Juan de Avila una inteligencia tan clara, un juicio tan sereno que le permitian razonar sencilla y tranquilamente sobre los asuntos más arduos ó sobre los más complicados casos de conciencia.

Así, es de notar el acierto y superioridad con que discurre en todos los temas que desenvuelve.

Bajo dos puntos de vista pueden y deben ser consideradas las obras del Beato de Almodóvar; como producciones místicas y como trabajos literarios.

Consideradas como obras místicas, ya lo hemos dicho, tienen el mérito inapreciable de ser las primeras en el orden cronológico.

Y no es que antes de Juan de Avila no hubiese escritores ascéticos en España. Luego veremos que en el siglo xv y antes, brillaron sapientísimos varones muy dignos precursores de los del siglo de oro.

Pero obras místicas perfectas, como las que habían de hacer inmortales á un Fray Luis de Granada, á un Fray Luis de León, á una Santa Teresa de Jesús, no se habían escrito hasta los días de nuestro Venerable.

Aparte de este inapreciable valor que hace tan importantes las producciones del P. Avila, tienen en sí, como obras místicas otros méritos que las ponen á la altura de las primeras en su género.

Para ser un buen místico es indudable que se necesita seguir el camino de los Santos. Juan de Avila bien trillado lo tenía, y por eso hoy se le venera en los altares.

Solo el espíritu del amor de Dios puede conducir á la expresión de esos conceptos sublimes que saboreamos en nuestros libros de mística.

«Si amas, servirás, decía San Leonardo de Puerto Mauricio, si no amas, no servirás. El que bien ama bien sirve; el que ama con perfección, con perfección sirve; mucho harás si mucho amas.»

Todos los planes, todos los organismos, todas las leyes que intenten hacerse resultarán perfectamente inútiles si los encargados de ejecutar no aman, Amar á Dios es volar hacia El como el acero vuela hacia el imán; y como el acero una vez que tocó al imán, atrae á sí todos los cuerpos que le son simpáticos, de una manera irresistible, á menos que una fuerza contraria los detenga, del mismo modo el que está tocado de Dios llama hacia sí otra alma, y esta alma trae otra, y esta otra, otra á su vez, resultando que, como la corriente magnética forma alrededor de la piedra imantada, brillante corona de filigranas con los millares de átomos de pálido acero, así la corriente del amor en torno de Dios, reúne todos los corazones que aman á Cristo Sacramentado, á manera de corona de elegidos que forman con El un todo íntimo apretado é indestructible.

El amor es calor en el alma, y el calor es movimiento; por eso amar á Dios es amar al prójimo, y amar al prójimo es amar á Dios; es el ir y venir de ese fluido, de ese etér que pone en contacto la tierra con el cielo, cuyas vibraciones se traducen en actos de caridad.

Actos de caridad que impulsan á un Juan de Ávila, á la predicación evangélica y, sobre todo á la publicación de esas obras místicas que han servido para elevar á muchas almas á las regiones serenas de lo super-sensible.

Quien debidamente quiera recomendar estas obras «habrá menester, dicen los cronistas del Venerable,

la pluma de un Cipriano, de un Crisóstomo ó de un Jerónimo, ó de otro maestro de la elocuencia cristiana, ó que el mismo venerable Maestro, que tanto participó del espíritu de estos doctores Santos, explicare sus grandezas.»

La doctrina que en sus libros nos dejó el P. Avila es sólida, enriquecida de tan doctas y graves sentencias llenas de celo de Dios, con pureza santa de estilo, hijo del Evangelio, con un nervio en el decir y un modo de persuadir tan valiente y redundando todas de un primor tan divino, con viveza y eficacia tan grande que parecen dictadas del Espíritu Santo.

Una de las más hermosas producciones del Maestro de Almodóvar es la titulada: *Audi, Filia et vide*. Está dedicada esta obra á la Sra. D.^a Sancha Carrillo y es una paráfrasis del verso del Salmo XLIV.

Consta de 113 capítulos y trata de *los malos lenguajes del mundo, demonio y carne*.

Las galas literarias corren parejas con la profundidad y pureza de la doctrina, y son tantas las bellezas que atesora que, con dificultad, podrá encontrarse otro tratado semejante que le aventaje.

Cuéntase que el Rey Felipe II, tenía tal predilección por el *Audi, Filia*, que había de ponderar su mérito en cuantas ocasiones se le ofrecía, y así habiéndole preguntado uno de sus servidores qué libros había de llevar al Escorial, nombrándole algunos, dijo su Majestad «no olvidéis el *Audi, filia*. En sus enfermedades y dolores quería el rey que se leyesen á su presencia algunos capítulos de tan hermoso libro y, haciendo de ellos comentarios, decía que era todo grano, que en él estaba toda nuestra santa fe y que era importantísimo para las almas.

Para que muchos lectores puedan formarse una idea del estilo del Maestro Avila, trasladaremos algunos párrafos de la obra que nos ocupa.

En el capítulo segundo dice así:

«El lenguaje del mundo no le hemos de oír, porque es todo mentiras, y muy perjudiciales para quien las creyere, haciéndole que no siga la verdad que es, sino la mentira, que tiene apariencia y se usa. Y con esto engañado el hombre, echa tras sus espaldas á Dios y á su santo agradecimiento, y ordena su vida por el ciego norte del aplazamiento del mundo, y engéndrasele un corazón deseoso de honra y de ser estimado de los hombres.... ¡Oh, honra vana, condenada por Cristo en la Cruz á costa de sus grandes deshonoras, y quién te dió asiento en el templo de Dios que es el corazón cristiano! ¡Y con tan grande estima que, á semejanza del Anticristo, quieres tú ser más preciada que el altísimo Dios! ¿Quién te hizo competidora con Dios y que le lleves ventaja en algunos corazones, en ser preciada más que El? Grande, por cierto, es tú tiranía en los corazones de los sugetos á tí; y con gran presteza y facilidad te hacen servicio, por costoso que sea.... No se burle nadie, ni tenga por pequeño mal el amor de la honra del mundo, pues el Señor que escudriña los corazones dijo á los fariseos: ¿Cómo podéis creer en mí, pues que buscáis ser honrados unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?»

Hablando, luego, de otro de los enemigos del alma, se expresa en los siguientes elocuentes términos:

«La carne habla de regalos y deleites, unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de este enemigo, allende de ser muy enojoso, es más peligroso, porque combate con deleites que son armas más fuertes que otras. Lo cual parece en que muchos han sido del deleite vencidos, que no lo fueron por dineros, ni honras, ni recios tormentos. Y no es maravilla, pues es su guerra tan escondida y tan á traición que es menester mucho aviso para guardarse de ella.

¡Quién creará que debajo de blandos deleites viene escondida la muerte y muerte eterna! ¡Siendo la muerte lo más amargo que hay!.... Copa de oro y ponzoña de dentro es el falso deleite, con el cual son embriagados los hombres que no miran sino á la apariencia de fuera. Traición es de Joab, que abrazando á Amasa, lo mató; y de Judas, que con beso de falsa paz entregó á la muerte á su bendito Maestro. Y así es que en bebiendo del delito del pecado mortal, muere Cristo en el ánima, y El muerto, el ánima muere, porque la vida de ella viene de El. Y así dice San Pablo: *Si según la carne viviereis, moriréis.*»

De este modo sigue discurrendo el P. Avila en todo su *Audi, Filia*, retratando los perniciosos efectos de la concupiscencia de la carne, del demonio y del mundo.

«Los lenguajes del demonio, dice más adelante, son tantos cuantas son sus malicias, que son innumerables. Porque así como Cristo es fuente de todos los bienes, el demonio es padre de pecados y tinieblas, que instigando y aconsejando á sus miserables ovejas, las induce á maldad y mentira con que eternalmente se pierdan..... El asechanza que tiene para perder es aquesta: alzarnos con la vanidad y mentira, y después derribar con verdadera y miserable caída. Ensálzanos con pensamientos que nos inclinan á estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia. Sabe él muy bien cuanto desagrada la soberbia á Dios, y como ella sola basta á hacer inútil todo lo demás que el hombre tuviere, por bueno que parezca..... La Escritura dice: «Principio de todo mal es la soberbia, y quien la tuviere será lleno de maldiciones;» quiere decir de pecados y de castigos..... Otra arte suele tener contraria á esta pasada, la cual es no haciendo ensalzar el corazón, mas abajándolo y desmayándolo hasta traerlo á desesperación..... De manera que á unos ciega con las buenas obras, poniéndoseles de-

lante y escondiéndoles sus males, y así los engaña con la soberbia, y á otros escondiéndoles que no se acuerden de la misericordia de Dios y de los bienes que con su gracia hicieron, y tráeles á la memoria sus males y así los derriba con desesperación.»

Hablando de la mortalidad, miserias y corrupción de nuestro cuerpo, dice:

«Cuán presto se parará tal, que cualquier persona, por mucho que os quiera, no os puede ver, ni oler, ni estar cerca de vos. Mirad allí con atención en qué paran la carne y su gloria, y veréis cuán necios son aquellos que habiendo de salir tan pobres de este mundo, andan ansiosos agora por ser muy ricos; y habiendo de ser tan presto hollados y olvidados, tienen gran sed de ponerse en más altos lugares que los otros. Y ¡cuán engañados viven los que regalan su cuerpo y se van tras sus deseos, porque otra cosa no hicieron sino ser cocineros de gusanos, guisándoles bien el manjar que han de comer, y ganaron con sus torpes deleites tormentos que nunca se acaban! Mortificad los deseos de la carne cada vez que os vinieren á la memoria, y mortificad los deseos de agradar y desagradar al mundo y de tener en algo cuanto en él florece, pues que tan presto y con tanto abatimiento lo habéis de dejar y él á vos.»

Bien puede verse, por los cortos fragmentos copiados, cuánta razon llevan los que afirman que el Beato Juan de Avila fué el creador del lenguaje místico y de la verdadera mística en España.

Antes de él, si, como veremos, habían florecido varones eminentes en la elocuencia sagrada, en la filosofía moral y en algunas creaciones ascéticas, pero nadie había escrito con tal conocimiento de causa y con tal perfeccionamiento de lenguaje.

Nadie, tampoco le aventajó en la claridad de los conceptos ni en la pureza de la expresión. El habla castellana que todavía no había llegado al grado de

explendor á que la elevaron los escritores contemporáneos de nuestro venerable, se muestra ya en este con toda su fluidez y gallardía.

No es mucho, pues que el *Audi, Filia* fuese leído con fruición por todas las almas purificadas por el Santo amor divino.

Y en nada, absolutamente en nada, perjudicó á su fama el que el Tribunal de la Inquisición pusiese algunas restricciones para su lectura.

En el índice de Valdes, donde se prohibían los libros de Taulero, Dionisio Richel, Heurico Herph y otros alemanes, sospechosos de inducir al panteísmo, y al quietismo, se mandaban recoger las primeras ediciones del *Audi, Filia*, así como también *La guía de pecadores* de Granada, la *Oración y Meditación* (1) del mismo y la *Obra del Cristiano* de San Francisco de Borja, no porque contuviese error alguno, ya lo hemos dicho, sino por el natural terror que inspiraban en tiempos de los alumbrados los libros místicos.

Ni en nada rebajaron el mérito de estas obras las prohibiciones anotadas, antes por el contrario fueron causa de que en algunas de ellas, sus autores se cuidasen de pulir el estilo para las siguientes ediciones, ganando así en la forma ya que en el fondo nada absolutamente había que no mereciese encomio.

El *Audi, Filia* se imprimió por primera vez en Al-

(1) De esta obra se publicaron en España, á fines del siglo xvi las siguientes ediciones: dos en Salamanca en casa de Andrea de Portonarrina, una en 1556, en 4.º, y otra en 8.º el año 1567; dos en Barcelona, la de 1598 y la de 1594, en folio, impresas por Jaime Cendrat; y una en Medina del Campo el año 1588. Durante el presente siglo se han publicado, una en Madrid, 1832; tip. de J. Viana Razola; una en Valladolid 1832, 8.º tip. de la viuga de Roldan; una en Málaga, 1855, en 8.º, tipografía de Martínez de Aguilar, y cuatro en Barcelona la de 1846; en 8.º, tip. de Antonio Sierra; las de 1877 y 1883, impresas por F. Rosal y la de 1880 en la libr. Religiosa, Tradujo esta obra al latín Miguel de Isselt, Colonia, 1586 y 1592; al francés Francisco de Belleforest; París, Guillermo de la None, 1572 y 1576 y al italiano Camilo de Camilis, Venecia 1575 y 1601; Juan Angellieri.

calá de Henares, en casa de Joannis Brocar, el año de 1556.

En la misma casa se hizo otra edición algunos años más tarde en 1577, y otra en 1581.

En 1604 se editó nuevamente en Sevilla.

Por la misma época se publicó en Roma, y traducida al latín y con el título de *Christianæ Institutionis* se publicó en Londres en el año 1620.

En muy pocos años relativamente, teniendo en cuenta los tiempos en que se publicó el *Audi, Filia*, alcanzó una reputación tan general que traspasó las fronteras como se ha visto, privilegio solo alcanzado por las producciones de reconocido mérito.

CAPÍTULO X

Los escritos del P. Avila. — El Epistolario.

El estilo epistolar tiene sus derechos propios; el principal es la naturalidad; carta que se escriba con pretensiones de hacer un artículo literario, no resultará cosa aceptable, si no es ya que el autor tiene tanto arte que sepa ocultar por completo el esmero y cuidado que puso en la obra.

Por lo común, diremos con el distinguido literato don Santiago Linier, en su discurso de recepción en la Academia Española, en el cual desarrolló el tema, *FloreCIMIENTO del estilo epistolar en España*, por lo común no son los mejores escritores de cartas ó no son, al menos, los que más nos cautivan, escribiéndolas, los grandes maestros literarios, poetas y oradores, historiadores y tratadistas. La costumbre de la publicidad en unos, de la demostración ex-cátedra en los

otros, llévalos, comunmente, al énfasis declamatorio, al didactismo personal, ó á la provocación á la polémica, á todo aquello, en fin, que es, por su naturaleza más ajeno y contrario á la sencillez, al abandono y á la necesaria brevedad de una carta. Por el contrario, la gravedad del asunto, ó la altura moral ó social de la persona que la escribe, rara vez contribuye á desnaturalizarla si la inspira un sentimiento verdadero y va dirigida á persona con quien sea fácil y lícita la necesidad imperiosa de íntima é inmediata comunicación que la dicta.

No podían ser más apremiantes los estímulos, ni más aventurado el recurso que se intentaba cuando el sabio rey D. Alonso dirigía á D. Alonso Pérez de Guzmán aquella bellísima carta, en la que la noble dignidad de Rey ofendido y de padre agraviado, llevada á compás de acontecimientos tristísimos, se desahoga noblemente en el corazón de un amigo y súbdito leal con acentos de alto sabor moral, pero familiar y llanamente expresados, desde que le pinta su cuita «tan grande que, como cayó de alto lugar, se verá de lueño», hasta que la fecha con aquellas sencillas y tremendas palabras «en la mía y solo leal Cibdad de Sevilla á los treinta años de mi reinado y el primero de mis cuitas.»

Modelos de naturalidad y sencillez son también, dice el mismo citado académico, aparte de otras gracias y méritos que las avaloran y subliman, las cartas de Santa Teresa, como escritas por persona que vive y lucha en el mundo, y aun para su vida de santificación tiene que conocer á los hombres, servirse de ellos, calificarlos y escogerlos ó apartarlos de sí.

Maestra en Teología mística, por intuición de su alma llamada con los auxilios de la gracia á gozar de las dulzuras del amor divino, era igualmente maestra en cuantas artes y ciencias son necesarias y aun oportunas para el gobierno de los hombres.

Hasta cuando escribe para adoctrinar los corazones y llevar las almas á los puros conceptos de la meditación y de la penitencia, logra siempre expresar con frase natural, que no cae nunca, sin embargo, en ruin bajeza, los más arcanos misterios de la gracia, ó los más sublimes favores del amor de Jesucristo: «Es este, dice, herida que da el amor de Dios en el alma, no se sabe adonde ni cómo, ni si es herida, ni qué es, sino siéntese dolor sabroso, que hace quejar y así dice:

«Sin herir dolor hacéis

Y sin dolor deshacéis

El amor de las criaturas, etc.

Júzguese cual no sería la llaneza de su estilo cuando habla de asuntos familiares, cuando agasaja á personas que traían recomendación expresa de sus superiores, cuando reprende á su hermano por su muchas penitencias, ó cuando con la viveza peculiar de su condición y el espíritu práctico, propio de quien, como ella, no sólo fué la mujer más santa sino la santa más mujer de su tiempo, recomienda á sus superiores para que se traten en el Capítulo de Alcalá y se consigne en las constituciones que,

«Por amor de Dios procure Vtra. Paternidad que haga limpieza en camas y pañizuelos de mesa aunque más se gaste, que es cosa terrible no la haber: en forma quisiera fuera por constitución y aun creo que no bastará según eso.»

De Gallardía de lenguaje al propio tiempo que de vigorosa expresión encuéntranse á cada paso acabados modelos en las cartas de la gran escritora: al referir al P. Gracián la gratisima impresión que le ha producido la visita de su madre en Toledo exclama: «tan conocidas estábamos como si toda nuestra vida nos hubiéramos tratado» y añadiendo luego:

«En gracia me cay decir Vtra. Paternidad que la abriese el velo: parece que no me conoce; ¡quisiérale yo abrir las entrañas!»

De su previsión y buen sentido dan claro testimonio cláusulas como estas.

«Siempre esté advertida que será mejor el concierto, porque me escribió nuestro Padre que un gran letrado de la Corte le había dicho que no teníamos justicia, y aunque la tuviéramos es recia cosa pleitos. No olvide esto.»

En cuanto á nuestro venerable Juan de Avila, sus cartas son modelos acabados donde no se sabe que admirar más, si la naturalidad en la expresión de toda clase de pensamientos ó la claridad y corrección con que están expuestos.

Y es lo grande en este escritor místico, como en Santa Teresa, que si cuando evangelizan y hablan de asuntos tan abstrusos como los que se relacionan con la teología mística, su lenguaje, lejos de ser alambicado, es natural y sencillo, cuando se ocupan de cosas nimias, de asuntos de la vida, de pequeños detalles domésticos no en vulgaridad ni en bajeza de frase.

No puede darse, por ejemplo, nada expuesto con más naturalidad que aquellos consejos para el buen gobierno de la diócesis, enviados al Prelado de Granada que los había solicitado al venerable, así como también predicadores para evangelizar en ella.

«Aprenda vuestra señoría, dice á ser mendigo delante del Señor, y á importunarle mucho presentándole su peligro y el de sus ovejas; y si verdaderamente se *supiese llorar* á sí y á ellos, el Señor, que es piadoso—*noli fiare*—le resucitará su hijo muerto; porque como á Cristo le costaron sangre las almas, han de costar al Prelado lágrimas.....» Al hablar de lo segundo y de lo escaso que andaba de buenos misioneros, movido del gran afecto que tenía al Prelado, como quien cae en la cuenta de haber hecho un excelente hallazgo, añade: «He pensado en una buena pieza para esto, y es el Maestro Hernán Muñoz, natural de esa ciudad, y está ahora en Baeza; ha he-

cho muy gran provecho en muchos pueblos; tiene una rentilla de que se mantiene y no toma nada de nadie; porque para unas migas y una ensalada que come, tiene harto con su rentilla, aunque, como ha usado de este rigor muchos años no se si está algo gastado.»

El *Epistolario* del Maestro Avila es tanto más de apreciar cuanto no solo de asuntos de mística trata en sus cartas, sino de muy diversos y contrarios temas.

Escribía el venerable muchas cartas dando consejos á personas de muy distintintas condiciones sociales y así, adoptando sus enseñanzas á la calidad de la persona á quien se destinaba, discurría siempre el Apóstol de Andalucía con la misma grandeza y al propio tiempo con la misma sencillez.

Escribiendo á un señor poderoso, dándole consejos para bien gobernar la república, dice así:

«Ninguno, seguramente, miró bien á Dios si no se miró á sí mismo. Ni es cosa segura volar alto sin tener hecho este contrapeso de propio conocimiento que nos hace sentir bajamente de nosotros..... Porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engríe, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor santo, y hácese liviano como nao sin lastre que pierde las áncoras en tiempo de tempestad, cuyo fin es ser llevada acá y acullá hasta ser perdida. Nunca ví seguridad de animo sino en el conocimiento de sí mismo..... Quien para sí mismo no es justo no lo será para cuanto toca á los otros. Mas no basta ser justo para cuanto á su sola persona quien tiene cargo de otros. Bueno era Eli en cuanto á su persona, mas no era bueno en cuanto á sus hijos, pues los dejó de castigar y fué él gravemente castigado de Dios..... El que en lugar de otro está, razón es que tenga las condiciones de aquel cuyo lugar tiene. El señor de vasallos, lugarteniente es de Dios, el cual ordena que haya en la tierra buenos que rijan y manden y otros que

obedezcan..... Pues mire el hombre qué es el oficio de Dios para con el hombre, y sobre él ser señor para con sus hombres..... Ninguna cosa ha de inclinar al que rige para dejar de hacer lo que debe, mas estar derecho como la lengüeta del peso, que ni acá ni á cullá se acuesta para que lleve cada uno lo suyo. Toda la república iría perdida y errada si las cosas públicas se tornasen por aficiones particulares. Y en aquel punto una persona deja de ser pública cuando se acuesta á la particular. No para hacer y deshacer pone Dios á los señores, más para ejecutar las leyes de Dios y de su santa voluntad. Y si se dicen señores, son deber ya del universal señor.»

Con razón decía el P. Granada que si se guardasen los avisos y documentos de buen gobierno que el Venerable recomendaba «tendríamos una república más bien ordenada que la de Platon.»

Escribiendo á una señora para que llevase con paciencia las penas que padecía, dice así:

«Señora, deseo tengo de preguntar á vuesa merced á qué saben los frutos de la cruz pues tanto come de ellos..... Bienaventurada vió llamar al ánima que con la Madre de Dios está al pié de la cruz del Hijo, como ella estaba con El comiendo á una mesa crucificado con El..... No se engañe nadie pensando que se enamora Dios de donaires y niñerías ó que han de reinar con El cualesquiera. El favor de Dios es para los amadores de los trabajos..... ¿Qué quiere vuesa merced que haga nuestro Señor, sino lo que con sus amados hijos hace y hará? ¿Qué quiere que haga sino tratarlo como el Padre suyo lo trató á El? Pues quién se parara á mirar el tratamiento de tal Padre ó tal hijo, sufriría con paciencia el suyo por áspero que parezca. Espere un poquito, señora, que pasarse ha esta tempestad y gozosa ha de haberla pasado.....»

Y así continúa en la misma forma llena de unción y elocuencia, suspirando amor, á padecer en el mun-

do por Cristo para gozar después en la otra vida perpetuamente de las venturas de la gloria.

En otra carta, dando consejos de buen gobierno á un poderoso del reino que era Asistente de Sevilla, se expresa así:

«El ser bueno para sí solo cosa imperfecta es, y el ser bueno para otros y no para sí cosa es dañosa; y aquel será llamado grande en el reino de los cielos que, siendo él bueno, procura de hacer lo mismo á los otros..... Celo, Señor, debe procurar vuestra señoría que se encienda en su corazón si quiere bien ejercitar su oficio; porque sin éste un gobernador de república será un brasero sin ascuas, una apariencia sin existencia, cuerpo sin ánima y altar de sacrificios sin tener fuegos para ofrecerlos á Dios. Este celo le ha de comer las entrañas..... Con lo cual se deben desengañar los que piensan que lo principal de la buena gobernación consiste en restaurar los muros de la ciudad, en empedrar las calles..... Buenas son estas cosas y necesarias, mas ni son bastantes ni las principales. El fin que debe pretender el que gobierne república es hacer virtuosos á los ciudadanos, según afirman todos los filósofos que de esta materia hablaron.» Así el poder y gobernación temporal ha de servir para la edificación de las ánimas y ser sujeto á las reglas del poder espiritual. Que no en balde dice la Escritura, el reino de los fieles, reino sacerdotal sino porque no sólo ha de ser regido por humana razón para alcanzar su fin y ser llamado humano, mas también por ley divina para ser llamado Santo y cristiano..... y no sin causa mandóle Dios que el libro de su Ley fuese dado á los reyes por manos de los sacerdotes sino para que leyendo en él conociesen de cuya mano tenían el reino y cómo lo habrán de gobernar según las leyes que en la Escritura divina están.»

Escribiendo á una señora en tiempo de adviento, dice:

«¡Oh bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios en carne á morar entre nosotros para enseñar nuestras tinieblas y encaminar nuestros pies en la carrera de la paz y haciéndonos hermanos suyos gozar de una herencia con El.....! Anima mía ven acá y díme, de parte de Dios te lo digo, qué es aquello que te detiene de no ir toda y con todas tus fuerzas tras Dios. ¿Qué amas si á este tu esposo no amas? Por qué no amas mucho á quien mucho te amó? ¿No tuvo El otros negocios en la tierra, sino entender en amarte y hacer tú provecho aun con daño! ¿Qué tienes tú que ver en la tierra sino tratar amores con el Rey del cielo? ¿No ves que he de acabar todo esto que ves? ¿No ves que es todo esto tela de araña que no se puede vestir ni defender del frio? ¿Adonde estás cuando en Jesucristo no estás?..... Apareje, señora cuna para dormir lo que es sosiego de contemplación y mire que lo cuide y trate bien que es Hijo de alto Rey, Hijo es de Virgen y en virginales corazones reposa de buena gana.....»

El inmortal P. Granada leía estas hermosísimas epístolas y se pasmaba de *la alteza de los conceptos y pareceres*, que tenía el autor, *así de las virtudes como de las cosas espirituales*. Todo lo cual lo consideraba *como uno de los mayores indicios que tenía de haber recibido aquel siervo de Dios especial lumbré del Espíritu Santo*.

El *Epistolario* del P. Avila contiene 184 cartas dirigidas á personas de distintas clases y condiciones, siendo todas muy dignas de encomio y encarecimiento.

Entre otras, escribe varias á D. Pedro Guerrero, electo arzobispo de Granada, dándole consejos para el gobierno de su diócesis; á un Prelado de Granada, *sobre que envíe predicadores á los pueblos*; al mismo D. Pedro Guerrero ya Arzobispo, *sobre remedio de juramentos falsos y sobre un Sínodo que hizo*; á un

Obispo de Córdoba que fué á presidir un Concilio provincial á Toledo; á un amigo sacerdote, sobre la paciencia; á un cura, sobre la vida espiritual; á un sacerdote, sobre la mortificación, á otro, sobre la preparación para celebrar; á un mancebo, sobre elección de estado de sacerdote; á un sacerdote, sobre el agradecimiento que debemos á Dios; á otro, enfermo, sobre la paz y fortaleza del cristiano; á otro, sobre la oración; á un discípulo suyo, de la Compañía de Jesús, estando cercano á la muerte, sobre la confianza en Jesucristo; á un religioso, animándole al perfecto amor de Dios; varias al Santo Juan de Dios; otras á algunos religiosos discípulos; á muchos predicadores; una, admirable, al Maestro García Arias, predicador, enseñándole cómo se habra consigo y con sus prójimos; un buen número, á distinguidos caballeros y nobles damas; y otras varias á monjas y doncellas afligidas.

Si á citar fuéramos bellezas de fondo y de forma encontradas en el admirable *Epistolario* del Maestro Avila, seguramente que no terminaríamos hasta pasar revista á todas las cartas que lo forman, con lo cual habría de hacerse nuestro trabajo interminable.

No resistimos, sin embargo, la tentación de trasladar algunas de aquellas bellezas no rebuscadas, sino cogidas al azar.

Escribiendo á una religiosa, aconsejándola contra la desconfianza, dice así:

«Muchas vuestras he recibido después que de esa ciudad partí, en alguna de las cuales me significabades los trabajos en que vuestra ánima estaba y en otras el consuelo que el Señor os había comenzado á dar; y creo que en alguna de ellas decíades haberos del todo sido borrada la paz y consolación que primero teníades: A ninguna de estas cartas he respondido, ó porque mis pecados impiden que yo no tenga gracia para consolaros, ó porque vos teníades con-

fianza en mi poquedad. Ahora, á la postre, recibí una carta en la cual me decis estar tan afligida ó más que primero; pedirme que os escriba: dióme pena vuestra pena y esta me ha movido á os rogar que por amor á Jesucristo Crucificado no os dejéis cazar de las tinieblas que la demasiada tristeza suele traer, mas que os acordéis cuán fiel es el Señor á quien vos os ofrecísteis y como es cosa usada á su sabiduría infinita salvar á los suyos por medios que ellos no saben, escondiéndoles el amor que les tiene y enseñándoles rigor

Muy agria cosa os parecerá la desconsolación que tenéis; no podréis sufrir el peso de la cara airada de nuestro Señor que decis que os muestra y desvíos que decis que os da: mas yo os digo, Hermana, que cuando agora tiene la tribulación tanto peligro, tanto peligro tiene la consolación y mucho más debe ser temida la prosperidad que la adversidad.

No os penséis porque vuestro Esposo quiera probar vuestra fidelidad; que cosa es muy usada entre esposo y esposa y el fin de ello suele ser aumento de mayor amor

¡Qué naturalidad tan admirable! ¡qué sencillez y, al propio tiempo, qué gráfica propiedad en la expresión. *Dióme pena, vuestra pena*. Aquí el Maestro habla con el corazón y pone en su pluma toda la hermosura de sus sentimientos.

En otra carta, escrita también á una monja, dice con encantadora desenvoltura.

«Sierva de Jesucristo: Algunas veces he pensado si Nuestro Señor os ha llevado de esta presente vida á gozar de sí, pues estando acá y estar tanto tiempo sin hacerme saber de vuestra ánima me parece cosa casi increíble, aunque algunas veces, es tanto lo que da

acá Nuestro Señor á sentir en sí mismo que no se acuerda el ánima de nadie, por estar toda ocupada en Aquél que es todas las cosas.

«Esposa de Jesucristo, ¿cómo os va con El? ¿Tenéisle muy asentado y muy querido en vuestro pecho?

Leyendo las cartas del P. Avila se estudian las costumbres de su época, pues, cuando da consejos para el buen gobierno de las ciudades y cuando recomienda otra clase de asuntos, toca por incidencia mil detalles de la vida que dan á conocer el carácter de aquellos tiempos.

Así dice en la *Instrucción para jueces en carta á un asistente de Sevilla*, hablando de las cárceles y de los procedimientos de la curia.

«El cuidado de las cárceles, y que no sea largo el tiempo de ellas, y Abogado y Procurador de los pobres. Que en mesones y ventas no hay ruines mujeres, ya V. S. lo terná advertido y obrado.

«Algunos Veinticuatro son tan largos en decir su voto que son causa de dilatarse muchos negocios: Sería bueno que lo abreviasen en siete ó ocho renglones.»

Hablando de lo que se tiene que hacer con las mujeres públicas, dice:

«Las mujeres cantoneras es razón que no estén mezcladas con las buenas, y es mejor que se les disputen tres ó cuatro callejuelas donde estén, que no todas juntas en una, y no se debía consentir que saliesen muy acompañadas, porque es grave escándalo la prosperidad de estas para hacer titubear la castidad de las buenas mujeres que padecen necesidad; y si es verdad lo que he oido decir que á las de la Corte las mandan traer una cierta señal, será bien hacer lo mismo en esta ciudad

.

Laméntase del lujo que invadía la sociedad y dice:

«No deja de haber cerrajero en esa ciudad, ó lo ha habido que haciendo su oficio está con jubon y musculos de calzas de carmesí; y agora hay plateros que también hacen su oficio con jubones de raso y calzas de terciopelo; y he oido decir que bodegoneros se sientan en coxinas de carmesí. Pocos años ha que los señores ó el Rey no usaban más que esto.....»

Y con esta sencillez y con este conocimiento habla de todo el Maestro Avila, admirando con la solidez de sus pensamientos y la majestad y naturalidad de su estilo.

El *Epistolario* se imprimió por primera vez en Alcalá de Henares en 1579. En 1596 se editó en Florencia; en 1669, salió otra edición, con la vida del autor. En París se publicó en 1608 y en 1653.

Finalmente, ocupa dos volúmenes de los nueve en que aparecieron las obras completas del P. Avila, en Madrid, Imprenta Real, desde el año 1792 al 1806.

CAPITULO XI

Los escritos del P. Avila.—El Tratado sobre el Santísimo Sacramento.—Otras obras del venerable.

Entre las obras del Venerable Maestro de Almodóvar, ninguna fué escrita con tanto amor, seguramente, como la que dedicó á tratar del Santísimo Sacramento.

Tituló el autor esta obra, una de las mejores de nuestra mística, *El Tratado del Amor de Dios para con los hombres y otros diferentes del Santísimo Sacramento de la Eucaristía*, y en ella prodigó el Ve-

nerable todos los tesoros de amor que encerraba su corazón.

Realmente, el tema era de lo más hermoso para inspirar á un Santo varon como el Maestro Avila, y así, no es de admirar que, encendido en el amor divino, escribiese aquellas sentidas páginas tan llenas de erudición.

De dos partes y veintisiete tratados consta el libro que nos ocupa.

Habla en el primer tratado del amor que Dios tiene al hombre y cómo lo mostró en darnos á su Unigénito Hijo: cómo Nuestro Señor Jesucristo nos ama y lo mucho que padeció en su Pasión. Para terminar este primer tratado explica el autor varios particulares lugares de la Sagrada Escritura.

En el segundo tratado, ocúpase, de los infalibles misterios que se contienen en el Divino Sacramento y de cómo fué gran misericordia la que Dios usó con los hombres en quedarse entre nosotros Sacramentalmente, y la causa de haberse instituido la procesión de este divino misterio en el día de *Corpus Christi*.

Ocúpase, luego el místico amante del Señor Sacramentado, de cual sea el verdadero manjar del alma, y lo que se ha de sentir para que se diga haber recibido á Dios con aprovechamiento en la comunión y del modo que se ha de tener en llegarse para recibir la Sagrada comunión.

Habla, después, de cómo el manjar verdadero de la vida del alma es el cuerpo y sangre de Jesucristo Nuestro Señor; que el alma no muere como el cuerpo y que Cristo se dice propiamente Arbol de vida que está plantado en medio del Paraíso de la Iglesia, como está en el Cielo, para que el que comiere de él dignamente, viva para siempre.

Discurrir á continuación, sobre la alteza y majestad de Dios; sobre el inmenso amor que Dios nos tiene; sobre la gran misericordia de Jesucristo en dár-

senos en el Santísimo Sacramento y sobre la pasión y tormentos que por nosotros pasó.

Sigue escribiendo del gran cuidado que deben de tener los hombres en conocerse y después en remediar sus faltas; de las señales por donde se echará de ver el estar Dios en el alma; de la materia de la comunión espiritual; del pecado original; de la maravillosa unión que se hace entre el alma y Dios, por medio de la Sagrada comunión; de cómo Dios nos dió á Jesucristo por cabeza y de la gravedad del pecado mortal y su pena; de la gran excelencia del amor que Dios tuvo á los hombres; de cómo las cosas excelentes se deben tratar con diversa reverencia que los comunes y de otras materias menos importantes y relacionadas con el asunto del libro.

Tiene el libro una segunda parte en la que se amonesta á los hombres á que vayan en la procesión del Sacramento con la reverencia debida, no mirando á las criaturas con aquellos ojos que solo deben mirar al Criador, etc.

De gran interés, entre los libros místicos de la época, son también los cinco Tratados que escribió el Padre Avila acerca del *Espíritu Santo*, así como también los once en los que se ocupa del *Nacimiento de Nuestra Señora* y los otros en que escribe de *la Encarnación*, de *la Presentación*, de *San José*, de *la Visitación*, de *la Purificación*, de *la Soledad*, de *la Fiesta de las Nieves* y de *la Asunción*.

Todos estos tratados se han publicado, antes de salir á luz la edición de Madrid ya citada, en Madrid, y en casa de Pedro Madrigal, en 1596 y en Sevilla, en 1603.

El *Tratado del Santísimo Sacramento* fué traducido al italiano por Francisco de Soto y se editó en Roma el año 1608.

Dignas de conocerse son también las *Dos pláticas hechas á los sacerdotes* publicadas en Córdoba, en

1595 y traducidas al italiano con el título de *L'idea del perfetto Sacerdote compressa y dui Raggiamenti in una lettera spirituale*.

Completan, por último, el catálogo de las obras del P. Avila, la *Reformación del Estado eclesiástico* y unas *Anotaciones al Concilio de Trento*.

CAPÍTULO XII

Resumen de la vida de nuestro Venerable

Las demostraciones de duelo hechas en Montilla al ocurrir el fallecimiento del ilustre *Apóstol de Andalucía*, fueron tan por manera inusitadas que bien mostraron la consideración y aprecio en que se tenía al virtuoso y sabio sacerdote.

El cuarto en que murió, dice Longero de Oddi, comenzó luego á tenerse en tanta veneración y respeto que iban allí los devotos como á un público santuario, y un San Francisco de Borja, que en aquellos días se hallaba en España, entró en él de rodillas, no saciándose de besar mil veces aquellas paredes que habían tenido dentro de sí á un varón tan santo. Lo mismo debe decirse de su sepulcro, que vino á ser la joya más amada de Montilla y el lugar donde con más largueza se dispensaban las gracias á los que allí recurrian. Sus vestidos, sus cabellos, sus cartas, sus retratos, sus firmas, todo lo demás que, de cualquier modo, había sido suyo, era buscado con ansia y guardado con mucho cuidado no solo del más bajo pueblo, sino también de los príncipes, de los Prelados y de los primeros monarcas de la Europa.

Cual fuese la estimación y en qué concepto le tuvieron los primeros personajes de su tiempo, cualquie-

ra podrá saberlo por los muchísimos autores que han escrito de él y de sus heróicos hechos. El gran Serafín del Carmelo, Sta. Teresa de Jesús, á la nueva que le dieron en Toledo de la muerte del P. Maestro Avila, contra su costumbre, lloró amargamente. Preguntada por qué lloraba, cuando había un sólido fundamento para esperar que el siervo de Dios estuviese ya en el cielo, respondió: *De esto no dudo yo, pero lo que me da pena es que la Iglesia de Dios ha perdido una gran columna, y muchas almas una gran ayuda; y la mía, con estar tan lejos de él, le estaba en gran manera obligada.*

Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, protestaba que no sabía quién, desde los Apóstoles acá, hubiese hecho mayor fruto en las almas que el Maestro Juan de Avila. San Pedro de Alcántara, aquél gran ejemplar de penitencia y gran maestro de Teología mística, habiendo tratado muchas veces con el P. Avila, no dudó afirmar haber sido él, en la estimación común de todos, la persona más calificada y más hábil para entender y tratar materias del espíritu. San Francisco de Sales, prelado de tanta santidad y doctrina, en su *Práctica del amor á Dios*, le llama *docto y santo*; San Francisco de Borja no le llamaba con otro nombre que el de *grande Maestro*. El gran Pontífice Paulo III, en una Bula suya del año 1540, le llama *Virum sanctum magistrum in theologia. et verbi Dei præconem insignem.*

El venerable Maestro Fray Luis de Granada dice ser tan altas y sublimes las virtudes de este varón apostólico, que las perdía de vista, y que para escribir de ellas, según su mérito, tenía que desviar los ojos de las virtudes comunes que se veían en su tiempo, y subir á otra clase más alta de otros nuevos hombres en quienes, por estar la carne muy mortificada, reina el espíritu de Dios más enteramente. Y, luego, añade como testigo de vista: *Vi en él una profundísima hu-*

mildad, una encendida caridad, una sed insaciable de la salvación de las almas, un estudio y trabajo continuo para conquistarlas.

Y el Obispo de Tarazona D. Fray Diego de Yepes, confesor de Felipe II, en la vida que escribió de Sta. Teresa, le califica con estas expresiones: *el Padre Maestro Avila, bien conocido en estos tiempos por varón evangélico, ministro de los más fieles y celosos que haya tenido en muchos siglos la Iglesia católica.*

De todas las cosas sagradas, dice otro biógrafo del Santo, hacía aprecio singular, ó mejor dicho tenía suma reverencia, pero tres fueron principalmente los objetos de su preferente devoción, á saber: La Pasión del Redentor, el Santísimo Sacramento y la Reina de los Angeles. Dios por su parte, se complacía en premiarle esta virtud de la religión, pues enfermo casi todo el año con mil achaques de gota y otras dolencias, llegando el día de *Corpus*, ya se hallaba bueno y practicaba toda la Octava con tan gran fervor y espíritu que abrasaba á sus oyentes en la devoción á este venerable Sacramento.

A la alta estima de las cosas sobrenaturales seguía, por necesaria concomitencia, el vilipendio de las terrenas, y, en este punto, pocos aventajaron al Maestro Avila. Cuanto más se esforzaban los hombres en encumbrarlo con dignidades y prelacías, más y más se ponía de realce la profunda humildad de su alma.

Renunció canonicatos en Granada, Jaen y otros puntos, el obispado de Segovia, el Arzobispado de Granada y hasta el capelo de Cardenal.

Los Padres congregados en Trento solicitaron la asistencia del P. Avila á aquella magnífica Asamblea, pero él se escusó, alegando su indignidad para intervenir en las decisiones de un Concilio Ecuménico.

Fundó la Universidad de Baeza y muchos colegios en Granada, Córdoba, Montilla y otros varios puntos, para la instrucción cristiana de la juventud, mere-

ciendo por su celo los más subidos elogios de los Santos Pontífices.

Mil hermosas virtudes adornaron su alma, como se echa de ver en las diferentes informaciones que se hicieron acerca de su Santidad, y fueron notables las penitencias con que maceraba su cuerpo, particularmente los jueves, por reverencia al Santísimo Sacramento, manjar predilecto, con el cual dulcemente se regalaba, y los viernes en memoria de la Pasión de Cristo Nuestro Redentor.

En esos días su ejercicio principal consistía en postrarse largas horas á los pies de un crucifijo en fervorosa contemplación de los misterios de la muerte ignominiosa de Jesús, deshaciéndose en un mar de lágrimas y en los más afectuosos sentimientos de piedad y de ternura, al recuerdo de los tormentos del Salvador.

Grande fué su amor á los pobres pecadores é innumerables las conversiones que realizó con sus maravillosas predicaciones, sirviéndose de los más delicados recursos para mantener las almas en estado de gracia. Fué el confidente de los secretos del corazón de San Ignacio de Lovola, con quien tuvo en Salamanca reservadas conferencias, que fueron de gran consuelo y satisfacción para el ilustre fundador de la Compañía de Jesús, al ver que el P. Avila aprobaba y alentaba los pensamientos de su mente, ansiando su pronto planteamiento para bien de la Iglesia y del pueblo cristiano. Desde entonces mantuvo siempre íntima correspondencia con este Santo Patriarca, el cual, puede decirse, trasladó á las Reglas y constituciones de su esclarecida Orden, la vida toda del *Apóstol de Andalucía*, empleada constantemente en dar misiones por pueblos y ciudades, predicando, confesando, enseñando la doctrina cristiana á los niños y recogiendo los frutos consiguientes á las penosas labores del Misionero, como son la reconciliación de familias

desavenidas, destrucción de tratos ilícitos y otros beneficios de esta naturaleza.

De esta amistad, trato íntimo y santa conformidad de pensamiento entre los dos siervos de Dios, brotó el grande afecto del P. Avila á la Institución ignaciana, la ilustre Compañía de Jesús, á la cual dotó de conspicuos varones que por sus consejos ingresaron en la orden.

Entre ellos merecen ser citados el que fué tercer general de la Compañía, San Francisco de Borja, que abandonó el siglo y los altos cargos que desempeñaba en la Corte de Carlos V, dando su nombre á la Compañía de Jesús, movido y desengañado del mundo por el magnífico sermón que pronunció el Padre Avila en el entierro de la Emperatriz Isabel, en la capilla Real de Granada; el famoso teólogo Cardenal Toledo, que por indicaciones del P. Maestro, renunció la carrera de Leyes y vistió la sotana de Jesuita, llegando á ser una de las lumbreras de la Orden, debiendo toda su celebridad á su santo consejero, pues él le sostuvo con limosnas y recursos que al efecto le proporcionaba, durante todo el tiempo que permaneció en Salamanca, previendo los gloriosos frutos que la Iglesia recogería un día de aquél distinguido mancebo; D. Antonio de Córdoba, hijo de los Marqueses de Priego, que también renunció á las más gloriosas esperanzas del mundo, siguiendo las sabias advertencias del P. Avila, y, finalmente, D. Diego de Guzmán, Canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla, el cual, haciendo abdicación de su prebenda, se incorporó á nuestro Venerable para ayudarle en la carrera de su apostolado por las villas y ciudades de Andalucía y, últimamente, entró en la Compañía á persuasión del Maestro, junto con los doctores Juan Ramírez, natural de Madrid, varón verdaderamente santo, predicador según el espíritu de San Pablo, el Maestro Loarte, y otros muchos que sería largo de citar, pero

cuyos nombres se pueden ver en las diferentes informaciones sobre la vida y hechos del P. Avila, á que antes nos hemos referido.

A él se debió la reforma de la Orden carmelitana, llevada á cabo por Santa Teresa de Jesús, la cual, por consejo del Obispo de Salamanca, Inquisidor Salazar, confió sus proyectos al Maestro Avila y enterado éste de su espíritu los aprobó por completo, dando principio á su obra.

A un sermón de este apostólico siervo de Dios debió su conversión San Juan de Dios, según Fray Luis de Granada en la vida del P. Avila, de quien también fué discípulo el autor de la *Guia de Pecadores*; y omitiendo otras muchas célebres conversiones en hombres y mujeres ilustres, merece indicarse la de la Condesa de Feria y la de la Señora D.^a Sancha Carrillo, de las cuales ya nos hemos ocupado anteriormente.

Fué devotísimo del Apóstol de las gentes, su modelo en la evangelización de los pueblos, y, en premio de las grandes obras que emprendía á la mayor gloria de Dios y en servicio de sus prójimos, le regaló Su Majestad con tan alto don de oración que tenía frecuentes y arrobadores éxtasis.

Entre los singulares favores del cielo con que fué distinguido, tuvo conocidamente, afirman sus biógrafos, el don de profecía, discreción de espíritus y el don de consejo para toda clase de estados, como aparece por sus escritos y por la información de su vida. Su oración revestía quilates muy subidos de ternura y fervor, especialmente en el Santo Sacrificio de la Misa, pues frecuentemente derramaba abundantes lágrimas en ocasión de celebrarlo.

Conocía perfectamente á sus enemigos, los que con siniestras delaciones le arrastraron á los calabozos inquisitoriales de Sevilla; pero no tuvo para ellos más que palabras de perdón y entrañas de misericordia á imitación del divino Maestro.

Su mortificación corporal era extremada; una túnica de áspero paño le cubría de pies á cabeza; su paciencia fué admirable, sufriendo malos tratamientos por querer predicar algunas buenas obras; la humildad resplandeció en su persona como si ella fuera la única virtud que se llevara sus atenciones; y como era varón tan docto como santo, sabía perfectamente en qué consistía y solía decir con frecuencia, que Dios le había enviado al mundo para dar á conocer á los hombres lo poco que podían sin Dios, y lo mucho que valían ayudados con la sangre de Cristo.

En la castidad y demás virtudes, fué especialmente modelo acabado de perfección y, como no podía menos de suceder, Dios coronó todos estos merecimientos con una gloriosa muerte.





PARTE SEGUNDA

LA LITERATURA MÍSTICA EN ESPAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

La Literatura mística.—Su origen.—Elementos que influyeron en su desarrollo—Los primeros místicos.

No es el propósito nuestro, al comenzar la segunda parte de este volumen, el escribirla de manera que corresponda al título que lleva. Tanto valdría esto, como intentar una obra á sabiendas de que era imposible de realizar.

Dar algunas noticias, expresar algunas opiniones y hacer algunos ligeros comentarios, es todo lo que nos proponemos hacer, ya que para otra cosa fuera necesario dar al libro unas proporciones extraordinarias.

Nada completo se ha escrito todavía sobre la literatura mística en España. Nos contentamos con saber que en ella tenemos un monumento maravilloso que no tiene igual en la literatura de ninguna otra nación, pero, en rigor no se ha hecho un estudio detenido y concienzudo de las innumerables bellezas que encierran nuestros libros de devoción.

Cierto que sería una labor inmensa la de estudiar los tres mil y tantos libros que se habrán escrito, entre místicos y ascéticos, pero sólo cuando alguien de talento suficiente y de sentido crítico depurado se atreva á llevar á cabo la empresa, podrá decirse que se ha comenzado á historiar la literatura mística en España.

Claro es que en esa inmensa y popular literatura, hay buen número de producciones de lectura empalagosa y de escaso mérito literario; pero cierto también que existen muchos libros que son verdaderas joyas literarias y permanecen ignorados para la generalidad de los literatos.

La crítica sería, científica y racional no ha llegado en España á una altura digna de las obras que han sido juzgadas y aun, entre los pocos libros de crítica que tenemos, encuéntranse algunos, y no de los menos importantes, siquiera contengan errores de consideración, debidos á plumas extranjeras.

Una historia completa de nuestra literatura no se ha escrito todavía. La parte que de ella escribió el erudito Amador de los Ríos, hace presumir que, acaso, completando la obra hubiese podido aquel literato llenar el vacío que en nuestras letras se nota.

Ticknor hizo también una obra de historia, digna de encomio, pero nótese en ella alguna omisión importante. Revilla y otros han procurado hacer algo por su parte, pero sin proponerse historiar detenidamente toda nuestra literatura.

Tenemos hoy un crítico que es el primero de Es-

paña y el primero de Europa, honra y gloria de nuestra nación y asombro y envidia de los extraños.

Con sus obras ha contribuido más que nadie á poner en claro muchos puntos dudosos de nuestra historia literaria, pero no ha escrito todavía una historia de la Literatura española.

El día que el autor de la *Historia crítica de las Ideas estéticas en España*, realice la obra, en proyecto según creemos, de escribir una historia crítica de nuestra literatura será, indudablemente, la primera de todas las que se hayan escrito.

La literatura mística espera también alguien que la historie, alguien que haga una cuidadosa clasificación ordenando las obras, ya cronológicamente, ya por las tendencias y particularidades de las mismas, agrupando las de un mismo género, y haciendo esmerada selección para separar las mejores de las buenas, estas de las medianas, y las medianas de las malas.

¿Qué místicos son y han sido siempre los más populares en España? Santa Teresa, Fray Luis de Granada y Fray Luis de León. Fuera de éstos apenas si suenan los nombres de dos ó tres más. El mismo Juan de Avila, San Juan de la Cruz, Malón de Chaide, son conocidos de nombre, pero sus obras han sido poco leídas.

Pues, además de estos ilustres escritores, ¡cuántos y cuántos otros contribuyeron con sus esfuerzos á la formación de ese edificio de nuestra mística!

Y no como quiera, sino que muchos de ellos, aportando elementos de tanta valía como los que trajeron aquellos otros más renombrados.

El primer período de la literatura mística abraza obras de muy diversa índole. Realmente no pueden llamarse los libros de este período místicos en la verdadera acepción de la palabra, pero, como precursores de los del siglo de oro, pueden y deben clasificarse en este sentido.

Y algunos hay tan genuinamente del género que pudieran ponerse junto á los mejores del siglo xvi. Tales, son el libro de *Las Contemplaciones* y el del *Cántico del amigo y del amado*, escritos en el siglo xiiii por un ilustre catalán á quien alguién, que tiene para ello sobrada autoridad, ha calificado de primer místico del mundo.

Vienen á ser estos libros un compendio de todas las producciones ascéticas, contemplativas y devotas de los siglos medios, y tanto por ser los primeros como por contener bellezas de primer orden, merecen ocupar preferente lugar en la historia de la literatura mística.

En estos dos libros tenemos, pues, el origen de nuestra mística. Pasaron siglos desde que se escribieron y no se produjo nada que se les pareciese.

Porque las obras devotas del siglo xiv, carecen de importancia y solo en las producciones de la elocuencia sagrada y de la filosofía moral del siglo xv, comienza ya á vislumbrarse el esplendor del siglo de oro.

Con la invención de la imprenta dióse un paso de gigante en el progreso de la humanidad. Con todas las dificultades de los procedimientos rudos y toscos del arte tipográfico al nacer, comenzaron á difundirse las obras de una manera prodigiosa para aquel entonces y ya no fué necesario esperar años y ocasión oportuna, si se ofrecía, para consultar una producción si, por acaso, se tenía conocimiento de ella.

Merced al prodigio de la imprenta vinieron á nuestra España libros de fuera, como de aquí salieron para otras partes y ya fué cosa facilísima el conocer y estudiar determinadas producciones.

En Alemania, donde, como era natural, trabajaban, más que en ninguna otra parte las primeras prensas tipográficas, se hicieron muchos libros que luego venían á España, difundiendo algunas veces errores y otras sanas doctrinas.

Así vinieron los primeros libros de mística alemana que se leyeron en España y que influyeron poderosamente en el género literario.

Algo se apreciaban las producciones del seráfico San Buenaventura, el *Estímulo del divino amor*, las *Epístolas de Santa Catalina de Sena* y algunos otros por el estilo, pero el libro que desde luego se hizo popular, y hoy continúa siéndolo, fué el de la *Imitación de Cristo*, entonces atribuido á Gerson y hoy á Kempis.

Tauler, Dionisio el Cartujano, Heurico Herph y otros alemanes, nos enviaron también sus producciones y no hay duda que influyeron poderosamente en la marcha de nuestra literatura mística que pronto iba á entrar en el período de próspera y lozana vida.

La Inquisición andaba ojo avizor con los libros que de fuera venían, lo mismo que con los producidos en casa. De esta suerte se contuvo mucho el movimiento iniciado, cuando las imprentas comenzaban á perfeccionarse y, aunque es cierto que en los *Indices* del Santo Tribunal se incluyeron alguna vez obras de nuestros primeros místicos y santos, por justas causas, expuestas en otra parte de este libro, no es menos verdad que, merced á la intolerancia aquella, se evitó el que circularan muchos libros heterodoxos que hubieran influido de una manera perniciosa en nuestra literatura.

Tenemos, pues, que iniciada la literatura mística en el siglo XIII de una manera perfecta y permaneciendo luego en embrión, dando señales de vida en obras como el *Remedio de Pecadores* de Fray Juan de Dueñas, *Guía del cielo* de Fray Pablo de León, *Atecedario espiritual* de Fray Francisco de Osuna, *Arte de servir á Dios* de Fray Alonso de Madrid y otras muchas que vamos á citar, termina el primer período con las obras del Venerable Maestro Juan de Avila que comenzó el período glorioso de nuestro

siglo de oro y que, como creador del lenguaje místico, es en cierto modo la figura más notable entre las de los grandes místicos españoles.

CAPÍTULO II

León Hebreo y su «Philographía»

Uno de los escritos que más influyeron en los místicos españoles del siglo XVI, fué sin duda el famoso libro *Philographía*, original del no menos famoso León Hebreo.

Muy pocas noticias han quedado de la vida de León Hebreo. Sábese que fué judío, hijo primogénito del célebre Maestro israelita Issac Abravannel ó Abarbanel; que nació en la Península, quizás en Lisboa, y que fué regenerado por las aguas del bautismo, cambiando su nombre de Judá Abravannel por el que luego llevó de León Hebreo.

En el libro que le hizo célebre, fundíanse, dice el sabio Menéndez y Pelayo, la filosofía de Platón y la de Aristóteles con rasgos de misticismo y de cabala, no por derivación remota y capricho erudito, como en Juan Pico de la Mirandola, sino por herencia de sangre y de raza. (1)

La *Philographía* es una ciencia nueva, filosofía ó doctrina del amor, tomada esta palabra en su acepción platónica.

El autor desarrolla la obra en tres diálogos, de los cuales son interlocutores Philón y su amada Sophia, nombres pertenecientes á personajes abstractos que simbolizan, como su misma significación indica, el amor ó apetito y la ciencia ó sabiduría.

(1) *Historia de las Ideas estéticas en España.*

Trata el primer diálogo de la *naturaleza y ciencia del amor*, el segundo de su *universalidad* y el tercero de su *origen*.

Menciona León Hebreo las diversas cosas que los hombres aman y desean, tales como la salud, los hijos, el amor matrimonial, el de potencia ó imperio, el honor y la gloria, la amistad y por último trata del amor divino, que es principio, medio y fin de todos los actos honestos.

«El fin de todo, dice León Hebreo, es la única perfección del universo, señalada por el divino Arquitecto, y el fin de cada una de las partes no es solamente la perfección de aquella parte en sí, sino que, con ella va rectamente á la perfección del todo..... porque la propia hermosura es el propio acto. Y esto, entiende Aristóteles, diciendo que la inteligencia se mueve por fin más alto y excelente que es Dios..... porque amando y moviendo su orbe, colige la unión del universo, con la cual, propiamente consigue el amor la unión y la gracia divina que vivifica el mundo. Así el alma tiene la misión de traer la vida, el conocimiento intelectual y la luz divina, del mundo superior y eterno al inferior corruptible, para que esta parte más baja del mundo no esté tampoco privada de la gracia divina y vida eterna, y *para que este grande animal no tenga parte alguna que no sea vida é inteligencia*..... Ni aun el mundo tendría ser, ni cosa alguna se hallaría en él sino hubiera amor..... porque tanto el mundo y sus cosas tienen ser cuanto esté todo él unido y enlazado..... á manera de miembros de un individuo. Siendo Dios uno en simplicísima unidad, es necesario que lo que de él procede sea también uno con entera unión, porque de la pura unidad procede unión perfecta.

»Asimismo el mundo espiritual se hace uno con el mundo corporal mediante el amor, ni jamás las inteligencias apartadas ó ángeles divinos, se unieran

con los cuerpos celestes, ni los informaran, ni les fueren ánimas que les dan vida sino los amaren; ni las ánimas intelectivas se unieran con los cuerpos humanos..... sino las forzara el amor, ni se uniera el ánima del mundo con este globo de la generación y corrupción sino hubiere amor. Asimismo los inferiores se unen con los superiores, el mundo corporal con el espiritual, el corruptible con el eterno y el universo todo con el Criador, mediante el amor que les tiene y el deseo suyo que les da de unirse con él y de beatificarse en su divinidad.»

En el diálogo tercero, *Del origen del amor*, hay un capítulo en el que habla sobre el *éxtasis*, sosteniendo el autor que «siendo la esencia del ánima su propio acto, si se une para contemplar íntimamente un objeto, se transporta en él su esencia, y *aquél es su propia sustancia*, y no es más ánima ni esencia del que ama, sino solo especie actual de la persona amada.» Y tan íntima puede ser la contemplación que del todo se desenlace y retire el ánima del cuerpo de modo que aferrándose el ánima afectuosamente con el deseado y contemplado objeto, deje al cuerpo desanimado del todo.....

Esta psicología *mística*, como la llama el autor de *Los Heterodoxos*, explica los arrobamientos de muchos santos y entre ellos algunos de nuestros escritores místicos.

La lectura de la *Philographía* debió, indudablemente impulsar ú muchos de los místicos, á exponer sus ideas sobre el amor tan donosamente explicado en la obra de León Hebrero, comentador felicísimo de la esencia del amor y de la esencia de la hermosura.

«Advierte, pues, dice, que no te enlodes en el amor y delectación de las hermosuras sensuales, apartando tu ánima de su hermoso principio intelectual, por zambullirla en el piélago del cuerpo feo y sucia materia. No te acaezca lo de la fábula de aquel que vien-

do hermosas figuras esculpidas en aguas sucias, volvió las espaldas á las originales y siguió las umbrosas imágenes, y se echó y anegó entre ellas en el agua turbia.»

Aquella hermosura espiritual descrita por León Hebreo, era, en el fondo la misma que buscaba, por ejemplo, la mística doctora abulense en sus deliquios de amor suprasensible.

El desprecio soberano á la materia manifestado por León Hebrero, sus ideas espiritualistas acerca del amor y la belleza, debían influir é influyeron en las producciones místicas del siglo xvi, de una manera especialisma. y más todavía en los diversos libros de platonismo erótico recreativo que se escribieron en la primera mitad del citado siglo.

CAPÍTULO III

Escritores ascéticos anteriores al siglo XVI.—Consideraciones generales.—La Oratoria Sagrada en los siglos XIII y XIV.—Siglo XV.—Escritores ascéticos y oradores sagrados del reinado de D. Juan II.

No hubo, realmente, verdaderos escritores místicos en España antes del venerable Maestro Juan de Avila. Los libros ascéticos, las producciones de filosofía moral de los siglos xiv y xv están, en cuanto al mérito de su fondo y de su forma, tan distanciados de los libros místicos del siglo de oro que, no pueden ponerse en parangón ni incluirse los primeros en el género de los segundos.

Sin embargo, de esto á suponer, como algunos, desconocedores del asunto, que ántes de los grandes místicos del siglo xvi, no hubo en España cultivadores

de la filosofía moral y de la elocuencia sagrada, va mucha diferencia.

Si es cierto que nada tienen que ver los escritores ascéticos de los siglos xiv y xv con los místicos del xvi, no puede negarse á aquéllos un lugar preferente en el estudio de la Literatura patria, considerándolos como precursores de los Avila, de los Granada, de los León, etc.

No falta erudito que tiene por seguro que la elocuencia sagrada no dió señales de vida en España hasta el siglo xvi.

Nada más erróneo que semejante opinión.

Muchos fueron los oradores sagrados notables en los siglos xiii y xiv y no podían menos de serlo en aquellos días en que las ciencias y las letras buscaban asilo en las celdas de nuestros conventos, donde los estudiosos regulares dedicábanse de continuo al trabajo, investigando antiguos códices, interpretando los sagrados libros, componiendo disertaciones sobre temas religiosos, ilustrando con singular habilidad y admirable paciencia, antes de haberse utilizado el maravilloso invento de Gutemberg, esos libros tan acabados que hoy admiramos en los archivos de nuestras Catedrales y en los rincones de nuestras bibliotecas, y estudiando las pláticas que diariamente habían de dirigir á los fieles, ya que era aquella una época en la que el fervor religioso era general entre los españoles.

Si hoy no tenemos en nuestra literatura muestra alguna de la elocuencia sagrada de los siglos xiii y xiv no es razón para que neguemos la existencia de aquella en la época citada, siquiera no fuera todo lo floreciente que algunos años después.

Ni podía exigirse tampoco lo que fué más tarde, al menos en cuanto á la corrección de la forma, ya que la lengua del Lacio no era por entonces la de los tiempos clásicos y en cuanto al romance solo hacía presen-

giar lo que podría ser andando el tiempo el habla de Sta. Teresa, de Cervantes y de Quevedo.

Llegó el siglo xv y con él dió un paso de avance nuestra lengua y nuestra literatura.

Aquel reinado de D. Juan II que llena toda la primera mitad del siglo, tan fecundo en revueltas, asonadas y disturbios como había de serlo el de su hijo y sucesor Enrique IV, no fué tan estéril para la poesía y para las letras como parecía natural en una época de tanta agitación.

Antes por el contrario, nuestros poetas de entonces, comienzan á expresarse con la galanura, el sentimiento y el brio que caracterizan á las obras clásicas, y la Corte de Juan II fué el centro donde brillaron los ingenios de su tiempo.

Y en cuanto á la filosofía moral y á la elocuencia sagrada no faltaron notabilísimos cultivadores en aquellos días.

La orden agustiniana, por ejemplo, dió un Fray Alonso de Vargas, Obispo de Badajoz y Arzobispo de Sevilla, muy estimado en sus consejos como maestro en la ciencia teológica y muy celebrado por su libro titulado *Contra Judaeos*.

Conocidísimo en aquella época por sus talentos y por la posición que ocupara en la Corte fué, también, aquél D. Pablo de Santa María, de méritos tan sobresalientes que mereció ser escogido como maestro del joven monarca D. Juan II. Versado como nadie en las sagradas letras dejó en testimonio de sus profundos conocimientos, su libro *Scrutinium Scripturarum*, muy apreciado en su tiempo y muy curioso en toda época. Escribió igualmente Santa María unas *Apostillas á Nicolao de Lilla* que si no son de tan subido valor como el *Scrutinium*, merecen sin embargo particular mención al historiar la literatura del reinado del discípulo del autor.

Hasta nosotros ha llegado la memoria, ya que no

obra ninguna, del ilustre dominicano Fray Juan de Torquemada, Obispo de Orense y Cardenal de San Sixto, doctor eminente por sus virtudes y por sus letras.

No menos celebrado que el anterior, fué en sus tiempos, el jeronimiano Fray Alonso de Oropesa, General de su Orden, escritor profundo y concienzudo, y orador sagrado de altos vuelos. Tampoco, que sepamos, se conserva ningún escrito suyo, por más que se tenga noticia fidedigna del mérito que tenían.

Orador elocuentísimo fué, igualmente, el ilustre franciscano Fray Alonso de Espina, notable entre los judíos de su tiempo por el brillo que, con su saber diera á la Sinagoga de la que salió para ingresar en la religión Católica y luego en la Orden de San Francisco. Escribió un tratado bajo el título de *Fortalitium fidei* en el que sale por los fueros de la verdadera religión por él abrazada, cuando ya hacía algunos años que militaba, y en puesto distinguido, en la doctrina de los rabinos.

«Universal Occéano de las ciencias» fué llamado D. Alonso de Madrigal, ilustrado con todos los conocimientos que podía retener un sabio de aquella época, en la que florecieron también oradores sagrados é ilustres hombres de letras como D. Tello de Buendía, D. Juan de Mella, D. Raimundo Sabienda y otros cuyos nombres aparecen consignados en las crónicas y documentos de entonces, acompañados de calificativos muy honrosos

Muchos hombres ilustres darían brillo á la época con sus esclarecidas dotes, por más que la historia no haya transmitido sus nombres hasta nuestros días. Indudablemente que pasaron ignorados buen número de oradores sagrados y de escritores de filosofía moral, dignos de la consideración y del estudio de la crítica, la cual si no ha podido ocuparse de las obras de todos por ignorarlas, no ha olvidado las de cuatro

esclarecidos varones, don Alonso de Cartagena, el Maestre Pedro Martín, Fray Lope Fernández y Fray Alfonso de San Cristobal.

Obispo de Burgos el primero, fué por algún tiempo el oráculo de la Corte, donde era admirado por sus talentos y considerado por sus virtudes. Es uno de los primeros, sino el primero, entre los escritores ascéticos anteriores á los del siglo xvi y sus obras alcanzaron gran popularidad en su época y entre la gente de estudios. Escritas en lengua latina por su autor, fueron vertidas luego al romance y así fueron leídas pronto por toda la Corte y circularon en poco tiempo por los conventos y casas nobles de la Península, el celebrado *Memorial de virtudes*, y el no menos aplaudido *Oracional de Fernan Perez*.

Adoleciendo de muchos defectos estos libros del Obispo Cartagena ya muestran, sin embargo, lo que había de ser antes de muchos años en España la escritura ascética.

Lugar preferente merece entre los escritores de esta época, el Maestre Pedro Martín que contribuyó al enriquecimiento del género que nos ocupa con sus celebrados *Sermones en Romance sobre los vicios y virtudes*, *el Padre nuestro*, *los Mandamientos de la ley de Dios*, *las Obras de Misericordia* y otros puntos análogos de la doctrina cristiana.

Gran orador Fray Lope Fernández, canónigo regular de San Agustín, escribió libros notabilísimos, muy celebrados, aventajando á todos los escritores ascéticos que le habían precedido, así como á todos sus contemporáneos, incluso el conocido y ya citado Obispo Cartagena.

Espejo del Alma es el título de uno de los dos libros que se conservan de Fray Lope, y tanto en este como en su *Libro de las tribulaciones*, dejó bien patentizadas el autor las dotes relevantes que le distinguían.

Son de notar estas curiosas producciones del canónigo agustiniano no sólo por la rectitud de miras que las hiciera producir, sino por la profundidad de conceptos que en ellas pueden apreciarse y por el buen método y fuerza de dialéctica, empleados en el desenvolvimiento de los temas.

El estilo empleado por Fray Lope Fernández, es propio, y se aparta ya del que dominara entre los escritores de aquella época, acercándose más á las bellezas clásicas de los escritos de un siglo más tarde.

Fray Lope Fernández suavizó muy mucho las asperezas del lenguaje, comunicándole cierta suavidad, tanto más de apreciar cuanto, al propio tiempo, aparecen los elocuentes párrafos de sus libros, enriquecidos con imágenes enérgicas y formados en un estilo correcto y lleno de vigor y gallardía.

El espejo del alma y el libro de las tribulaciones, pueden considerarse por tanto como dos de las mejores producciones ascéticas del siglo xv.

Fray Alonso de San Cristobal fué también un excelente predicador, muy conocido y celebrado en la Corte de D. Juan II. A las excepcionales condiciones que, para sobresalir en la Oratoria Sagrada reunía, había que añadir sus profundos conocimientos teológicos que hicieron fuera designado para escribir un tratado con destino al heredero de la corona D Enrique, hijo de D. Juan II. De cómo cumplió su cometido el P. Alonso de San Cristobal da testimonio su curioso libro titulado *Vegecio Spiritual*.

Otros escritores ascéticos ilustraron con sus producciones el reinado de D. Juan II, pero sus nombres se perdieron sin pasar á la posteridad. Conserváronse, sin embargo, algunos tratados ascéticos de autores anónimos, tales como los titulados: *De los siete libros del Espíritu Santo*, *Ensañamientos del corazón*, *Estímulo de amor divino y De vicios é Virtudes*.

Todos ellos tienen marcado sabor de época, sin lle-

gar á la profundidad de conceptos que distinguen las obras de D. Pedro Cartagena, ni menos á la perfección de los libros escritos por el ilustre Fray Lope Fernández.

CAPÍTULO IV

Escritores ascéticos anteriores al siglo xvi.—Reinado de D. Enrique IV; la filosofía moral y la elocuencia sagrada en su tiempo.—Fray Juan López, Ruy Sánchez, Alfonso de Toledo, Doña Teresa de Cartagena.

No carecieron de cultivadores la elocuencia sagrada y la filosofía moral durante el reinado de Enrique IV.

Fray Juan López, Ruy Sánchez, Alfonso de Toledo y especialmente D.^a Teresa de Cartagena, anunciaron con sus producciones, cuán cerca estaba ya el siglo de oro de la literatura castellana, en el que había de lucir con el mayor brillo la literatura mística.

Fray Juan López dióse á conocer en 1462 con su célebre respuesta ó refutación de la *Suma de los principales mandamientos é devedamientos de la ley é Cuna*, obra escrita por el alfaquí mayor de la aljama de Segovia, Içe Gebir ó Iza Guidili, como se le conocía entre los cristianos.

La refutación de Fray Juan López fué el golpe de gracia asestado á la obra del alfaquí Içe Gebir y ocasión para darse á conocer, el autor, como hombre de estudios y de conocimientos poco comunes.

Pero cuando Fray Juan asentó su reputación, fué al escribir su libro *Clarísimo sol de justicia*, dividido en dos partes, y en el cual resplandece un profun-

do pensamiento filosófico y cristiano. Mas tarde compuso el *Libro de la casta niña*, que viene á ser un tratado moral, con utilísimos ejemplos, encaminado á encarecer la práctica de la virtud.

Un profundo sentimiento moral y una laudable alteza de miras en todas sus partes, caracterizan las obras de Fray Juan López que gozó de gran fama y reputación entre sus contemporáneos.

Ruy Sánchez, Arcediano de Treviño por los años de 1460 á 1470, fué muy renombrado por su dominio de la lengua latina y por sus conocimientos en las ciencias filosóficas. Compuso una *Suma de la política*, libro «*que habla de como deven ser fundadas é hedicadas las cibdades é villas*», tratando asimismo «*del buen regimiento é recta poliçia que deve auer todo regno é cibdad, assy en tiempo de paz como de guerra.*»

El Bachiller Alfonso de Toledo ganó renombre, con su aplaudido *Espejo de las Istorias*, aunque no fué esta la obra suya más importante, sino la que compuso en 1476 dedicada al Arzobispo D. Alfonso de Carrillo.

Esta obra, original y notable por más de un concepto, titulábase *Invencionario* y estaba dividida en dos partes principales. Tenía la una por objeto «*de clarar los inventores de las cosas que los hombres inventaron para sustentación de la vida temporal, é la otra los inventores de las cosas que los hombres inventaron para adquirir la vida eternal*»

No parece que en el *Invencionario* hubieran de encontrarse graves disertaciones filosóficas, pero sin embargo al tratar en la segunda parte de los medios para el conseguimiento de la vida eterna en la bienandanza, el Bachiller Alfonso de Toledo tiene amplio tema para mostrar sus conocimientos y disertar atinadamente acerca de la filosofía moral.

Y llegamos á tratar, siquiera sea con la brevedad

que nos hemos propuesto, de una célebre mujer, es critora distinguidísima, aquí en esta España, donde tantas mujeres ilustres figuran en primera línea, al lado de los más esclarecidos ingenios de la literatura.

Nos referimos á la ilustre D.^a Teresa de Cartagena, perteneciente, como indica su apellido, á una familia nobilísima que había dado varones doctísimos á la Iglesia, valientes capitanes á la milicia y distinguidos escritores á la literatura.

No fué D.^a Teresa la que menos honor dió á la privilegiada familia de los Cartagena. Educada en los más sanos principios de la moral cristiana y al propio tiempo en todo aquello que por entonces constituía un verdadero lujo, puesto que no era costumbre iniciar á la mujer en las ciencias ni en las letras, doña Teresa dió muestras bien pronto de tener una inteligencia muy clara, una perspicacia muy singular y un juicio tan sereno y concienzudo, como el del más estudioso Maestro de aquellos que entonces poseían todo el conjunto de conocimientos necesarios para mostrar sapiencia y distinción en ciencias ó letras.

Dotada al propio tiempo, la insigne escritora, de una excepcional modestia, rehuía toda ocasión de mostrar sus talentos por más que muchas veces se le presentaba.

Retirada á la vida del claustro, fué D.^a Teresa modelo de monjas, enseñando á muchas con sus consejos y aleccionando á todas con sus ejemplos. De muchas partes acudían al claustro donde vivía la virtuosa religiosa, cuya fama hubo de ser muy apreciada por sus contemporáneos.

En el retiro de su celda, escribió D.^a Teresa de Cartagena una obra muy importante, entre las del género ascético, titulada *Arboleda de los enfermos*. Dice la misma D.^a Teresa que es su obra una ingeniosa ficción para alivio de las penas del ánimo; y así es en

efecto, puesto que entre consideraciones y consejos morales pone de manifiesto las tribulaciones del ánimo afligida, buscando el remedio en el consuelo de todo mal y principio de todo bien.

Muerta la ilustre escritora, en su *Arboleda de los enfermos*, una gran imaginación y extraordinaria suma de conocimientos. El estilo es enérgico y espontáneo, y el lenguaje natural y ya bastante correcto.

En suma, que D.^a Teresa de Cartagena puede y debe considerarse como la precursora de la inmortal virgen abulense que, algunos años después, admiró al mundo con sus virtudes y con sus talentos.

Otros tratados ascéticos se escribieron en la segunda mitad del siglo xv, no ya tan importantes como los mencionados, pero dignos de tenerse en cuenta, puesto que con aquellos completan el estado del género literario en la época en que se escribieron.

La preparación para bien vivir y santamente morir, de un monje de San Gerónimo, de Talavera; el *Libro de avisos y sentencias*, preciosa colección de máximas morales y religiosas, y algunas otras de menos importancia, la mayoría de autores desconocidos, pero que, seguramente serían monjes ó religiosos seculares, contienen entre mucho fárrago de lectura, algunas sentencias morales dignas de ser notadas y no pocas bellezas de estilo, entre muchas faltas de corrección y de pureza de lenguaje.

Es también muy curioso entre los libros ascéticos de esta época, uno de autor anónimo que lleva por título *La flor de las virtudes* y «que constituye cierta manera de catecismo moral y religioso, dictado por el sentido práctico de la vida.»

«Yo he fecho—escribe el autor—assy como aquel que es en un prado de flores é ha cogido la çima é belleza da aquellas por façer una guirnalda ó chapirete muy noble.»

La literatura ascética del siglo xv, precursora muy digna de la mística del siguiente, es un testimonio vivo y elocuente de la parte sana y moral que se agitaba en medio de aquellas sociedades de las cortes de Castilla y Aragón, un tanto relajadas, merced, principalmente á las personas que motivaban aquellas continuas revueltas de los reinados de Juan II, Enrique IV y Alfonso V.

Esa literatura mostraba bien claramente, dice un ilustre crítico, cómo en medio de la corrupción que relajaba á los castellanos, volvían los hombres sensatos sus miradas á la moral y á la religión, buscando antídotos á la mortal ponzoña que los devoraba.

Por otra parte, todos aquellos libros, salidos en su mayoría de las tranquilas celdas de los conventos y monasterios, descubren los derroteros nuevos que debía seguir la cultura española, haciendo presagiar claramente los próximos y brillantes días del siglo de oro de nuestra literatura.

CAPÍTULO V

Escritores ascéticos anteriores al siglo XVI. — Reinado de los reyes Católicos.

Acercábanse días de gloria para España. Con la unión de las coronas aragonesa y castellana, iba, por fin, á establecerse de una manera definitiva la nacionalidad española, tan dividida y quebrantada por la lucha incesante de siete siglos.

Después de la batalla de Toro, se confundieron en uno los reinos de Castilla y Aragón, bajo el nombre de reino de España, aun cuando cada estado conservó sus instituciones y fueros con absoluta indepen-

dencia y separación. Habiendo heredado D. Fernando el trono de Aragón por muerte de su padre, acaecida en Enero de 1479 y siendo ya dueña pacífica de Castilla la reina D.^a Isabel, en virtud del tratado concluído con Portugal, juzgaron ambos que era llegado el momento de llevar á efecto el pensamiento constante y tradicional de los reyes sus predecesores, y resolvieron proceder á la completa expulsión de los moros de toda la Península, trabajando, al propio tiempo, en dar unidad y acrecentamiento á la autoridad real.

Nunca soberanos algunos se habían encontrado en posición más favorable para dar cumplida cima á estos designios, porque hallándose los cetros de Castilla y Aragón en las mismas manos, coincidía la feliz circunstancia de que las dos personas, en cuyas sienas brillaba la doble corona, tenían un sólo pensamiento, una sola idea, siempre grande é inteligente, al par que una simpatía decidida y completa, animaba los enérgicos y generosos corazones de Fernando é Isabel.

Protectora la reina católica de toda empresa noble, y enamorada de toda idea levantada, habían de florecer necesariamente las letras y las ciencias, iniciándose los buenos tiempos del siglo de oro.

Limitándonos á nuestro objeto, haremos constar que, durante el reinado de los reyes católicos, la oratoria sagrada y la literatura ascética, siguieron por el buen camino, brillando en uno y otro campo hombres eminentes.

Florecieron por entonces, entre otros cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, un Fray Pascual de Fuensanta, Obispo de Burgos, maestro en el buen decir, cultivador entusiasta y aprovechado de las Sagradas letras, muy entendido en materias de moral y varón virtuoso de vida y costumbres irreprochables. Fué muy conocido en su tiempo, habiendo alcanzado gran fama de hombre prudente y sabio no sólo entre la gente del pueblo sino en el mismo palacio de los

reyes, era muy considerado y atendido. Un Fray Pedro de Prexamo, gran teólogo y canonista, un Fray Andrés de Miranda, un Fray Juan de Dueñas, y un Hernando de Talavera, personificación de la virtud y de la ciencia, incansable en su celo por la reforma de las costumbres, orador notabilísimo y escritor no menos estimable.

Dignos también de mentarse son, Alonso Ortiz, de Toledo, Mosen Diego de Valera, Mosen Antonio Bose, el docto Obispo de la orden de San Agustín, Fray Jaime Pérez, el dominicano Fray Clemente Ferrer, hombre de gran facundia y sobre todo incansable en sus empeños de evangelización, Fernando Díez, célebre por sus místicas vigiliias, Miguel Pérez, de Valencia, muy entendido en las letras Sagradas y la egregia D.^a Leonor Manuel de Villena.

Notables también por más de un concepto, fueron los catalanes Fray Baltasar de Balaguer, Francisco Centellas, defensor constante de la integridad evangélica; Fray Nicolás Bonet, Arnal de Descós, Jaime Ferrer y algunos otros.

Un buen número de tratados ascéticos y de filosofía moral podemos estudiar en esta época, siendo los más importantes, *El Lucero de la vida cristiana*, *el Espejo de la Conciencia*, *el Tratado de la Herejía*, *el Vencimiento del mundo*, *el Libro de las confesiones* y sobre todo los escritos de Fray Hernando de Talavera.

Escribió el *Lucero de la vida cristiana*, M. Ximenez de Prexamo con objeto de que sirviera «de pauta y guía á los fieles en medio de las tribulaciones del mundo» Ofrece la particularidad de que su autor lo escribió en castellano, apartándose de la costumbre general de escribir en latín, por creer esta lengua más sabia que el castellano que ya comenzaba á mostrarse con algunas de sus innumerables bellezas.

Fray Juan de Dueñas compuso el *Espejo de las*

conciencias, libro apreciable por la sinceridad que en todas las páginas demuestra su autor.

El *Tratado de la Herejía* lo escribió Fray Andrés de Miranda, y, como indica su título, tiene como fin principal combatir las opiniones heterodoxas más importantes en la época.

Alonso Núñez de Toledo escribió el *Vencimiento del mundo*, exponiendo acertadas consideraciones para dominar las asechanzas puestas al alma por los halagos de la sociedad.

El *Libro de las Confesiones*, es una imitación de San Agustín en su obra celeberrima titulada *Las Confesiones*. El autor de aquél, Fray Alonso de Orozco, no llegó en la perfección de su obra, donde el santo y sabio Obispo de Hipona, pero compuso un tratado de muy sana doctrina y de muy apreciable lectura.

Hay que agregar, también, á los tratados que acabamos de enumerar, el original del Bachiller Gaspar de Cisneros, titulado *Cadena de Oro*, escrito al comenzar ya el siglo xvi.

En cuanto á las obras de Fray Hernando de Talavera, merecen atención más detenida, así por la importancia de las mismas, como por la calidad del autor.

Religioso de la Orden de San Jerónimo, llegó á los más elevados puestos por sus virtudes y talentos, mereciendo ser nombrado confesor de la católica reina Isabel, Obispo de Avila y primer Arzobispo de Granada, donde entró con los reyes después de haberles acompañado en el memorable asedio de la histórica ciudad.

En la Corte con sus consejos, en el episcopado con sus instrucciones, en la Cátedra Sagrada con su elocuencia, en el libro con sus advertencias y en todas partes con su virtud y sus ejemplos, Fray Hernando de Talavera influyó de una manera muy marcada durante los años de su vida.

Su elocuencia arrebatadora, siendo su palabra sencilla, clara y llana, pero insinuante, decisiva y dulcemente imperiosa.

En cuanto á sus libros, comenzaba el ilustre Arzobispo por escribirlos en lenguaje vulgar para que todos pudiesen aprovecharse de ellos.

En el tratado de *Cómo se ha de ocupar una señora cada día para pasarle con provecho*, dirigido á D.^a María de Pacheco, Condesa de Benavente, reprehende los públicos excesos de su tiempo, penetrando en el hogar doméstico, para señalar sus deberes á las madres de familia, preludiando así, dice un historiador de nuestra literatura, la *Perfecta casada* de Fray Luis de León.

En el *Tratado de vestir, de calzarse y de comer*, Fray Hernando de Talavera hace una enérgica invectiva para refrenar la licencia del lujo, siendo este libro hoy uno de los más preciados monumentos de nuestra historia indumentaria del siglo xv.

Al propio tiempo, pone de relieve las vanas artes femeniles y la flaqueza de los hombres, siendo uno de los escritores que mejor pintan las costumbres de su tiempo.

Fué, pues Hernando de Talavera, durante la segunda mitad del xv «la más alta gloria de la elocuencia Sagrada, como era uno de los más ilustres preladados de la Iglesia española, en aquella afortunada edad que se ufana con los nombres de un Pedro González de Mendoza y un Fray Francisco Ximenez de Cisneros.»

Dignos de recordarse también, como eximios varones en esta época, fueron un Mosen Diego de Valera, rígido moralista, autor de obras como la *Exhortación de la Paz*, *Providencia contra fortuna*, *Breviloquio de virtudes* y *Doctrinal de Principes*; un Cardenal Mendoza y otros muchos maestros en la elocuencia y en la filosofía moral.

CAPÍTULO VI

Fray Luis de Granada. — Sus escritos y su significación en la literatura mística. — «El Guía de pecadores y el Libro de la oración y meditación.»

Contemporáneo del Beato Juan de Avila, entusiasta admirador suyo, como lo demostró en lo mucho bueno que del Maestro de Almodóvar dejó escrito, Fray Luis de Granada es una de las figuras de más relieve en la historia de la literatura mística en España.

En los albores del siglo xvi, como el Venerable Maestro Avila, vino al mundo el que había de ser el primer orador sagrado de su época y uno de los más eximios escritores de su tiempo.

Su padre, de apellido Sarriá, oriundo del pueblo del mismo nombre, en Galicia, fijó su domicilio con otros conterráneos en la ciudad de Granada, recientemente tomada á los moros por los ejércitos de los reyes Católicos, y atraído por los grandes privilegios que á los de su advenediza condición se ofrecían; más descomedida y uraña, á lo que parece, se le mostró la fortuna, pues á su muerte, acaecida, por cierto, temprano, no dejó á su viuda é hijo, párvulo todavía de cinco años, otra hacienda que la de la caridad. De esta orfandad y desamparo nos certifica el mismo Fray Luis, cuando en los años postreros de su vida, escusando el argayo que le encarecía su compañero de celda, para defenderse del frío, rigurosísimo en aquel invierno en Lisboa, le dijo: «Padre, no trate más de eso; yo me crié desnudo, y mi madre con una mantellina más vieja que nuestra capa, me cubría,

y ella pobre y yo desarrapado, íbamos á la portería de Santo Domingo de Granada con nuestra ollica y en ella traíamos un poco de caldo y unos mendruguillos con que nos sustentábamos.»

Tan afflictiva situación vino á templarse en algo, cuando dolidos los padres dominicos de aquellas criaturas harapientas, dieron empleo á la madre en el lavado de la ropa y en el amasijo del pan del convento, como lo atestigua su propio hijo en aquella carta que, cerca de sus postrimerías, escribió desde Lisboa al prior del convento de Santo Domingo, remitiéndole una cantidad, producto de sus obras, en la cual le encargaba «que en los libros de recibo mandase hacer asiento de que Fray Luis de Granada, hijo de la lavandera y amasadora del convento, por ser hijo del hábito del mismo, enviaba aquella limosna.»

Corrían los días y la pobre madre seguía habitualmente flaca y demacrada; y urgió en cierta ocasión hacerle guardar cama, á consecuencia de la fiebre que le devoraba. En la solitaria y triste vivienda, no había ni pan, ni abrigo, ni lumbre, ni aun una insignificante moneda con que proporcionar caldo á la doliente. Esmerábase el hijo en servirle cuanto podía y regalaba su oído con frases de acendrado amor y ternura; pero, apesar de su esfuerzo en ocultarla, indecible era su pena al verse metido en tan honda estrechez y pobreza; así que, fiado en alas de su buen deseo, sale presuroso de su casa, para mendigar una limosna por amor de Dios. Acertó á verle un mozalvete de sobra antojadizo y revoltoso, altivo y descortés, el cual quiso apartarle de tan buena acción, haciendo mofa y burla de la pobreza de su madre. Con encendidas ansias suplicóle el joven mendigo que callase, y como el otro, visiblemente contrariado, se atreviera á descargarle rudo golpe en el semblante, no pudiendo Luisito contenerse, vinieron ambos á las manos y se maltrataron á porfía. Hallábase en tal

Coyuntura, asomado á una ventana de la Alhambra, su alcaide, el conde de Tendilla, el que tremoló por primera vez en sus manos el pendón castellano, el mismo día de la rendición de Granada, y, temeroso de que se lastimasen aquellos rapazuelos, mandó á un criado que los departiera y los llevara á su presencia. Apenas vió Lope, que tal se llamaba el procáz mancebo, al fámulo que se acercaba, desprendióse con violencia y dió á correr con toda la ligereza y velocidad que podía: Luisito, empero, con la tranquilidad del justo, reflejada en su rostro, llegóse á la condal mansión y tan cuerda y juiciosamente disculpó su proceder, que el Magnate quedó prendado de su ingenio y compostura, y, por un sentimiento de caridad, tan común en los corazones cristianos de los más rudos guerreros de nuestra patria, pidió noticia de su estado y condición, se encargó del mantenimiento y enseñanza del huérfano, le nombró paje suyo y le dió por compañeros de estudios y juegos á sus propios hijos. Con ellos bajaba, en efecto, todos los días de la Alhambra á la ciudad para cursar gramática latina, en casa de un preceptor de esta lengua. Los rápidos y extraordinarios adelantos que hizo en el estudio, regocijaron al egregio prócer y llenaron de santo orgullo el corazón de su embebecida madre.

«Este casual y al parecer indiferente suceso, dice el insigne tribuno D. Alejandro Pidal y Món, que trasladó al hijo de una anciana y pobre lavandera, desde la choza en que se alimentaba á las régias estancias de la Alhambra, merced á la santa limosna de la sopa de un convento, marcó en el porvenir de las letras españolas, el término de su perfección y el apogeo de su grandeza y suministró á la fama un nombre más que añadir al catálogo interminable de ilustres y memorables genios, suscitados en aquella hora crítica por Dios, para presidir á la transformación de la sociedad antigua que espiraba y al advenimiento de

la nueva que surgía en los dominios de la Historia.»

Desde muy temprano mostró el joven grandes disposiciones oratorias, que con perseverante solicitud cultivaba. Oído que había un sermón, lo repetía de coro á su auditorio infantil con tanto brío y despejo como donosura y gracia.

Decidido, siendo ya hombre, á tomar el estado monástico, escogió la orden de Predicadores, la más análoga para ejercitar su talento oratorio, tomando en 1524 el hábito de novicio en el convento dominicano de Santa Cruz, recién fundado por los reyes católicos, y el de profeso el 15 de Junio del siguiente año.

Terminado el estudio de artes, con felicísimos resultados, lo agració el capítulo con una de las becas vacantes á la sazón, en el Colegio Mayor de San Gregorio de Valladolid.

Ingresado en este Colegio el 11 de Junio de 1523, emprendió Fray Luis, con grande aliento y tesón, el estudio de la Teología escolástica y Patrología, sin descuidar el estudio de la literatura en todas sus ramas, cuyos frutos supo esparcir tan copiosamente en sus obras: pero resuelto á dedicarse por completo al ejercicio de la predicación, penetró en el recóndito santuario de la Teología mística, en la cual llegó á ser consumado maestro para sí y para los otros, aventajando á sus condiscípulos, no solo en las divinas y humanas letras, sino en la virtud, labrada con ejercicios de oración y penitencia.

Desempeñó luego, por orden de sus superiores, el cargo de lector de Filosofía y Teología, en varios conventos de Andalucía, distinguiéndose señaladamente en tan altos magisterios, de modo que, muy pronto, recibió el grado de Maestro en sagrada Teología, el cual le fué conferido por Fray Vicente Justiniano, después Cardenal y á la sazón Maestro general de la Orden, y confirmado en 1564 por el Capítulo general de Bolonia.

Pronto comenzó también á ejercitar sus singulares dotes oratorias, siendo su patria la primera escena de sus triunfos.

Nombrado, luego, prior del convento de *Scala Æli*, fundado en los yermos de Córdoba, allí escribió su admirable *Libro de la oración y meditación*.

Por este tiempo contrajo Fray Luis íntimas relaciones de amistad con altos personajes de aquellas comarcas, tales como los nobles marqueses de Priego y Condes de Feria, el obispo de Sigüenza y otros. También por entonces conoció al *Apóstol de Andalucía* el Beato Juan de Avila, trabando desde luego tal amistad que duró al igual de la permanencia de ambos sobre la tierra.

Humildísimo Fray Luis reconoció la superioridad del Padre Avila, oyó con docilidad sus avisos, y se declaró su más apasionado discípulo. «Mas debo, díjole un día, á vuestra merced y á vuestros consejos que á muchos años de estudios y así lo confieso por mi verdadero maestro» Y, á fuer de agradecido, escribió el Padre Granada la vida del Venerable de Almodóvar.

Después de vivir algún tiempo en el suntuoso alcázar de Sanlúcar, en compañía del duque de Medina Sidonia, Fray Luis trasladóse á Badajoz para fundar un convento de dominicos, desde donde pasó, cumplida su misión y después de haber escrito la inmortal *Guía de pecadores*, á Evora, llamado por el Cardenal D. Enrique, Infante de Portugal, hijo del rey don Manuel y nieto, por su madre, de los reyes Católicos.

Provincial de la orden en Portugal, trabajó con provecho en las múltiples atenciones de su cargo; rehusó la mitra de Viseo y por su consejo fué nombrado en el puesto que se le ofrecía, su amigo entrañable Fray Bartolomé de los Mártires, varón por todos conceptos señalado, lumbrera del Concilio de

Trento, restaurador eximio de la disciplina eclesiástica y tipo acabado de Obispos.

Dieciseis años vivió en Lisboa Fray Luis de Granada, gozando en su retiro de una gloria que pocos alcanzaron en su tiempo, apesar de rehuir toda honra humana.

Era consultado por los prelados más eminentes, colmado de honores por la corte, visitado por esclarecidos príncipes é invictos capitanes, como Andrés Doria y el duque de Alba, coronando todo este séquito de distinciones la veneración con que el pueblo pronunciaba su nombre.

Y, sin embargo, Fray Luis de Granada evitaba todo lo posible la ostentación de sus conocimientos y hacía una vida tan humilde y retirada como la de un ermitaño.

A este propósito queremos trasladar la gráfica pintura que de la Comarca de Nuestra Señora de la Luz de Pedrogaón, residencia habitual, durante muchos años del Padre Luis, hace su biógrafo el Licenciado Muñoz.

«El sitio de la villa—dice—es corona de una alta y descompuesta sierra; queda el monasterio á una ladera por donde se baja al río Zezere, acompañada toda de peñascos y árboles silvestres. Está, en parte, tan encumbrada y alta que de cualquiera parte hay unos precipicios ó derrumbaderos, que, mirando abajo hacen temblar el corazón más animoso, causando miedo grande á la vista. Crece el pavor con la corriente de dos ríos que en los profundos de esta gran sierra se juntan; uno es Zezere, caudaloso de aguas, impetuoso en la corriente; el otro es Pera, menor en todo, y el vecino poderoso le quita el nombre y las aguas y hace propias al juntarse, dejando hecho un ángulo de piedra viva debajo del monasterio, de manera que queda como cercado de ambos ríos. Traen ambos

gran ímpetu y se vienen furiosamente quebrando entre peñascos y losas, causan un medroso ruido que se hace oír muy de lejos. El que de moderada distancia considera la postura del convento, los riscos y matorrales que lo cercan, la profundidad y oscuridad con que los dos ríos bañan las raíces de los montes y, compelidos, se aprietan por pasar entre los peñascos como pueden de que resulta una consonancia triste; lo grueso y pesado del más caudaloso con el agudo y menos grave del Pera; el que mira las sierras desde lejos, de que están cercados, unas que suben hasta esconderse entre las nubes, otras más bajas que, con malezas ásperas, con habitación de jabalíes, lobos y otros animales bravos que llegan hasta las cercas de la villa á hacer sus presas, representa todo junto aquel espantoso horror y la soledad horrible que los santos antiguos nos dejaron pintada en sus escritos de los desiertos de Siria y Tebaidá; horror que recoge el entendimiento, provoca á la devoción y convida al espíritu á despreciar la tierra, buscar y penetrar las estrellas de que se halla mano y no descansar sino en el Señor de ellas.»

No hemos transcrito la descripción del Ldo. Muñoz sin objeto, sinó para dar una idea clara del lugar donde Fray Luis de Granada meditara sus obras inmortales, en las cuales se refleja algo de la majestuosa serenidad de aquella naturaleza hermosa y espléndida que seguramente inspiraría en su agreste soberana grandeza, muchos de los elevados pensamientos que admiramos en las obras del P. Granada.

No en vano nos extendemos algo en las noticias biográficas del ilustre dominico, tomadas del *Ensayo biográfico crítico*, escrito en 1889 por el distinguido literato mallorquin D. José Ignacio Valenti, ya que consideramos á Fray Luis de Granada, como el más acabado escritor místico de los muchos que han florecido en nuestra España.

Próximo á la muerte (1), y á pesar de sus achaques y disgustos, compuso Fray Luis el admirable *Sermón*, famoso en todo el orbe, *contra los escándalos en las caídas públicas*, sobre el texto de San Pablo «*Quis infirmatur et ego non infirmor? Quis scandalizatur et ego non uror?*», última de sus obras aunque, como dice Menéndez y Pelayo, «no es producción de entendimiento ni de estilo cansados.»

(1) Murió Fray Luis de Granada en Lisboa, á los 84 años de edad y 66 de religión. Sobre su sepulcro se esculpió el siguiente epitafio.

FRATER LUDOVICUS GRANATENSIS EX PREDICATORUM FAMILIA,
 CUIUS DOCTRINE MAIORA EXTANT MIRACULA,
 GREGORII XIII. PONT. MAX. ORACULO,
 QUAM SI CÆCIS VISUM, MORTUIS VITAM A DEO IMPETRASSET.
 PONTIFICIA DIGNITATE SÆPIUS RECUSATA CLARIOR,
 MIRA IN DEUM PIETATE, ET IN PAUPERES MISERICORDIA,
 INSIGNIUMQUE LIBRORUM,
 AC CONCIONUM VARIETATE TOTO ORBE ILLUSTRATO.
 ETATIS ANNO LXXXIV.
 ULYSIPONE MORITUR MAGNO REIPUBLICÆ CHRISTIANÆ DESIDERIO.
 PRID. KAL. JAN. AN. M. D. LXXXIX.

En romance dice así:

FR. LUIS DE GRANADA, DE LA ORDEN DE LOS PREDICADORES,
 POR CUYA DOCTRINA SE VEN MAYORES MILAGROS,
 (ASÍ LO DIJO EL ORÁCULO DE GREGORIO XIII, PONTÍFICE MÁXIMO)
 QUE SI HUBIERA ALCANZADO DE DIOS VISTA A CIEGOS,
 VIDA Á MUERTOS.
 MUCHO MAS ESCLARECIDO
 POR HABER RENUNCIADO MUCHAS VECES OBISPADOS;
 ILUSTRE POR SU ADMIRABLE PIEDAD CON DIOS,
 Y MISERICORDIA CON LOS POBRES,
 HABIENDO ILUSTRADO TODO EL ORBE
 CON SUS INSIGNES LIBROS Y SERMONES.
 Á LOS OCHENTA Y CUATRO AÑOS DE SUEIDAD MURIÓ EN LISBOA,
 CON GRAN SENTIMIENTO DE LA REPÚBLICA CRISTIANA,
 EL DÍA ANTES DEL PRIMERO DE ENERO DE M. D. LXX'XIX.

« Dos principales males se siguen — dice á este propósito el nuncá bien ponderado autor de la *Historia de los Heterodoxos españoles* — cuando alguna persona de reputación, de virtud, cae en algún error ó pecado público. El uno es descrédito de la virtud de los que son verdaderamente buenos, pareciendo á los ignorantes que no se debe fiar de ningún bueno, pues éste que lo parecía vino á dar tan gran caída. El otro es el desmayo ó cobardía de los flacos que por esta ocasión vuelven atras ó desisten de sus buenos ejercicios. Y en estos casos, así como son diversos los juicios de los hombres, así también lo son sus afectos y sentimientos, porque unos lloran, otros rien, otros desmayan y afligen en la virtud y el común de las gentes se escandaliza.»

« Pocas veces, — añade Menéndez Pelayo — se ha escrito con más elocuencia sobre el pecado de escándalo, especialmente en las caídas de personas religiosas. Los efectos del sermón, aunque no llegó á pronunciarse, fueron admirables para alentar á los flacos y tibios (1).

Cuando empezó á escribir este sermón, sintió Fray Luis los primeros síntomas del mal que le llevó al sepulcro: no se intimidó por eso; prosiguió su tarea y dióle feliz cima y « como cisne divino, al morir cantó más suavemente » (2).

La significación del P. Luis de Granada en la literatura mística, es tan característica que no puede confundirse con otra.

El dió, por decirlo así, la última mano al edificio suntuoso de aquella literatura. Si el Venerable Maestro Juan de Avila fué el primer místico en el orden cronológico, porque él fijó el lenguaje propio del género, Fray Luis de Granada lo fué en el orden de la

(1) *Historia de los Heterodoxos españoles*; tomo II. Lib. V, cap. I.

(2) Muñoz. Vida del V. P. M. Fr. Luis de Granada. Lib. II. c. XIII

perfección, porque ni antes de él ni después se escribió nada mejor que la *Guía de pecadores* y el *Libro de la Oración y Meditación*.

La *Guía de pecadores* fué desde luego el libro más popular de la literatura ascética. En la época en que se escribió era lectura obligada de todos los que buscaban consuelo en los buenos libros y, como privilegio sólo alcanzado por las obras del verdadero genio, lo mismo era consultado por el sabio que por el ignorante, por el magnate que por el menestral, por el literato que por el rústico.

Hoy la obra Maestra de Fray Luis de Granada tiene el mismo valor que cuando se escribiera y comparte con la celebérrima *Imitación de Cristo* el favor de ser el libro de lectura mística más leído en toda la cristiandad, á cambio de los consuelos que con su doctrina proporciona á los espíritus atribulados.

En letras de oro debiera escribirse la hermosa producción del P. Granada y no se haría debido homenaje á su valor, no conocido y sentido tal vez debidamente, como observa Capmany, á fuerza de haberse hecho tan trivial y común su lectura.

Es difícil hacer un elogio comprensivo de esta obra (1), donde no se sabe que admirar más, si la alteza y sublimidad de la doctrina, la curiosa erudición bíblica y patológica, la suma destreza y habilidad en penetrar los senos más recónditos del corazón humano, el severo y majestuoso encadenamiento de los raciocinios, la lucidez y acierto en el discurso, la firmeza y aplomo en el juzgar, la suavidad y ternura en el convencer, la unción y eficacia en el persuadir, el nervio y vigor de la expresión, la sonoridad y belleza de la frase, ó la incomparable energía y viveza del estilo.

Contiene la obra una larga y copiosa exhortación

(1) *Fray Luis de Granada: Ensayo biográfico y crítico* por D. José Ignacio Valenti.

á la virtud y guarda de los mandamientos divinos. En la primera parte se manifiestan los títulos que obligan al hombre á practicar la virtud; se declaran los bienes espirituales á ella vinculados en la presente vida y se responde á las excusas que suelen comunemente alegarse para no seguir tan hermosa senda. En la segunda se trata de los vicios que afean y oscurecen las almas y de las virtudes que las adornan y embellecen con el ornamento espiritual de la justicia.

Las bellezas que encierra este libro son tantas como conceptos y frases. Para que pueda juzgarse á qué grado de esplendor había elevado el habla castellana Fray Luis de Granada y cómo se expresa en el más acabado lenguaje místico, trasladaremos algunos párrafos de su admirable producción.

Considera el abuso que se hace de los dones y beneficios del Señor y dice: «Con las fuerzas se hacen los hombres más soberbios, con la hermosura más vanos, con la salud más olvidados de Dios, con la hacienda más poderosos para tragarse los flacos y competir con los mayores, y para regalar su carne y comprar la castidad de la inocente doncella, y hacer que ella venda, como otro Judas, el precio de la Sangre de Cristo, y ellos la compran por dinero como hicieron los judíos..... De la mar se sirven para sus gulas, de la hermosura de las criaturas para sus lujurias, de los frutos y bienes de la tierra para sus avaricias, de habilidades y gracias naturales para sus soberbias. Con las prosperidades se enloquecen, con las adversidades desmayan. De la noche se sirven para encubrir sus hurtos y del día para tender sus redes» (1).

Dígase si puede darse mejor conocimiento del conocimiento del corazón humano, de sus miserias y debilidades, y si pueden expresarse pensamientos tan profundos con más concisión, claridad y elegancia.

(1) *Guía de Pecadores*, Cap. II §. I.

¡Y qué elocuencia cuando declara las grandezas de la Redención y de la gracia! Dios por medio de ésta renueva el interior del hombre «y así, cura nuestras llagas, lava nuestras inmundicias, rompe las ataduras de los pecados, sacude el yugo de los malos deseos, líbranos de la servidumbre y cautiverio del demonio, mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones, restitúyenos la verdadera libertad y hermosura del ánimo, vuélvenos la paz y alegría de la buena conciencia, aviva los sentidos interiores, hácenos lieros para el bien, tardíos y pesados para el mal, fuertes y constantes para resistir las tentaciones, y con esto nos enriquece de buenas obras» (1).

Describiendo la hermosura de la tierra para inferir la del cielo, dice con verdadero alarde de galas y primores:

«Tiende los ojos por todo este mundo visible y mira cuántas y cuán hermosas cosas hay en él. ¿Cuánta es la grandeza de los cielos? ¿Cuánta la claridad y resplandor del sol, de la luna y de las estrellas? ¿Cuánta la hermosura de la tierra, de los árboles, de las aves, y de todos los otros animales? ¿Qué es ver la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los ríos, repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra, y sobre todo, la anchura de los mares poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas? ¿Qué son los estanques y lagunas de aguas claras, sino unos como ojos de la tierra, ó como espejos del cielo? ¿Qué son los prados verdes entretejidos de rosas y flores sino como un cielo estrellado de una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata y de otros tan ricos y tan preciosos metales? ¿Qué de los rubies y esmeraldas y diamantes y otras piedras preciosas que parecen competir con las mismas estre-

(1) *Ibid.* Cap. V. §. I.

llas en claridad y hermosura? ¿Qué de las pinturas y colores de las aves, de los animales, de las flores y de otras cosas infinitas? Juntóse con la gracia de naturaleza también la del arte, y doblóse la hermosura de las cosas. De aquí nacieron las vajillas de oro resplandecientes, los dibujos perfectos y acabados, los jardines bien ordenados, los edificios de los templos y de los palacios reales, vestidos de oro y mármol con otras cosas innumerables. Pues si en este elemento que es el más bajo de todos, según digimos, y tierra de los que mueren, hay tantas cosas que deleitan, ¿qué habrá en aquél supremo lugar, que, cuanto está más alto que todos los cielos y elementos, tanto es más noble, más rico y más hermoso?» (1)

Habla el autor de las condiciones divinas que gozan en la oración las almas virtuosas y nos ofrece un conjunto de risueñas imágenes que forman contraste con los habituales rasgos valientes y enérgicos de su pluma.

«En este santo ejercicio —dice— señaladamente alegra el Señor á sus escogidos.... Allí, en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gozánse, comen y han hambre, beben y han sed, y con toda la fuerza de su amor trabajan, Señor, por transformarse en vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo y gozan con la caridad. Entonces conocen por experiencia ser verdad lo que digisteis: mi gozo será cumplido en ellos Entonces maravillándose el ánimo de sí misma, cómo tales tesoros le estaban escondidos en tiempos pasados y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las calles y plazas y dar voces á los hombres y decir: ¡Oh locos! ¡oh desvariados! ¿en qué andais? ¿qué buscáis? ¿cómo no os dais prisa por gozar de tan grande bien?

(1) *Ibid.* Cap. IX. §. II.

Gustad y ved cuán suave es el Señor. Bienaventurado el varon que espera en él. A quien gusta ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel; y la soledad tiene por paraiso, y sus deleites son estar con el Señor que ama.....

• El día le es enojoso, cuando amanece con sus cuidados y desea, la noche quieta para gastarla con Dios. Ninguna noche tiene por larga, antes la más larga le parece mejor. Y si la noche fuese serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos y el resplandor de la luna y de las estrellas y mira todas estas cosas con otros diferentes ojos y con otros muy diferentes gozos. Míralas como á unas muestras de la hermosura de su criador, como á unos espéjos de su gloria, como á unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas de él, como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias y como á unos presentes y dones que el esposo envia á la esposa para enamorarla y entretenerla, hasta el día que se hayan de tomar las manos y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le parece habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envia, y un largo proceso y testimonio de su amor. Estas son, hermano mio, las noches de los amadores de Dios, y este es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche scsegada, con la dulce música y armonía de las criaturas, arróllase dentro de sí el ánima y comienza á dormir aquel sueño velador de quien se dice: Yo duermo y vela mi corazón. ... ¿Pues qué tales te parecen estas noches hermano? ¿Cuáles son mejores, estas ó las de los hijos de este siglo que andan á estas horas acechando á la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de hierro, de temores y sospechas, y atesorando ira para el día de su perdición? (1)

(1) *Ibid.* Cap XVI § I.

Mas elocuente todavía muéstrase cuando habla de la fugacidad de la bienandanza humana, diciendo:

«¿Qué es del sabio? ¿Qué es del letrado? ¿Dónde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? ¿Qué se hizo la gloria de Salomón? ¿Dónde está el poderoso Alejandro y el glorioso Asuero? ¿Dónde están los famosos Césares de Roma? ¿Dónde los otros príncipes y reyes de la tierra? ¿Qué les aprovechó su vana gloria, el poder del mundo, los muchos servidores, las falsas riquezas, las huestes de sus ejércitos, la muchedumbre de sus truhanes, y las compañías de mentirosos y lisonjeros que les andaban alrededor? Todo esto fué sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento.» (1)

«¿Qué es toda la gloria del mundo sino un canto de sirena que adormece una ponzoña azucarada que mata, una víbora por defuera pintada y por adentro llena de ponzoña? Si halaga es para engañar; si levanta es para derribar; si alegra es para entristecer. Todos sus bienes da con incomparables usuras.... Más duele la pérdida que alegra la ganancia; más aflige la enfermedad que alegra la salud; más quema la injuria que deleita la honra» (2)

... «¿Qué es este mundo, sino tierra esteril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas; prado verde y lleno de serpientes, jardín florido y sin fruto, río de lágrimas, fuente de cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta y frenesí deleitable? ¿Qué bienes hay en él, que no sean falsos y qué males que no sean verdaderos? Su sosiego es congojoso, su seguridad sin fundamento, su miedo sin causa, sus trabajos sin fruto, sus lágrimas sin propósito, sus propósitos sin suceso, su esperanza vana, su alegría fingida y su dolor verdadero» (3)

(1) *Ibid.* Cap. XXIX. §. I.

(2) *Ibid.* Cap. XXIX. §. VI.

(3) *Ibid.* Cap. XXIX. §. VII.

Declara que todos los géneros de bienes que el corazón humano puede en esta vida alcanzar se encierran en la virtud y dice:

«Vemos que entre las cosas criadas unas hay honestas, otras hermosas, otras provechosas, otras agradables, y otras con otras perfecciones; entre las cuales tanto suele una ser más perfecta y más digna de ser amada cuanto más de estas perfecciones participa. Pues, según esto, ¿cuánto merece ser amada la virtud en quien todas estas perfecciones se hallan? Porque si por honestidad va, ¿qué cosa más honesta que la virtud, que es la raíz y fuente de la honestidad? Si por honra va, ¿á quién se debe la honra y el acatamiento sino á la virtud? Si por hermosura va, ¿qué cosa más hermosa que la imagen de la virtud?... Si por utilidad va, ¿qué cosas hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud? La longura de los días con los bienes de la eternidad están en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Pues si por deleites va, ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, y de las consolaciones del Espíritu Santo, lo cual todo anda en compañía de la virtud? Pues si se desea fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se pudrirá y así como humo desaparecerá....»

«Este es aquél bien, que por todas partes es bien y ninguna cosa tiene de mal. Por donde, con grandísima razón envió Dios al justo aquella tan magnífica embajada, la más breve en palabras y la más larga en mercedes que se pudiera enviar: *Decid al justo que bien.*»

«Decidle que en hora buena el nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte y lo que después de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien; en los placeres y en los pesares, en los trabajos y en los descansos, en las

honras y en las deshonras, porque á los que aman á Dios, todas las cosas sirven para su bien. Decidle que aunque todo el mundo vaya mal, y aunque se trastorren los elementos, y se caigan los cielos á pedazos, él no tiene por qué temer, sino porque levantar cabeza, porque entonces se llega el día de su redención... (1)

Al mortal deslumbrado por el brillo de las riquezas, dirige la siguiente exhortación, vigorosa y concuyente:

«El amor de las riquezas más atormenta con su deseo que deleita con su uso, porque enlaza el alma con diversas tentaciones; enrédale con muchos cuidados; convídale con vanos deleites, provocále á pecar é impide su quietud y reposo.....»

«Donde hay muchas riquezas también hay muchos que las consuman, muchos que las gasten, muchos que las desperdicien y hurten.

¿Qué tiene el más rico del mundo de sus riquezas más que lo necesario para la vida? Pues de esto te podrías descuidar si pusieses tus esperanzas en Dios y te encomendases á su providencia, porque nunca desampara á los que esperan en él; porque quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre. ¿Cómo puede ser que manteniendo Dios á los pajaricos, y vistiendo los lirios, desampare al hombre, mayormente siendo tan poco lo que basta para rémedio de la necesidad? La vida es breve y la muerte se apresura á más andar; ¿qué necesidad tienes de tanta provisión para tan corto camino? ¿Para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas menos tuvieres, tanto más libre y desembarazado caminarás? Y cuando llegares al fin de la jornada no te irá menos bien si llegares pobre, que á los ricos que llegaren más cargados; sino que acabado el camino, te quedará menos que sentir lo que dejas y menos de

(1) *Ibid.* Cap. XXX.

que dar cuenta á Dios, como quiera que los muy ricos, al fin de la jornada, no sin grande angustia dejarán los montones de oro que mucho amaron, y no sin mucho peligro darán cuenta de lo mucho que poseyeron.» (1)

Otra de las obras más importantes de Fray Luis de Granada, es la titulada *Libro de la Oración y Meditación*.

Muéstrase en ella el autor tan correcto hablista como en la *Guía de pecadores* y sino supera ni, acaso, llega á esta obra en perfección, no deja de ser uno de los más elocuentes trozos de nuestra literatura mística.

En tal concepto considerado, el *Libro de la Oración y Meditación*, es un tesoro de doctrina moral, donde el alma cristiana puede encontrar inefables consuelos para sus tribulaciones.

Divídese la obra en tres partes: comprende la primera catorce meditaciones para los siete días y siete noches de la semana: las siete primeras acerca del Santísimo Sacramento, la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, y las otras siete sobre el pecado, las miserias de la vida humana, los Novísimos y la alteza de los beneficios divinos. Sigue luego el exámen de las cinco partes que puede tener la oración, á saber: preparación, lectura, meditación, hacimiento de gracias y petición; siete avisos para proceder debidamente en ellas, señaladamente en la meditación, y seis consideraciones previas para meditar con fruto la Pasión del Salvador.

La segunda parte trata de la devoción; de los trece medios por donde se alcanza y fomenta, y de los impedimentos que le ponen traba y cortapisa, unos generales, que, indistintamente se oponen á todos en este camino, y otros particulares, conforme al carác-

(1) *Ibid.* Lib. II. Cap. V.

ter y aficiones de cada uno; de las tentaciones más comunes que suelen padecer las personas devotas, y de los remedios para vencerlas; y contiene además diecinueve avisos para descubrir las celadas y artes del enemigo.

Encierra, finalmente, la tercera parte, los tratados acerca de la oración, limosna y ayuno. El primero abraza tres partes principales: utilidad y eficacia de la oración; necesidad que de ella tenemos, y perseverancia en su ejercicio. El segundo trata de los bienes espirituales y temporales que nos acarrea el ayuno y males de que nos libra. El tercero declara las excelencias de la limosna y la obligación y manera de hacerla.

Las *Meditaciones* —ha dicho el ilustre crítico Capmany—son casi todas ellas unos discursos oratorios, los más excelentes que de este género nos han quedado en nuestra lengua. Sus dulces y afectuosas cláusulas, avivadas con el resplandor de las más sublimes imágenes, causan una emoción entrañable de sentimientos, tan profundos de compasión, pesar y tristeza, que dudo haya hombre que, acordándose que es cristiano, pueda leerlos ni oírlos leer con animada expresión, sin derramar lágrimas. Lo atestiguo con mi propio corazón; pues la primera vez que yo mismo me los recitaba con el tono conveniente, no podía continuar la lectura, porque el dolor embargaba el oficio á la lengua, y los ojos perdían la luz con el peso del llanto en que iban á reventar. Si el mismo Ciceron nos cuenta que jamás pudo leer, sin verter lágrimas, el discurso famoso de Fedón, en donde Platon refiere las postreras palabras y muerte de Sócrates; y si era tal aquel discurso, que Catón, antes de darse muerte, lo leyó dos veces para esforzar su confianza en la inmortalidad; ¿qué efectos no debiera obrar en las almas pías de los verdaderos creyentes la lectura meditada de los pasajes que aquí se han trasladado? Si entre los gentiles ningún elogio ofrece

una pintura tan tierna y afectuosa como la de aquel discurso, bien podré decir yo, que entre los cristianos no se leerán rasgos más sublimes y patéticos como los que se hallan en las tres *Meditaciones* en que Fray Luis representa el doloroso encuentro de la vista de Jesús y de María en la subida del Redentor al Calvario; en el trance de su agonía y muerte; y en el acerbo desconsuelo de la Madre en el descendimiento de su Hijo amado de la cruz.

Fray Luis supo juntar aquí, con el claro oscuro de contrastados efectos, y con el colorido de las figuras más veñementes de la elocuencia, este último espectáculo, el más lastimoso y melancólico, donde hace que lloren los hombres, los ángeles, los elementos, las piedras: en fin, deja como huérfana y desamparada la naturaleza, cubierta de una tristeza y luto universal. (1)

Véase ahora con cuanta razón habla el eminente crítico Capmany al juzgar las tres *Meditaciones* arriba incadas.

No puede darse, realmente, nada más patético y más delicadamente expresado que el dolor de Jesús y María en el camino del Gólgota, descrito por Fray Luis de Granada.

«Camina el inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban.... Entre tanto, ánima mía, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen; y cuando á ella llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, ale-

(1) Capmany. *Teatro histórico crítico de la Elocuencia española*.—Madrid. 1786.

gría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, dechado de paciencia y de toda perfección! ¡Ay de mí, Señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son más palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á costas para ser en ella ajusticiado.

«¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta donde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte que bastara para acabarle la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y mayor corona.

«Camina, pues, la Virgen, en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto..... Acércase más y más á su amado Hijo y tiende sus ojos oscurecidos por el dolor, para ver si pudiese, al que tanto amaba su alma. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verlo y por otra rehusaba ver tan lastimosa figura. Finalmente, llegada ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviéanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudécidas; mas al corazón de la Virgen hablaba el efecto natural del Hijo dulcísimo y le decía: ¿Para qué viniste aquí, paloma mía, querida mía y madre mía? Tu dolor acrecienta el mío y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, madre mía, vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones.....» (1)

(1) *Meditación para el jueves por la mañana.* § II.

Pondera, después, los dolores de Jesús y de María en la cima del Gólgota y dice así:

«Dos cruces hay para tí, ¡oh buen Jesús! en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima; la una es de pasión, la otra de compasión; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra su ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién Podrá, ¡oh buen Jesús! declarar lo que sentías, cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada?, cuando veías aquél piadoso corazón, traspasado y atravesado con cuchillo de dolor; cuando tendías los ojos sangrientos, y mirabas aquél divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquéllas angustias de su ánima, sin muerte ya más que muerta, y aquellos ríos de lágrimas que de sus purísimos ojos salían; y oías los gemidos que se arrancaban de aquél sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan gran dolor.....» (1)

«..... Por qué. Señora, quisísteis acrecentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿por qué quisísteis hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parecer en lugares públicos; no es de corazón de madre ver á los hijos morir aunque sea con su honra y en su causa, ¿y vos venir á ver al Hijo morir por justicia, y entre ladrones en una cruz? Ya que determináis vencer el corazón de madre, y queréis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os ponéis tan cerca de ella, que hayáis de llevar en vuestra mano perpétua memoria de este dolor? Remedió no se lo podéis dar sinó antes con vuestra presencia acrecentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos desmayados y os viese

(1) *Meditación para el viernes por la mañana.* §. III.

al pie de la cruz. Y porque estando al fin de la vida, enflaquecidos los sentidos y oscurecidos los ojos con la sombra de la muerte no podía divisar de lejos, os pusísteis tan cerca, para que clara y distintamente os conociese, y viese esos brazos en que fué recibido y llevado á Egipto, tan quebrantados, y esos pechos virginales, con cuya leche fué criado, hechos un pié-lago de dolor.....

«¡Mirad, ángeles, estas figuras, si por ventura las conocéis! ¡Mirad cielos esta crueldad y cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor! ¡Oscureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador! ¡Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del testamento desnuda! ¡Oh cielos que tan serenos fuísteis criados! ¡Oh tierra de tanta variedad y hermosura vestida! Si vosotros oscurecísteis vuestra gloria con esta pena; si vosotros que érais insensibles, la sentísteis á vuestro modo ¿qué harían las entrañas y pechos virginales de la madre?» (1)

Apóstrofe sublime y comparable únicamente á este otro en el que pinta la angustia y desconuelo de la Virgen al tener entre sus brazos el cuerpo muerto de su Hijo.

«¡Oh ángeles de paz, llorad con esta Sagrada Virgen! Llorad, cielos, llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María! Abrázase la madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos; para ésto sólo le quedaban fuerzas; mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre! ¿Es ese, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que conce-

(1) *Meditaciones muy devotas sobre algunos pasos y misterios de la vida de Nuestro Salvador.*

bísteis con tanta gloria y parísteis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿dónde está aquél espejo de hermosura en quien vos os mirábais?...

«Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mujeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra; y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba, otrosi, el Santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decía: ¡Oh buen Maestro y Señor mio! ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿á quién iré en mis dudas? ¿en cuyos pechos descansaré? ¿quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿qué mudanza ha sido esta tan extraña? Anteanoche me tuviste en tus Sagrados pechos, dándome alegría de vida, y ¡ahora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto! ¿Este es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿esta aquella figura más clara que el sol del Mediodía? Lloraba también aquella santa pecadora y abrazada con los pies del Salvador, decía: ¡Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada de los pecados ¿quién me recibirá? ¿quién curará mis llagas? ¿quién responderá por mí? ¿quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies y los lavé cuando en ellos me recibísteis! ¡Oh amado de mis entrañas! ¿quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡Oh vida de mi ánima! ¡Cómo puedo decir que te amo pues estoy viva teniéndote delante de mis ojos muerto? De esta manera lloraba y lamentaba todo aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.» (1)

Y si en lo patético y en la expresión de los más delicados afectos no ha igualado ninguno de nuestros místicos al Venerable Granada, en la descripción de

(1) *Meditación para el sábado por la mañana.* §. I.

las miserias del cuerpo no hay ninguno tampoco que pueda compararse con él.

Tratando, por ejemplo, de la muerte, dice: «Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió, pudiendo llevar consigo todo lo que ama; ¿cuánto mayor será el destierro universal de todas las cosas, de la casa y de la hacienda, y de los amigos y del padre, y de la madre y de los hijos y de esta luz y aire común y finalmente de todas las cosas?

«Mira aquellos postreros accidentes de tu enfermedad, que son como mensajeros de la muerte; cuán espantosos son y cuán para temer! Levántase el pecho, enronquécese la voz, muérense los pies, hielánse las rodillas, afilánse las narices, párase el rostro del difunto y la lengua no acierta ya á hacer su oficio; y, finalmente, con la prisa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos, pierden su valor y virtud. Mas sobre todo el ánima es la que padece allí mayores trabajos; la cual está entonces batallando y agonizando, parte por la salida y parte por el temor de la cuenta, porque ella, naturalmente rehusa la salida, ama la estada y teme la cuenta.....

«Allí en el hoyo de siete ú ocho pies de largo dan al cuerpo casa para siempre; allí toma solar perpetuo en compañía de los otros muertos; allí le salen á recibir los gusanos..... Allí le recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de los finados, y le abrazan los polvos de sus antepasados y le convidan á aquella mesa y á aquella casa que está constituida para todo viviente. Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora, es echarle encima una capa de tierra y cobijarle muy bien con ella para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra.... De manera que el más lindo rostro del mundo, y más cuidado y más guardado de sol y aire, andará allí debajo del pisón del rústico cavador, que no tiene

empacho de darle con él en la frente, y quebrarle los cascos y sumirle los hojos y las narices por que quede bien acompañado de tierra.» (1)

Hablando del día del juicio, exclama:

Aquel día abrazará en si los días de todos los siglos presentes, pasados y venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos y en el derramará Dios la ira y la saña que tiene recogida en todos los siglos..... Arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la indignación divina..... Todas las criaturas sentirán su fin antes que fenezcan, y se entremecerán y comenzarán á caer primero que del todo caigan. Más los hombres andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquí las grandes calamidades y miserias que amenazarán al mundo tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y éspantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus temores y tan ocupados cada uno con el suyo que no se acordará del ajeno..... Nadie habrá para nadie porque nadie bastará para si solo.»

Y Dios, interpellando al pecador, dirá entonces: «Ven acá hombre mal aventurado, ¿qué viste en mi porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te levanté del polvo de la tierra, y te crié á mi imagen y semejanza, y te dí virtud y socorro con que pudieses alcanzar mi gloria..... Por tí finalmente, nació en mucha pobreza, viví con muchos trabajos y morí con gran dolor. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen; testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y tierra delante de quien padecí, testigos el

(1) *Meditación para el miércoles por la noche.*

sol y la luna, que en aquella hora se eclipsaron.... (1)

Describe las excelencias de la gloria y dice con brillante estilo: «Si en este valle de lágrimas y lugar de destierro crió Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá criado en aquel lugar, que es aposento de su gloria, trono de su nobleza, palacio de su majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos los deleites?... Si cada uno de los Angeles, aunque sea el menor de ellos, es más hermoso que todo este mundo visible, qué será de tanto número de Angeles tan hermosos con las perfecciones y oficios que cada uno de ellos tiene en aquella soberana ciudad? Allí discurren los Angeles, ministran los Arcángeles, triunfan los Principados, alegranse las Potestades, enseñorean las Dominaciones, resplandecen las Virtudes, relampaguean los Tronos, lucen los Querubines, arden los Serafines y todos cantan alabanzas á Dios....

«Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, qué será gozar de la compañía y paciencia de aquél á quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo acatamiento se arrodillan los Angeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿Qué será ver aquel Bien universal en quien están todos los bienes? ¿y aquél mundo mayor en quien están todos los mundos? ¿y aquél que siendo uno es todas las cosas? ¿y siendo simplicísimo abraza las perfecciones de todas?...»

Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza y honra sin contradicción.... Tú, ánima cristiana.... sáluda esa patria y como peregrino que le ve aún desde lejos,

(1) Magnífico ejemplo de *oblectación*, la figura más vehemente y sublime del género patético, según observa atinadamente en su estudio sobre Fray Luis de Granada el Sr. Valentí.

envíale con los ojos el corazón, diciendo; Dios te salve, dulce patria, tierra de promisión, puerto de seguridad, lugar de refugio, casa de bendición, reino de todos los siglos, paraíso de deleites, jardín de flores eternas, plaza de todos los justos y fin de todos nuestros deseos.» (1)

Otras muchas bellezas podíamos citar del *Libro de la Oración y de la Meditación*, pero si á consignarlas todas fuéramos se haría interminable este capítulo.

CAPÍTULO VII

Fray Luis de Granada.—Sus escritos (continuación).—**«Introducción al Símbolo de la fe».**—Otras obras en castellano.—Sus libros en latin y en portugués. Opiniones de algunos críticos eminentes acerca del valor literario de Fray Luis de Granada.

Hemos consignado nuestra opinión sobre la *Guía de pecadores* y el *Libro de la Oración y Meditación*, juzgándolos, especialmente el primero, como la obra maestra de la literatura mística en España.

Pero son tantas las bellezas que encontramos en otras obras del ilustre dominico, que no acertamos á considerarlas sino juzgándolas de tanto valor y mérito como las ya citadas.

Así por ejemplo, la *Introducción al símbolo de la fe* ofrece tan maravilloso conjunto de perfecciones que, puede, en cierto modo colocarse como la primera entre las obras de su autor.

(1) *Meditación para el sábado por la noche.*

Ordénase este libro, á tratar de las principales obras de Dios, la Creación y la Redención: «dos grandes libros—como dice el mismo Fray Luis,—en que podemos leer y estudiar toda la vida para venir al conocimiento de él, y de la grandeza y hermosura de sus perfecciones, las cuales en estas obras tuyas como en un espejo purísimo resplandecen, y junto con esto nos dan materia de suavísima contemplación, que es el verdadero pasto y mantenimiento de las ánimas.»

Trata la primera parte, de la creación del mundo, para subir por las criaturas al conocimiento del Creador y de sus divinas perfecciones; la segunda, de las excelencias de la fe y religión cristiana; la tercera de la Redención, comprendiendo tres tratados, en los que se declaran las admirables consecuencias de este augusto misterio y las figuras que en los tiempos antiguos representaron la venida y el misterio de Cristo; la cuarta trata de las profecías y la quinta es un sumario de la doctrina expuesta en las cuatro anteriores.

Es la tal obra, dice Valentí, un río caudaloso de sólida y acendrada doctrina y un arsenal de erudición sagrada y profana. Y no solo se acredita el autor de eximio teólogo y filósofo, sino de aventajado naturalista y diligente investigador de los fenómenos físicos, siguiendo las huellas trazadas por los grandes ingenios cristianos, San Ambrosio, San Basilio y Teodoro. La gravedad, grandeza y esplendor del habla castellana, brillan aquí en todo su apogeo y lozanía, reflejándose, principalmente estas cualidades en las partes consagradas á describir las bellezas y primores del universo.

Hermosísima descripción de las maravillas naturales, bajo el aspecto de la armonía providencial, la conceptúa el sapientísimo Menéndez Pelayo, y á su juicio debe citarse como uno de los primeros ensayos de la parte que hoy llamamos *física estética*, aunque

aparezca infestada por todos los errores dependientes del atraso de las ciencias naturales en el siglo xvi. Califica de magnífica la elocuencia del venerable escritor y la considera empapada en un amoroso sentimiento de la naturaleza, muy raro en nuestra literatura y más en la del siglo de oro.

Para dar idea de la condición de este hermoso libro, copiaremos algunos trozos, no escogidos sino tomados al azar.

«Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las criasteis (dirigiéndose al Señor) en número, peso y medida y les hicisteis sus rayas y señalasteis los límites de su jurisdicción. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud; mas todavía reconocen tales criaturas sus fines y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo y comprenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdicción. Mas vos, Señor, sois infinito; no hay cerco que os comprenda, no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra sentencia, porque no los teneis. Sois sobre todo género y sobre toda especie y sobre toda naturaleza criada, porque así como no reconocéis superior, así no teneis jurisdicción determinada. A todo el mundo, que criasteis en tanta grandeza, puede de vuelta por el mar Oceano un hombre mortal. Mas á vos, gran mar Oceano, quién podrá rodear?

Eterno sois en la duración, infinito en la virtud y supremo en la jurisdicción. Ni vuestro ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo; sois ante todo mundo y mandais en el mundo, porque llamais las cosas que no son como á las que son.....

«¿Que es todo este mundo visible sino un espejo que vos, Señor, pusisteis delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura?

Porque, así como en el cielo vos sereis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que os conozcamos á vos. ¿Qué es todo este mundo visible sinó un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribisteis y ofreçisteis á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes para que en él estudiasen todos y conociesen quien vos erais?

¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas sinó unas como letras quebradas é iluminadas que declaren bien el primor y sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadores de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadores de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadores de nuestra ingratitude? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas para que, así, á pedazos, cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad y las bien ordenadas y proveidas vuestra maravillosa providencia.....

«Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es; y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es; y el que, vistas todas estas cosas, no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la

fábrica de su corpezuelo no viésemos en él grandes maravillas? Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues ¿cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿cómo no os alabamos y predicamos? ¿cómo no tenemos corazón entendido para conocer al maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras, ni orejas abiertas para ver lo que nos dice por ellas? Hiere nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas; deleita nuestros entendimientos el artificio y hermosura de ellas; y es tan corto nuestro entendimiento que no sube un grado más arriba para ver allí al hacedor de aquella hermosura y al dador de aquel deleite. Somos como los niños, que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas y jugando con ellas y no leen lo que dicen ni tienen cuenta con lo que significan.» (1)

Al tratar de la muchedumbre de islas repartidas en el mar, describe con suma precisión y exactitud la que, andando los siglos había de ser última morada y primera tumba del gran Napoleón.

«En la navegación que hay—dice—de Portugal á la India Oriental, que son cinco mil leguas de agua, está en medio del gran mar Océano, donde no se halla suelo, una isleta despoblada que se llama Santa Elena, abastecida de dulces aguas, de pescados, de caza y de frutas, que la misma tierra sin labor alguna produce, donde los navegantes descansan y pescan y cazan y se proveen de agua. De esta suerte que ella es como una venta que la divina Providencia deputó para sólo este efecto porque para ninguno otro sirve y el que allí la puso no la había de criar de balde. Y lo que más nos maravilla es cómo se levanta aquel pezón de tierra sobre que está fundada la isla desde

(1) *Símbolo* cit. Parte I. Cap. II.

el abismo profundísimo del agua hasta la cumbre de ella, sin que tantos mares lo hayan consumido y gastado, y además de esto, cómo no siendo esta isleta para con la mar más que una cáscara de nuez, persevera entre tantas ondas y tormentas, entera, sin consumirse ni gastarse nada de ella. ¿Pues quién no adora aquí la omnipotencia y providencia del Criador, que así puede fundar y asegurar lo que quiere?... (1)

Encareciendo las excelencias de la fe, dice con elocuentes expresiones:

«La fe es, como maestro y ayo que nos enseña la manera de vivir. La fe es una candela resplandeciente que alumbra nuestro entendimiento y nos da conocimiento de la verdad. La fe es médico que nos enseña las medicinas con que habemos de curar las dolencias de nuestras almas. La fe es nuestro legislador que nos da leyes de buen vivir, y la que instituye nuestra vida con mandamientos saludables. La fe es como arquitecto y maestro principal de edificio espiritual, el cual declara á los otros oficiales lo que cada uno ha de hacer en su oficio. La fe es el sol de nuestra vida, el cual esclarece las tinieblas de los mortales enseñándoles á donde y por donde han de caminar. La fe es como un adalid que va delante de nosotros descubriendo las celadas de los enemigos y guiándonos por caminos seguros. La fe es alas de la oración con las cuales sube hasta la presencia de Dios y alcanza de él lo que pide.... La fe es para los justos el norte por donde navegan y la carta de marcar por donde se rigen.» (2)

(1) *Ibid.*, Cap. VIII.

(2) De la *Introducción al Símbolo de la fe*, se han hecho las ediciones siguientes: Tres en Salamanca las de 1582 y 1585 por M. Gast, y la de 1588, por Cornelio Bonardo; dos en Barcelona la de 1585 y la de 1877; una en Madrid en 1595 y otra en Amberes en 1572.

Tradújola al italiano Felipe Pigaffeta y al latín Juan Pablo Galucci. También fué traducida al francés por Nicolás Colín. Con el título de *Fides no docet xite* existe una traducción en lengua japonesa impresa con tipos europeos y publicada por los jesuitas del colegio de Arauco.

Además de las importantes obras citadas, publicó Fray Luis de Granada muchos y muy hermosos opúsculos en castellano, tales como los titulados *Tratado de proponer la fe á los infieles*, complemento del *Símbolo de la fe*; *Sermón*, «en que se da aviso, que en las caídas públicas de algunas personas, ni se pierde el crédito de la virtud de los buenos, ni cesa, ni se entibia el buen propósito de los flacos» traducido al italiano y publicado en Roma y en Bergamo; *Instrucción y regla de buen vivir para los que empiezan á servir á Dios, mayormente religiosos*, traducida al francés y publicada en Douci y en París; *Compendio de la doctrina espiritual*, resumen de la expuesta por Fray Luis en todas sus obras, vertido al latín, al francés y al polaco; *Breve memorial y guía de lo que debe hacer el cristiano*; *Diálogo de la Encarnación de Nuestro Señor*, en el que son interlocutores San Ambrosio y San Agustín; *Vida del venerable y apostólico varón Don Fray Bartolomé de los Mártires, del Orden de Santo Domingo, arzobispo y señor de Braga en el reino de Portugal*; *La vida del Padre Maestro Avila*, homenaje de respeto y cariño al que siempre consideró como experto mentor en el difícil arte de la predicación. *Vida*, publicada en la edición de las obras del P. Avila, hecha en Madrid en 1588 por Pedro Madrigal y vertida al francés por el jesuita P. Juan B. Sanjurino; *Vida de Milicia Fernández, portuguesa, gran sierva de Dios*; *Vida de D.^a Elvira de Mendoza, viuda de D. Fernando Martínez Macarenañas, religiosa en el convento de la Anunciación de Nuestra Señora de la villa de Montemar ó Novo*; *Una carta* «escrita al Ilustrísimo patriarca de Antioquía y Arzobispo de Valencia á 18 de Marzo de 1584, en que se contiene la vida milagrosa de Sor María de la Visitación, de la Orden de Santo Domingo, en el convento de la Anunciata en Lisboa»; *Libro de las oraciones y ejercicios de devoción recopilados de di-*

versos y graves autores; *La escala espiritual de San Juan Clímaco*, versión castellana muy esmerada; *Contemptus mundi ó menosprecio del Mundo é Imitación de Cristo*, hermosa traducción de la famosa obra de Kempis; y *La Filomena de San Buenaventura*, opúsculo del seráfico doctor puesto en elegante prosa por Fray Luis.

No menos correctas que las producciones escritas en castellano por el inmortal místico, son las que compuso en lengua portuguesa, el *Compendio de doctrina cristiana* y los *Treize pregações des principaes festas de Christo et da sua Santissima Mãe*.

El *Compendio* es un catecismo sencillo, correcto y comprensivo, escrito á instancias de la reina D.^a Catalina, y las *Treize pregações*, son pláticas doctrinales muy sentidas, destinadas á leerse desde el púlpito.

La hermosa lengua del Lacio fué dominada por Fray Luis, lo mismo que la de Castilla elevada por él á tan grande esplendor.

En la imposibilidad de examinar con detenimiento las producciones del Venerable maestro, no haremos más que dar una sucinta noticia de las que escribió en latín.

Los seis tomos de sermones coleccionados con el título de *Concionum de Tempore* (cuatro tomos) y *Concionum de Sanctis*, comprenden las más hermosas composiciones oratorias del ilustre Maestro.

Pero la mejor obra escrita en latín por el Padre Granada, es la *Rhétoricæ ecclesiasticæ, libri sex*.

Consumado maestro en el arte de la predicación, dice el ya citado Valentí, quiso Fray Luis formular las reglas y preceptos más culminantes de la oratoria Sagrada, para que los predicadores con tal norma y guía recogieran abundante fruto de sus apostólicas tareas, á cuyo fin escribió esta sabia producción, ina-

preciable joya del género didáctico que dedicó á su amada *Eborensis Academiae, virtutum et litterarum altrici*.

Cerdá y Rico elogia la *Retórica* de Fray Luis con las siguientes expresiones: «La *Retórica* de Granada se recomienda sobremanera, ya por la copia de los preceptos, sacados de los más autorizados maestros, ya por la elección de los ejemplos, de suerte que nadie vacila en darle la preferencia sobre las obras de esta clase, de lo cual estaba persuadido San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán á quien no se si llamar más docto que pío, cuando mandó aprenderla á los predicadores sujetos á su jurisdicción.

Menéndez Pelayo, afirma ser la *Retórica* de Fray Luis riquísima en preceptos y en ejemplos, donde amigablemente se dan la mano Ciceron y San Juan Crisóstomo, Virgilio y San Cipriano; libro de paz y concordia entre lo humano y lo divino.»

Esta *Retórica* está traducida al castellano por orden del obispo de Barcelona D. José Climent, que mandó hacer la versión en 1770.

Otra producción notable de Fray Luis es la titulada *Silva locorum qui frequenter in concionibus occurrere solent*.

Dedicóla el autor al Sr. D. Antonio Zapata y Cisneros, canónigo de Toledo, obispo más tarde de Cádiz y Pamplona y Arzobispo de Burgos. El Papa Gregorio XIII, se dignó felicitar á su autor por esta obra que comprende una colección de textos sacados de los santos Padres y principales filósofos, referentes á Dios, á la virtud y á la felicidad, comentados con abundante y selecta erudición, para proporcionar materia y citas á los predicadores.

Collectanea moralis philosophiæ, se titula otra de las obras escritas en latín por el Venerable Granada, y es una copiosa é interesante miscelanea que abraza las sentencias más escogidas que contienen las obras

de Séneca, las que andan diseminadas en los opúsculos morales de Plutarco y los dichos de los más insignes príncipes y filósofos antiguos.

El mérito literario de las obras de Fray Luis de Granada ha sido aquilatado en su justo valor por eximios críticos, siendo uno de los juicios más exactos el hecho por el ilustre Capmany que dice:

Como los escritos de este Venerable Padre son tan diversos, su estilo también se resiente de la materia que trata. De aquí viene que en unas partes se remonta, en otras se abate; en unas se inflama, en otras se enfría, en unas es vehemente, en otras tranquilo; pero en todas fluido, numeroso, fácil y natural. Como el autor escribió sus obras para el provecho espiritual de todas las clases y condiciones de personas, dispuso, así el estilo como la materia; de modo que siendo uno se acomodase á la capacidad y luces de todos. Por esto siempre en sus escritos resplandece, sobre todas las otras virtudes de la elocuencia, la claridad, sencillez y propiedad; así es que, entre tantos y tan variados tratados no se halla una voz forastera, desusada, latinizada ni afectada, con lo que probó que la lengua española tenía ya entonces bastante riqueza en sí misma, sin haber de mendigar las ajenas. Fué singular Fray Luis, sobre todo en el escogimiento de epítetos con que realza poderosamente las ideas y en la pureza y propiedad de la dicción; á lo cual se añade la fuerza y novedad de algunas expresiones y frases que creó su genio ardiente y fecundo como, *almas endiosadas, desalmamiento de los pecadores, sobre-excelente bondad de Dios, amancebados con los vicios, descasados de la virtud*, etc.

El Venerable Maestro Avila había criado, por decirlo así, un lenguaje místico de robusto y subido estilo, y el Venerable Granada lo hermozó, lo retocó con timbres y matices y le dió número, fluidez y grandiosidad en las cláusulas, sin ser hinchadas, afec-

tadas, ni afeminadas. Tuvo también la habilidad de ser grande con la expresión sencilla, y de ocultar el arte, no habiendo casi periodo que carezca de arte. Esto nacía de su facilidad, mas también esta facilidad lo hizo verboso, y la verbosidad redundante, en muchas partes.

A lo menos la facilidad que poseía su incansable pluma de amplificar por todas las circunstancias imaginables un mismo pensamiento, fué ocasión de que cayese algunas veces en un estilo difuso, lánguido y uniforme..... Como Fray Luis siempre fué pródigo del inagotable caudal de su doctrina y caridad, y le parecía que nunca acababa de imprimir en las almas las verdades eternas que predicaba, forzosamente había de derramar en la oración frases y palabras que se repiten muy á menudo ó se diferencian con muy poca variedad.

De esta profusión y abundancia venía la desigualdad ó descaecimiento de la fuerza y calor del estilo en algunos lugares, porque, apurándose la materia desfallece el brio y el interés y los últimos pensamientos, en algún modo amortiguados, han de enervar á los primeros. Entonces es menester recurrir á lugares muy comunes, á frases nuevas, mas no diferentes, á comparaciones y símiles, ya felices, ya triviales, y las más veces no necesarios, á discursos y pruebas contrapuestas entre sí, en que el autor, haciendo la primera parte tiene hecha la segunda, y el lector, leída la una tiene adivinada la otra como el reverso de una moneda corriente.....

Verdad es que Fray Luis, como el principal autor ascético que se proponía en sus escritos hollar la vanidad mundana, y vencer la dureza y rebeldía del pecador, ó enardecer su tibieza en actos de amor de Dios, quería preparar el pasto espiritual para todas las clases y condiciones de hombres, á fin de que todos ellos lo hallasen aderezado al sabor de

su paladar y á la complesión de su estómago y el provecho fuese de esta manera igual á todos.

A pesar de estas imperfecciones, si tal nombre merecen, fué el Venerable Fray Luis colocado á la cabeza de los españoles elocuentes del siglo xvi, y como tal debe también venerarlo el presente. Es en la clase de los místicos, lo que el célebre Bossuet entre los oradores; un solo primor de estos grandes escritores borra veinte defectos.

Jamás autor alguno ascético ha hablado de Dios con tanta dignidad y alteza como Granada, quien parece descubre á sus lectores las entrañas de la divinidad y la secreta profundidad de sus designios y el insondable piélago de sus perfecciones. El altísimo anda en sus discursos como anda en el universo, dando á todas sus partes vida y movimiento. Cuando se coloca entre Dios y el hombre, esto es, cuando pinta nuestra fragilidad y miseria en contraposición de su omnipotencia y misericordia, cuando encarece su infinito amor, y nuestra ingratitud y rebeldía, es grande, sublime, incomparable. ¿Quién ha hablado con más energía que él de las vanidades del mundo y de las amarguras del moribundo? De la fealdad del pecado y de la hermosura de la virtud, de la brevedad y miseria de esta vida mortal y de los deleites eternos de la celestial bienaventuranza? Al paso que muestra la pompa de la lengua castellana, ¿cómo esfuerza el tono de la verdad y de sus profundos sentimientos? No solo vemos un estilo claro, terso, lleno y numeroso, sino también locuciones de dulcísima elegancia, imágenes magníficas y sublimes y una dicción siempre pura, castiza y escogida. Su elocuencia es muy parecida á la de Crisóstomo; en ambos se advierte la misma facilidad, la misma claridad y la misma riqueza y abundancia de expresiones.

Fray Luis en sus primeros años aprendió el arte de la Retórica, estudiando sus principios con gran

aprovechamiento, pues no dejó orador de la antigüedad cuyo espíritu no bebiese, especialmente el de Cicerón que se acomodaba más á su genio. Armado de todos los preceptos del arte y de los mejores ejemplos del bien decir, trazó sus doctrinas en las mismas obras de los Santos Padres y en las Sagradas Escrituras en que fué muy consumado.

La principal gloria del Venerable Granada, dice por su parte un ilustre escritor contemporáneo, se cifra en ser el primero que desplegó toda la abundancia, energía y majestad de que era capaz la lengua castellana, el primero que supo elevarla á expresar los más altos objetos que caben en la inteligencia humana. Ninguno le aventaja en la pureza, sino que parece que él remató la obra de acrisolar todas las voces y locuciones, en la cual otros escritores habían entendido, y en la propiedad no tuvo modelo.

Quien lea con alguna atención cualquier trozo de sus escritos, no podrá menos de sentir la pobreza á que nuestra lengua ha venido; tantos serán los vocablos que á cada paso le sorprenderán por su acepción átrevida, nueva y la más adecuada.

También aquellos nombres que un estilo noble no admite sin repugnancia, merced al talento de Granada encuentran buen lugar en el suyo, que es de los más nobles y magníficos; y pues la propiedad está tan íntimamente unida con la energía, no es extraño que sus palabras sean casi siempre las más expresivas. Con sus escritos comenzó la España á leer repartido el pensamiento en aquella serie de cláusulas llenas, sonorás y rotundas y ciertamente de entonces ha de datar la elegancia de este arte. Sostiénelas una armonía, ya dulcísima, ya numerosa y valiente, y si el oído se va tras esa nueva música de la frase, la fantasía se ceba con placer en las variadas y magníficas imágenes, en los giros nuevos y osados, y en los adornos con que los enriquece.

Por esto es mucho más de admirar cómo no le abandona nunca aquella claridad tan perspicua en que no tiene rival, y aquella sencillez que, en los más de los trozos disfraza el arte y seduce al que lee. Es, en fin, la prosa del Maestro Granada, clara, fácil, hermosa, rica, variada, llena y numerosa; noble y grave las más de las veces; sencilla, cuando importa; vehemente y animadísima, cuando el celo y el fervor la animan; enérgica para calificar; levantada y sublime á proporción de los asuntos; y siempre dechado de propiedad y de pureza. Y si cabe decir cuál de todas sus cualidades le distingue de los pocos autores que pueden parangonársele, ésta parece debería ser aquel tono vigoroso suyo, aquella robustez á veces sostenida, á trueque de rayar en áspera, y cierta severidad en no torcer jamás el sentido de las palabras, por no dejar de llamar las cosas con su nombre más verdadero. Á la verdad, si bien su pluma corre fácil y dulcísima en las pinturas de objetos blandos y apacibles, al parecer está más bien hallado con los asuntos terribles, cuyas circunstancias de mayor espanto y congoja sabe desentrañar con cierta entereza y detención casi obstinada. En sus tres obras *Guía de pecadores*, *Libro de la Oración y Meditación*, y la *Introducción al Símbolo de la fe*, resultan más que en todas las demás estas dotes suyas, y cabalmente á esto agregan la ventaja de su materia, que es lo más excelente y casi el fondo de cuanto él compuso. ¿Extrañarémos que su prosa ofrezca no pocos lunares, sabiendo cuán sin interrupción escribía, y cuán diversos asuntos? Si en alguno de nuestros autores saltan á los ojos las razones de sus lunares, las obras del Venerable Maestro traen en su número, en su fin y en su contenido su propia defensa. De su extremada facilidad se le originaron á veces prolijidad, uniformidad y languidez; su facundia hizo de cuando en cuando lugar á la desigualdad de estilo, para lo cual no fué poca parte el fuego de

su celo que debía ser quisquilloso sobre la completa expresión del pensamiento; de todo esto junto procedió en muchos pasajes una verbosidad, que enerva lo dicho antes, y borra del corazón del lector gran parte de las impresiones más recientes. De aquí aquel clausal á veces monótono y sosegado, y más abundante en sonidos y en voces que en nuevos conceptos; de aquí las demasiadas comparaciones, las metáforas comunes, las repeticiones no motivadas, las antítesis ó rebuscadas ó triviales, las ampliaciones cansadas ó inútiles, las declaraciones prolijas ó afectadas, las digresiones frías é inoportunas, los cambios de tono y de estilo bruscos y repugnantes, y el que ni toda su afluencia ni su facilidad basten á encubrir el artificio de tales pasajes. «A pesar de estas imperfecciones (si tal nombre merecen), fué el venerable Fray Luis colocado á la cabeza de los españoles elocuentes del siglo xvi, y como tal debe también venerarlo el presente.»

Gil de Zárate en su *Manual de Literatura*, Ticknor en su *Historia de la Literatura Española*, Menéndez Pelayo en su *Historia de las Ideas estéticas*, Milá y Fontanals en sus *Principios de Literatura general y española*, el distinguido arabista Simonet, en su estudio *Fray Luis de Granada como orador perfecto*, y otros muchos comentadores y críticos, cuyos nombres sería prolijo enumerar, prodigan toda suerte de elogios al autor del *Guía de pecadores*, considerándolo como el más eximio, entre los escritores místicos de España.

Para cerrar con llave de oro este capítulo, queremos trasladar á continuación algunos párrafos del discurso admirable que en elogio del Venerable Granada, leyó en la Academia Española uno de nuestros más elocuentes oradores, el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, discurso que puede considerarse como el compendio dignísimo de todas las alabanzas que han sido tributadas al insigne místico.

«El hombre—dice—que Diogenes buscaba á la debil luz de su linterna en las clásicas ciudades de la antigüedad y que Pilato enseñó por fin al género humano coronado de espinas, aquel que, vencedor de los demás y de sí mismo, llevando resignado la Cruz y dando paz á todas las gentes, pasó haciendo bien sobre la tierra con rumbo á su patria celestial, adonde le llamaba su destino, es el ideal que inspira la sublime elocuencia de Granada; realizarlo es el único afán del orador y su única recompensa.

»Por eso pudo escribir algo de lo que yo he intentado demostraros en este discurso: que no conocía «nada más alto ni mayor que el fin de la elocuencia sagrada.»

»Para alcanzarlo, es verdad, llama á las puertas de Cicerón, al mismo tiempo que á las de la inspiración cristiana; roba del cielo el fuego creador, y toma del arte hasta los ápices de Quintiliano; pero después de enriquecerse con los despojos del agora y del foro, después de agotar la sed de su espíritu investigador en las cuatro fuentes de su saber, que son la Biblia y la *Suma*, la clásica antigüedad y la riente naturaleza, se postra á los pies del Crucifijo, el libro que señaló Santo Tomás á los que le preguntaron por las fuentes de su sabiduría; y después de tomar en aquella Cátedra sagrada la luz y el fuego de su inspiración, escribe estas palabras, que son la síntesis de su retórica, y en las que nos enseña que el buen predicador debe buscar; «no su gloria, sino la de su Señor, y la salud de sus almas,» «más con oraciones que con sermones, más con lágrimas que con letras, más con lamentos que con palabras, y más con ejemplos de virtudes que con las reglas de los retóricos.»

»Y este es el verdadero secreto de su elocuencia, la explicación de los triunfos maravillosos; y si Fray Luis Patillo de la Mesa pudo decir de Granada que, «no sólo fué Santo, sino que hizo con sus escritos mu-

chos Santos,» fué porque puso en práctica constante la ley irreductible y suprema de la retórica sagrada: «No predicarse á sí mismo sino á Jesucristo crucificado.»

«Entonces, cerrada el alma á toda distracción de los sentidos, sorda á todo clamor del amor propio, entregada á las iluminaciones de la fe y á los espasmos del amor, el orador cristiano, conforme al consejo que de Avila tomó Granada, cuyo fundamento nos demostró Santo Tomás y cuya fórmula nos dió con sublime sencillez San Pablo, clava en el corazón del auditorio la Cruz, levanta como un astro en medio de las tinieblas del mundo el llagado cuerpo de Dios, y despliega á los ojos atónitos de la humanidad el ideal eterno del hombre.....»

«Aquel fraile mendicante, que, atento sólo á la gloria de Dios y á la salvación de las almas, no salió de su celda mas que para subir al púlpito, vió las muchedumbres arremolinadas á su alrededor, para recoger, sedientas, el rocío de su palabra; vió á los príncipes y á los reyes arrodillados á sus pies para pedirle dirección y consejo; los Pontífices le escribieron á ruego de los santos más ilustres de la cristiandad para darle alabanzas por sus escritos; le aplaudieron las Ordenes y le ensalzaron las Universidades; tuvo que rechazar con tesón dignidades, mitras y capelos; sus obras, publicadas cien veces, se tradujeron á las lenguas sabias de la antigüedad, á todas las modernas de Europa y hasta á las más bárbaras del Oriente; ganosos de contemplar su rostro y su figura, vinieron en hábito de peregrinos muchedumbre de gentes á Lisboa, con el sólo fin de visitarle, como se apresuró á hacerlo á su entrada triunfante en Portugal Felipe II, como también lo hicieron el gran duque de Alba y el invencible Andres Doria, y como de si propia afirma Santa Teresa, que no lo hubiera dejado de hacer *por ningún trabajo, si se sufriera conforme á su estado y ser mujer.*

»Calculad, pues, Señores, cuánta sería su elocuencia para granjearse en vida tanta fama en un siglo y en un país en que la santidad, la ciencia, el genio artístico y literario eran cosa casi ordinaria y común, y en que, ocupados en las más árduas empresas, teníamos como distraída la atención con el espectáculo de las más gloriosas hazañas.

»Harto lo dicen los elogios con que la Historia pregonaba su valer, el llanto que derramó la Cristianidad sobre su tumba, el entusiasmo con que encarece su memoria la Patria. Su Orden lo enumera entre los mayores discípulos del Angel de las Escuelas; el Renacimiento lo apellidó su Cicerón; Fray Luis de León dió testimonio á Arias Montano de que Granada había recibido de Dios el don sobrenatural de la elocuencia; la Iglesia calificó de milagrosos sus escritos, y la voz de la posteridad le confirmó en el título que le expidieron sus contemporáneos, dándole el nombre, glorioso sobre todo nombre, de *Angel de la Elocuencia Cristiana.*»

CAPÍTULO VIII

Santa Teresa de Jesús.—Su vida y sus obras.

¡Qué figura tan interesante la de aquella Santa virgen de Avila! Honra de España, gloria de la Iglesia, admiración de propios y envidia de extraños. ¡Qué hermosa, qué santa, qué sublime aparece la mística doctora en la historia de su orden, en la historia de nuestra literatura, en los anales donde la fama inscribe con su pluma de oro los nombres destinados á memoria perdurable!

De energías varoniles, de alma templada para las grandes empresas, de inteligencia clara para la concepción de singulares empeños, de actividad incansable para la realización de extraordinarios proyectos, de constancia inquebrantable para vencer los mayores obstáculos, de santo desenfado para despreciar dignamente las calumnias de sus enemigos, de talento superior para pensar, de corazón único para sentir, no hay en la historia de las mujeres célebres ninguna que supere á esta española ilustre.

En la literatura mística es un astro de primera magnitud. Entre todos los escritores místicos, ella es la primera en la expresión de los más tiernos afectos. ¡Y cómo no si su corazón, inflamado por el fuego del amor divino, era el inspirador de sus obras inmortales!

Nadie ha sentido el amor en lo que de santo y sublime tiene aquella pasión, como nuestra mística doctora.

Salvo la Inmaculada Virgen Madre, nadie amó al divino Maestro con los afectos entrañables de la seráfica española.

En aquellos arrobamientos, en los cuales se transfiguraba el rostro de la Santa, inundado de una belleza extraordinaria, en aquellos deliquios inefables en los que el corazón de la virgen se inflama á los impulsos del amor, y el alma se eleva á las regiones extraterrenas para identificarse con el objeto amado, en aquellos coloquios mentales de la esposa con el esposo, ¡qué hermosa aparece nuestra santa entre rompieses de gloria que lo embellecen, olvidada de las fatigas anejas á su vida terrena y más cerca de la perdurable gloria que de las miserias humanas!

Amar con todo el desinterés posible, y amar gozando con las bondades del objeto amado, puede ser un amor santo y bendito; pero amar, como nuestra Teresa de Jesús hasta el deseo insaciable de padecer

por el amado, buscar el goce en el sufrimiento, implorar como favor el padecimiento ó la muerte, *vel pati vel mori*, es ya el amor sublime, el amor de las almas singulares y de los corazones extraordinarios.

Quien no sepa gozar con el sufrimiento, quien no encuentre en el mismo dolor que provenga del sujeto amado, mucho de satisfacción por ser la causa de quien es, no habrá gustado los últimos extremos del verdadero amor.

¡Si en el amor de la tierra sucede, que ha de acontecer en el amor del cielo! Si es grato padecer por la persona amada, cuando esta es una criatura mortal, que ha de suceder cuando sea la belleza increada, la bondad absoluta y el bien infinito!

Pero es necesario para llegar á estos refinamientos del amor, poseer un alma y un corazón como los de Santa Teresa de Jesús.

Ella amó de tal manera que bien podía llamarse locura de amor el afecto que sentía hacia su celestial Esposo.

Santa locura que inspiró las obras hoy admiradas, como singulares joyas de nuestra literatura:

El día 12 de Marzo de 1515 vió la luz del mundo en la antiquísima ciudad de Avila, la que había de ser asombro de su tiempo y gloria de su patria.

Sus padres, Alfonso Sánchez de Cepeda y Beatriz de Ahumada eran castellanos de pura casta que es lo mismo que decir católicos á macha martillo y así educaron á sus muchos hijos, y á Teresa entre ellos, en los más sanos principios de la moral cristiana.

«Era mi padre—dice la misma Santa en la *Historia de su vida*—hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados, tanto que jamás se pudo acabar con él, tuviere esclavos porque los avía gran piedad y estando una vez en casa una de un su hermano le regalaba como á sus hijos.... Era de gran verdad; jamás nadie le oyó

jurar, ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad, con ser de harta hermosura jamás se entendió que diere ocasion á que ella hacia caso de ella»

Desde luego, leyendo la vida de la Santa, escrita por ella misma, pueden admirarse las bellezas inapreciables de su estilo.

¡Con qué sencillez y verdad describe las relevantes cualidades de sus padres, y todas las vicisitudes de sus primeros años!

«Eramos tres hermanas y nueve hermanos: todos parecieron á sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, sino fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios, parece tenía alguna razón porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado y cuan mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios. Tenia uno casi de mi edad que era el que yo más queria, aunque á todos tenía gran amor y ellos á mí: juntámonos entrambos á leer vidas de Santos. Como via los martirios que por Dios los Santos pasaban, parecíame cómpraban muy barato el ir á gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leia haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano á tratar que medio habria para esto. Concertábamos irnos á tierra de Moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos descabezasen; y pareceme que nos daba el Señor animo en tan tierna edad si viéramos algun medio, sino que el tener padres nos parecia el mayor embrazo.....»

De esta suerte sigue narrando los entretenimientos de sus primeros años, sus juegos y sus gustos, precursores de su vida santa, su apartamiento momentáneo

de las santas prácticas por la lectura de libros de caballería y el trato con amigas enamoradas de los halagos del mundo, su entrada en un convento de Agustinas de Avila, siendo todavía muy niña y después de haber perdido á su madre.

Y, á propósito de este incidente de la vida de la santa, dice ella misma en su *Vida*:

«Acuérdomé que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos: como yo comencé á entender lo que habia perdido, afligida fuime á una imagen de Nuestra Señora y supliquéla, fuese mi madre, con muchas lágrimas.»

No puede darse sentimiento expresado más gráfica y tiernamente. Con cuatro palabras manifiesta todo el inmenso dolor de su corazón en trance tan amargo y no necesita decir más para hacer sentir toda la aflicción que pesaba sobre ella.

Y así como en este pasaje de su *Vida*, en todos sus escritos puede notarse la misma gráfica concisión y propiedad.

Santa Teresa, es, en nuestro concepto, la primera entre todos los escritores místicos, en lo de expresar el pensamiento con claridad y sencillez incomparables.

A veces, con una frase dice más que otros con un discurso. Habla, por ejemplo, de cuando salió de su casa para entrar en el convento y dice «no creo será más el sentimiento cuando me muera; *porque me parece cada hueso se me apartaba por sí.*»

Nótese la fuerza de la expresión y dígase si es posible exteriorizar un pensamiento con más energía y propiedad.

Luego veremos que en todas sus obras brilla la misma claridad de su singular estilo.

Monja profesa en la Encarnación de Carmelitas de Avila desde el 2 de Noviembre de 1536, pronto comenzó á admirar por sus virtudes y por sus talentos.

En 1540 emprendió la reforma de su orden, ardua tarea en la que gastó todas sus energías, pero de la que salió triunfante á pesar de los muchos enemigos que se oponían á sus empeños. Ayudada por su confesor San Juan de la Cruz, fundó dieciseis conventos de frailes y catorce de monjas, obra verdaderamente asombrosa que apenas se concibe pudiera ser realizada por una debil mujer.

Aquella *fémima inquieta andariega*, como la llamaba el Nuncio del Papa en Madrid, supo vencer todas las dificultades que por delante se le pusieron y salvar todos los obstáculos que se le presentaron hasta dar cima á su empresa.

Fatigada por una vida tan agitada como la suya, entregó su alma al Señor en Alba de Tormes el día 4 de Octubre de 1582.

Las obras que dejó escritas son las siguientes:

I. *Misericordia del Señor*, con su vida, escrita en 1561 por mandato de su confesor el P. Ibañez.

II. *De las constituciones*, en 1564. El original de esta obra se guardaba en el archivo general de los Carmelitas Descalzos de Madrid.

III. *El camino de la perfección*, en 1565. Es complemento de la anterior. En el Escorial se conserva una copia de puño y letra de la Santa.

IV. *Conceptos de amor divino*, en 1566. De esta obra existen copias en el convento de Alba de Tormes y en la Biblioteca Nacional.

V. *Exclamaciones del alma á Dios*, en 1569, parte de cuyo original se encuentra en las Carmelitas de Granada y otra parte en las de Santa Ana de Madrid.

VI. *Relaciones de su vida á sus directores*, en 1571, de la cual hay publicado un fragmento con el título de *Adiciones*, por Fray Luis de Leon y guardan copias los conventos de San José de Avila y de Carmelitas Descalzos de Toledo.

VII. *De las fundaciones*, 1573, cuyo original se conserva en el Escorial.

VIII. *El castillo interior ó las Moradas*, en 1577, empezada en Toledo y concluida en Avila, por consejo del P. Gracian, de la cual se hallan el original en Sevilla y dos copias en la Biblioteca Nacional.

IX. *Tratado de los avisos*, en 1580, enviada por su autora al Arzobispo de Evora, que lo mandó imprimir á principios de 1583, con el *Camino de la perfección*.

X. *Modo de visitar los conventos*, en 1581, por ruegos del P. Gracian cuando le eligieron Provincial de su orden.

Compuso además poesías muy tiernas y muchas cartas admirables que fueron comentadas por el venerable D. Juan de Palafox, en Zaragoza en 1658 y que serán siempre el encanto de los aficionados al habla castellana y á la buena literatura.

Dicen algunos biógrafos de la Santa que siendo aun niña escribió en colaboración de su hermano Rodrigo, un libro de caballería «con tanta elegancia y sutileza, siguiendo el método, ficciones y términos que suelen practicarse en tales obras que admiró á cuantos la leyeron», según afirma el P. Rivera.

La primera edición completa de las obras de Santa Teresa la hizo en Bruselas el año 1675, el general de los Carmelitas, Fray Diego de la Concepción que la dedicó á la Reina de España.

Después se han publicado innumerables ediciones ya juntas, ya separadas de cada una de las obras imperecederas de la Santa.

El mejor elogio de la Santa y de sus obras lo hizo ya una lumbrera, un verdadero génio contemporáneo de la reformadora del Carmelo.

Nos referimos al inmortal Fray Luis de León, censor de los libros de Santa Teresa que escribía á las

Madres Carmelitas Descalzas de Madrid, aquella carta que entre otras cosas dice:

«Yo no conocí ni ví á la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, mas ahora que vive en el cielo la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí que son sus hijos y sus libros; que á mi juicio son también testigos fieles y mayores de toda excepción de su grave virtud. . . .

á lo que yo puedo juzgar quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en las muchedumbres de los infieles que le siguen y en la porfía de tantos pueblos de herejes que hay en sus partes y en los muchos vicios de los fieles que son de su vando para envilecerle y para hacer burla del, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre y sola que le desafiase y levantase bandera contra el y hiciese publicamente gente que le vendía y huella, y queso, sin duda para demostración de lo mucho que puede en esta edad; adonde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos y ordenase las costumbres de muchos que cada día crecen para reparar estas quiebras. . . .

Sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo porque en la alteza de las cosas que trata (en sus libros) y en la delicadeza y claridad con que las trata excede, á muchos ingenios y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafiada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritora que á ella se iguale. Y así siempre que los leo me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que

oigo y no dudo que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares y que le regía la pluma y la mano que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. (1)

Fray Luis de León, uno de los mayores ingenios de nuestra literatura, hace en pocas palabras la completa apología de los libros de Santa Teresa.

«Pureza y facilidad del estilo,» «gracia y buena compostura de las palabras,» «elegancia desatejada que deleita en extremo» son, en efecto, las características de los escritos de la Santa.

Su mejor libro, sin duda, es el titulado *Las Moradas*, modelo de perfección en el cual «llega á su colmo el milagro ascendente de su estilo,» según feliz expresión del eminente crítico D. Juan Valera.

Escrito á los sesenta y dos años de edad, maltratada la mística doctora, por las penitencias, agobiada por enfermedades crónicas, medio paralítica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confiscada en un convento, harto pobre, después de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos, parecen *Las Moradas* producto de un ingenio viril en toda la plenitud de la vida.

Y es que el alma de la Santa escritora era siempre la misma; templada en los refinamientos del amor divino, desligada, en los arrobamientos, de toda envoltura carnal, allá se elevaba á las regiones de lo supra-sensible, y, tras aquellos admirables coloquios con el Esposo, volvía fortalecida con ánimo sobrenatural para vencer las miserias de la carne y seguir la obra emprendida acá en la tierra para ganar eternas delicias del cielo.

(1) Carta que aparece á la cabeza de una de las primeras ediciones de las obras de la Santa. La edición que tenemos á la vista es del año 1587, y contiene *La Vida de la Santa*, *El Camino de la Perfección* y *Las Moradas*.

«Pocas cosas que me ha mandado la obediencia, dice la Santa en el prólogo de *Las Moradas*, se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración; lo uno porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo; lo otro por tener la cabeza tres meses ha con un ruido y flaqueza tan grande que á los negocios forzosos escribo con pena; mas entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, la voluntad se determina á hacerlo de muy buena gana

. Dicho me han quien me mandó escribir que como estas monjas destos monasterios de nuestra Señora del Carmen tienen necesidad de quien algunas dudas de oración las declara que les parecía que mejor se enfunden el language unas mujeres de otras y que con el amor que me tienen les haría más al caso lo que yo les digese y que tienen entendido por esta causa será de alguna importancia, si se acierta á decir alguna cosa. Por esto iré hablando con ellas en lo que escribiere y porque parece desatino pensar que puede hacer al caso á otras personas.»

Bien quisiéramos analizar las innumerables bellezas que contienen *Las Moradas* de Santa Teresa, pero habríamos de emplear para eso un volumen mayor que el que nos hemos propuesto escribir.

Las cartas de Santa Teresa son las mejores que se conocen en todos los epistolarios de todas las literaturas.

De gallardía de lenguaje, al propio tiempo que de vigorosa expresión, se encuentran á cada paso acabados modelos en las cartas de la gran escritora.

Al referir al P. Gracián, la gratísima impresión que le ha producido la visita de su madre en Toledo, exclama «tan conocidas estábamos como si toda la vida nos hubiesemos tratado», añadiendo luego:

«En gracia me cay decir Vuestra paternidad que

la abriese el velo: parece que no me conoce: ¡quisierale yo abrir las entrañas!»

¡Qué hermoso es esto! Diríase que al través de estas palabras de la Santa se ve su corazón purísimo, sencillo como el de una niña y sensible á los afectos más tiernos como el de una mujer apasionada con la pasión de los más sanos deseos.

Y en otra carta á sus hermanas del convento de Sevilla:

«Oh que deseos tengo que les den el agua! Tanto lo querría que no lo creo.»

Este espíritu de orden y concierto, este puntualizar las cosas sujetándolas á la debida disciplina y á la justa proporción que entre sí deben guardar como ordenadas y dirigidas todas á un mismo fin, tan característico en la gran Santa española y que resulta como en ninguna de sus obras en las *Fundaciones* y en las *Cartas*, dan á estas un valor inapreciable para cuantos quieran estudiar en monumentos fidedignos la vida religiosa y aun muchos aspectos de la vida social, en la segunda mitad del siglo xvi.

La lengua castellana se enriqueció espléndidamente con los escritos de nuestra Santa. Sus obras quedarán siempre como escogidos modelos de lenguaje castizo. Muchas incorrecciones tiene, muchos descuidos en la forma, mucho desaliño, algunas veces, y con todo nadie, ni antes ni después de ella, ha escrito tan en castellano puro.

Ya no es el lenguaje místico creado por el Venerable Juan de Avila, el que emplea la Santa reormadora. Empleándolo con más propiedad, dando á la frase flexibilidades que nadie ha sabido imitar, no hay entre nuestros clásicos ninguno que haya superado á Santa Teresa.

Los hay más correctos, no más castizos.

Por algo es Santa Teresa de Jesús la mujer más española, si cabe la frase, de todos los siglos.

Entre los místicos Santa Teresa tiene su significación propia. Sus libros no son tan profundos como los de Fray Luis de Granada ó los del Padre Avila, ni tan correctos como los de Fray Luis de León, pero á todos aventajan en la expresión de los puros pensamientos nacidos en los éxtasis del amor divino.

Si todos los místicos escribieron razonando concienzudamente sus pensamientos, no parece sino que la inmortal Virgen de Avila escribía dando ancho campo á los impulsos de su corazón amante, impregnado de la divina esencia de un querer más grande que el que tuvo la Magdalena á su Maestro y solo comparable, como indicamos al principio de este capítulo, al amor inefable de la Virgen de Nazareth al Verbo encarnado.

CAPÍTULO IX

Fray Luis de León.—Fray Juan de los Angeles

Una de las glorias más preciadas de nuestra patria es indudablemente el sabio Fray Luis de León.

«Búsqese un hombre, dice uno de sus apologistas, á quien ni la prosperidad levante, ni las desgracias depriman; en saber, sabio; en el obrar, severo; en el emprender atrevido; tierno para sentir, con todas las dotes de un hombre grande por el espíritu; de corazón fuerte, que no ha pensado para que se le imite, por haber cosas tan hondas que no se imitan; que ha escrito para admiración de todos, ya que no para formar escuela, y producido tan grandes obras, cuyas bellezas apenas alcanzará el mejor ingenio, y se tendrá una idea de Fray Luis de León, teólogo eminente, esclarecido literato, poeta insigne, y el primer es-

critor vulgar que dió á nuestro romance la entonación, número y hermosura de una lengua tan rica.»

Maestro en la elocuencia sagrada; comparte con Fray Luis de Granada y con el Venerable Juan de Avila la gloria de haber sido la admiración de sus contemporáneos.

Como poeta lírico es con mucha ventaja el primero de todos los españoles. Sus odas se recitan como depurados modelos en todas las cátedras de Retórica y son la admiración y el encanto de todos los hombres de letras.

Educado en la religión estrecha de su Orden y conociendo los mejores modelos de todas las literaturas, tuvo Fray Luis el talento de dar á la idea cristiana de todas sus composiciones, la forma clásica más acabada.

Erale familiar—dice el ya en otro capítulo citado señor Valentí—el espíritu de la poesía hebráica y de la griega y latina y había saboreado los altos conceptos de la mística cristiana en sus más genuinos representantes. De ahí la pureza y sobriedad de la frase, nunca igualadas, comparadas solo á las del poeta Venusino; de ahí la alteza y excelsitud de su pensamiento, encumbrado siempre á regiones suprasensibles, y cuando no, á las esferas donde lucen la naturaleza y el arte sus joyeles y primores, solo accesibles á la penetrante é íntima mirada del varón no contaminado con los goces de la materia.

Las poesías de Fray Luis de León atraen y cautivan, hechizan y enamoran, seducen y embelesan.

Nadie cantó como él la paz del alma, el sosiego del retiro, la apacible vida del campo, las excelencias de la virtud, y la aspiración á una vida mejor; pocos lograron mirar cual él los sucesos de la vida, tales como se verían desde los umbrales de la eternidad, y comunicar á todos los lectores algo de aquel sabor celeste que hallaba en las bellezas terrenales. La negli-

gencia y prosaismo en que rara vez incurre, hijos de la indiferencia con que atendía á su gloria, prueban que el efecto de sus poesías se debe á su espíritu íntimo más que á la expresión. Cervantes confiesa «que reverencia, adora y sigue» á este poeta.

Fray Luis de León, como todos los grandes escritores, no tuvo ni puede tener imitadores. Su estilo propio no puede reproducirse en autor ninguno.

Es su estilo, como él dice de las aves, *un cantar sabroso no aprendido*; su sencillez que se junta y hermana con la sublimidad, es verdaderamente inimitable y encantadora. Parece, en ocasiones—dice el autor de la *Apología sobre la Exposición del Libro de Job*—que sus palabras van derechas al alma sin pasar por el oído y que el lenguaje se despoja de todo lo que tiene de material para ser expresión purísima del espíritu.

Nadie como él comprendió la excelencia de la poesía, del arte divino que el Marqués de Santillana, consideraba *fingimiento de cosas útiles cubiertas con muy hermosa cobertera*, y que Horacio creía destinado á cantar los héroes, los atletas, los ardores juveniles y hasta las intemperancias de la embriaguéz. Para Fray Luis de León, la poesía es mucho más y más noble realidad; es *cosa santa, comunicación del aliento celestial y divino inspirado por Dios á los hombres para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo de donde procede*.

Con ser poeta eminentemente místico no es la etérea y estética de San Juan de la Cruz, ni la angelical de Santa Teresa, llena de gracia femenil aunque irregular é incorrecta; más artística que ellas, es igualmente más humana y se pega más al alma porque es la honda y penetrante poesía del corazón. La nota dominante en esa poesía es el grito de angustia del desterrado y prisionero que se ahoga en la prisión y suspira por la patria, por el aire y por la libertad.

poesía nativa y genuinamente cristiana que lleva profundamente impreso el sello de aquella alma llena de *nostalgia* del Cielo; poesía de perdurable juventud y actualidad impercedera, porque mientras exista el corazón humano, lleno de aspiraciones sublimes, cuya libre expresión aherroje la miserable prosa de la vida, se sentirá en ella desterrado y preso, y palpitará de entusiasmo al recordarle la patria verdadera, la región de la luz, del amor y de la libertad.

Si grande es como poeta Fray Luis de León, no lo es menos como pensador y hombre de ciencia, como místico y como literato y prosador.

El vindicó mejor que nadie la honra de nuestra lengua, *levantándola del decaimiento ordinario* y haciendo gala de su riqueza, de la pompa de sus expresiones y de la rotundidad de sus periodos. De aquí nacen precisamente los lunares que de vez en cuando se le notan. Aquella manera de clausular, tan llena, tan noble y tan rotunda, con que pulía y perfeccionaba esa parte tan principal de la locución española, á veces se prolonga desproporcionadamente y no sin fatiga del oído, del aliento y de la memoria. Aquel recargar los periodos de oraciones incidentales y miembros accesorios, ata y cautiva sobremanera la frase y perjudica á su necesaria agilidad y soltura.

Pero con todo esto no puedé dejar de considerarse como uno de los mejores hablistas del siglo xvi.

Cuando escribe Fray Luis de León, exponiendo el pensamiento ageno, como en la Apología sobre la exposición del *Libro de Job*, en su trabajo sobre el *Cantar de los Cantares*, vese precisado á cortar el vuelo á su imaginación para sujetarse extrictamente á la explanación completa del libro original, y entonces se notan más los pequeños defectos que hemos indicado.

Los Nombres de Cristo son un admirable tratado de teología, libre de sutilezas y puesto al alcance de todo el mundo, sobresaliente por el estilo y tan rico

de ingenio, de imaginación y de doctrina, que el escritor más holgado y más puesto en el goce de toda satisfacción y ventura, hubiera hecho afamado y glorioso.

La perfecta casada es un libro magistral que se leerá siempre con la misma afición mientras se hable el castellano; en él lució Fray Luis de León todas las donosuras de su brillante estilo, haciendo gala de una profundidad pasmosa de pensamiento y de una erudición y una sencillez y claridad admirables por todos conceptos.

La Exposición del Cantar de los Cantares es un sabroso y regalado comentario del divino epitalamio, decorado y enriquecido con las galas y primores de una dicción pulcra, correcta y elegante, llena de gracias y hechizos.

La Exposición del Libro de Job, es un trabajo nutrido de pensamientos profundos y de sentencias de inapreciable valor ascético; un libro obligado texto de consulta para el hombre en su penosa carrera por el mundo; un libro, en fin, que sin los demás bastaría á levantar el pedestal á la fama de su autor.

Un aroma de sano y elevado misticismo, despiden todas las obras de Fray Luis de León y hacen su lectura al par que deleitosa y amena, en sumo grado útil y provechosa.

En ellos se esplaya y regocija soberanamente el alma cristiana y encuentra aliento y fortaleza en sus trabajos, paz en sus luchas y agonías y perdurable consolación y goce en las amarguras del presente destierro.

=

Uno de los místicos menos conocidos de la generalidad de las gentes es sin duda el extremeño Fray Juan de los Angeles. Y ninguno, sin embargo, de la gloriosa pléyade que vamos conociendo, llegó en la

expresión del pensamiento místico, á donde el eximio franciscano.

Su prosa es de lo más castizo que puede darse, su estilo sencillo y suave, sin las enérgicas expresiones de Granada ó de Santa Teresa; su oración, dice gráfica y elegantemente Menéndez Pelayo, «es río de leche y de miel.»

«Confieso—dice este ilustre literato—que Fr. Juan de los Angeles es uno de mis autores predilectos; no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrastrar por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre. Después de los *Nombres de Cristo* que yo pongo en la relación de arte y en la relación filosófica sobre toda nuestra literatura piadosa, no hay libro de devoción que yo lea con más gusto que los *Triumphos del amor de Dios* y los *Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios*, libros donde la erudición profana se casa fácil y amorosamente con la sagrada, libros donde asombra la verdad y la profundidad en el análisis de los afectos; libros que deleitan y regalan por igual al contemplativo, al moralista y al simple literato. Moralista y psicólogos, sobre todo, Fray Juan de los Angeles y es que para él la *disciplina amatoria* que decía el discípulo de Sócrates, abarca toda la moral y toda la psicología: «quien tiene ciencia del amor la tiene del todo bien y mal del hombre, de todos los vicios y virtudes de su felicidad y perdición, y quien esto ignore, dese por ignorante de todo género de bien ó mal que toque al hombre.»

Pero no tratará Fray Juan de los Angeles del amor á secas sino en cuanto es unitivo y fruitivo y en cuanto sirve para enterarnos y ajuntarnos con Dios estrechísimamente. Es, pues, el libro de los *Triumphos*, «un duelo y una lucha de amor, mediante el cual, lucha Dios con el alma y el alma con Dios, y alternativamente se hieren el uno al otro en esta lucha y se captivan, enferman y hacen desfallecer y morir.»

Pero no esperemos solo embriagueces de epitalamio sagrado: Fray Juan de los Angeles procede metódica y rigurosamente y de aquí nace el encanto de claridad y lucidez que hace tan simpáticos sus escritos. Comienza, pues, por un análisis sutil de las facultades del alma, del cual deduce que hay dos diferentes escuelas para ella, una de devoción y afecto, otra de conocimiento é inteligencia «porque la perfección nuestra es doblada y consiste en la virtud y en la ciencia.»

Cuando en la esplanación de la idea del amor llega á tratar Fray Juan de los Angeles de la principal virtud y fuerza que el amor tiene, la cual es mudar y convertir el amante en la cosa amada, no hace más sino «seguir la doctrina del divino contemplativo Dionisio y de Platón en su *Convite de amor*, porque entre todos los que de esta materia hablaron, con justo título llevan la palma.» A estas autoridades todavía puede añadir la de San Buenaventura y más aún la de Sabunde, á quien Fray Juan de los Angeles copia largamente sin citarle.

El análisis del amor propio, dice también Menéndez Pelayo, es en Fray Juan de los Angeles una obra maestra de disección espiritual.

Fray Juan de los Angeles es uno de los místicos españoles más directamente influidos por los alemanes; Ruysbroeck sobre todo, que debía ser, aún más que Tauler, uno de sus autores favoritos á juzgar por las muchas veces que le trae á cuanto, puede reclamar larga parte en el pensamiento de los admirables *Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios que está en el centro del alma*, ó en el ápice de la mente, donde nuestro espíritu *se hace infimo con el Summo*.

•Este centro del alma es la simplicísima esencia della, sellada con la imagen de Dios..... sin imágenes de cosas criadas..... Este íntimo desnudo, raso y sin

figuras está elevado sobre todas las cosas criadas y sobre todos los sentidos y fuerzas del ánima y excede al tiempo y al lugar y aquí permanece el alma en una perpetua unión y allegamiento á Dios, principio suyo. Aquí mana una fuente de agua viva que da saltos por la vida eterna..... y da y comunica al cuerpo y al anima una maravillosa pureza y fecundidad.

Si el ingenio oratorio y expansivo de Fray Luis de Granada busca á Dios en el espectáculo de la naturaleza y se dilata en magnificas descripciones de la armonía que reina entre las cosas creadas, el ingenio psicológico de Fray Juan de los Angeles le busca en la silenciosa contemplación del íntimo retraimiento de la mente, á la cual ninguna cosa creada puede henchir ni dar hartura. «Al fin es admirable cópula la que se hace de lo alto de Dios, y de la nada del hombre.»

CAPÍTULO X

Fray Diego de Estella.—Fray Pedro Malón de Chaide.
 —Otros escritores místicos menos notables.—**San Juan de la Cruz.—El P. Nieremberg.**

Otro franciscano ilustre, Fray Diego de Estella, pasa casi desapercibido entre los místicos españoles, no obstante de tener méritos para figurar en primera línea.

Sus *Cien meditaciones del amor divino* son «un braserillo de encendidos afectos,» cuyo poder y eficacia para la oración reconoce y pondera San Francisco de Sales que le imitó mucho en su tratado sobre la misma materia.

No merece tantos elogios el *Tratado de la vanidad del mundo*, donde el estilo seco y desabrido aminora

las bellezas del fondo, muy útil, por los textos y lugares comunes que cita, para todos los predicadores.

Algunas veces casi llega el P. Estella á las esplendideces de estilo del autor del *Símbolo de la fe*, pero pronto cae en el estilo propio, no tan cuidado como el de los grandes maestros.

=

Más importancia que el anterior tiene en la historia de la literatura mística, el agustino Fray Pedro *Malón de Chaide*, tan conocido y respetado mientras vivió en la noble tierra aragonesa y especialmente en las Escuelas de Huesca y Zaragoza.

Su imperecedero libro de la *Conversión de la Magdalena* es verdadera gala de nuestra literatura; «el más brillante, compuesto y arreado, el más alegre y compuesto de nuestra literatura devota; libro que es todo colores vivos y pompas orientales, halago perdurable para los ojos.»

Hablando del amor, dice Malón de Chaide en la parte cuarta de su libro:

«Yo seguiré en lo que digere á los que mejor hablaron desta materia, que son Hermes Trismegisto, Orfeo, Platón y Plotino, y el gran Dionisio Areopagita y algunos de los antiquísimos filósofos, mezclando lo que en la Sagrada Escritura hallare que puede levantar la materia.....

«Tres cosas son las que hacen una cosa digna de ser estimada en mucho.... Estas son la nobleza y antigüedad, la grandeza y el provecho que trae consigo. De suerte que si del amor probásemos nosotros estas tres cosas, habremos salido con harta parte de nuestro designio.»

«Dios, al principio, creó una substancia ó esencia, la cual, en el primer momento de la creación, era informe y oscura

Esta, por haber nacido de Dios, se convierte á él con un apetito nacido con ella misma vuelta á Dios,

es ilustrada con su rayo y resplandor divino. Alumbrada así, se enciende con la refulgencia y reverberación de aquel ravo. Encendido el apetito se asienta todo á Dios y ajustado, se *informa*, porque Dios que todo lo puede parece que pinta en si las ideas ó ejemplares de todas las cosas, y allá por un modo espiritual, están entalladas las perfecciones que vemos en las cosas corporales y á estas especies de todas las cosas concebidas en la suprema mente, llama Platón *ideas*.»

Profundos como ninguno son los pensamientos que sobre la esencia del amor expone Fray Pedro Malón de Chaide, siguiendo en la forma de los párrafos que hemos transcrito.

La fuerza de color es la cualidad predominante en el estilo de Malón de Chaide cuyo *Sermón de la Magdalena* puede ponerse sin desdoro al lado de los libros de Granada y León.

=

No nos detendremos, por más que bien lo merecen, en examinar los trabajos ascéticos de Sto. Tomás de Villanueva, que dejó en su *Sermón del amor de Dios* una muestra singular de la elocuencia sagrada en el siglo xvi; del Beato Alonso de Orozco, autor del tratado *De la suavidad de Dios*, esmaltado de sentencias platónicas; de Cristobal de Fonseca que en su *Tratado del Amor de Dios*, no llegó ni con mucho á donde los anteriormente citados; ni de otros muchos escritores místicos que no podrían dejar de figurar en una historia completa de la Literatura mística en España, pero de los cuales podemos prescindir en nuestro trabajo, puesto que sus obras ya presagian la época de decadencia en que cayó la mística española, inmediatamente después del siglo de Oro.

No pertenecen, ciertamente al número de estos escritores, dos místicos de los que todavía no hemos hablado y de los que ya no podemos tratar con la ex-

tensión que la importancia de sus obras y su significación en la literatura mística merecen.

Es uno de ellos el candoroso San Juan de la Cruz, confesor y compañero de la seráfica doctora de Avila, á la que ayudó en su santa empresa de reformar la orden del Carmelo y á la que tanto se parece en su alma santa y pura y en su corazón tierno y sensible.

San Juan de la Cruz es el místico más místico de de cuantos han escrito. Su prosa como sus composiciones en verso están llenas de incorrecciones, pero son las más ascéticas, las más impregnadas de la esencia de ese amor divino, inspirador de los libros devotos.

El alma pura del Santo parece desligada de toda envoltura carnal cuando se engolfa en la contemplación abstracta del divino Hacedor, inspirador de los delicados conceptos de la *Subida al Monte Carmelo* y de las demás composiciones del Confesor de Santa Teresa.

Maestro en la ciencia de la mística, conocedor de la verdadera teología ascética, desprovista de sutiles é intrincados conceptos, San Juan de la Cruz es el primer escritor de devoción y sus libros más parecen escritos por un ángel que por un hombre.

El P. Eusebio Nieremberg, no pertenece ya al siglo xvi, sus libros son notabilísimos, pero ya no son aquéllos del siglo de oro. Los años, ha dicho elegantemente el ilustre autor de la *Historia de las Ideas estéticas*, no pasan en balde, ni para los individuos, ni para las naciones, y van estampando arrugas en la frente de las literaturas más robustas. Abundancia, espontaneidad y viveza, nadie se las negará al estilo del P. Nieremberg, acaudalado por sus estudios de naturalista, por sus meditaciones de filósofo, por sus experiencias de consejero de almas. Ni dejará de reconocerse tampoco como una de las prendas más señaladas en él y más raras en el grupo de escritores á que

pertenece, la claridad y orden lúcido de las ideas, su fácil encadenamiento y el rigor con que procede en las divisiones, de donde nace que sus obras más efusivas y ardientes, sean, al mismo tiempo, verdaderos tratados en que el calor oratorio no daña á la doctrina filosófica ó moral que se pretende inculcar, de lo cual es notable ejemplo el *Aprecio y estima de la Divina Gracia*, manual de teología *congruista* acomodada á la capacidad de lectores no teólogos, y al mismo tiempo libro de edificación ó de piedad.

Pero, aunque sea el Padre Nierenberg uno de los cinco ó seis grandes prosistas del siglo xvii, y sino el más original de todos ellos el menos infestado por los vicios literarios dominantes, no puede dejar de reparar el gusto más indulgente, cuando pasa la vista por sus mejores libros, en algo que sin ser tan de bulto como el conceptismo de Quevedo, ó como el culteranismo de Gracian, produce, sin embargo, el efecto de bastardear la íntegra pureza del estilo castellano, enervándole y haciéndole languidecer á fuerza de acumulación de frases que no ha de confundirse con la riqueza real y positiva.

Es, por tanto, el P. Nierenberg un prosista elegantísimo, pero recargado, verboso y exhuberante, profuso de palabras más que de ideas, un tanto cuanto *Calológico*, y entre los hilos de oro de su prosa fuera fácil descubrir hojillas de más vil metal, propio para la declamación más que para la legítima elocuencia.

El tratado de la *Hermosura de Dios*, condensa en un solo volúmen, escrito con grandeza de conceptos y de imágenes, todo el conjunto de las doctrinas de Platón, de Aristóteles, de Plotino del pseudo Dionisio, de San Agustín y de los escolásticos, acerca del concepto de la belleza «hurtando (como el mismo autor dice) á los doctores santos sus sentencias, á los escolásticos sus discursos y á los místicos sus palabras.»

Estudia el P. Nieremberg las condiciones de la hermosura que los filósofos señalan para mostrar cómo están todas en Dios de una manera esencial y eminente. Considera primero las que fijan los paripatéticos, después las que señalan los platónicos, últimamente las que marcan los teólogos cristianos y las que se deducen de las mismas perfecciones divinas.

Y con el P. Nieremberg se cierra la lista de los ilustres escritores místicos, comenzada con el nombre del Venerable Beato Juan de Avila.

Después del sabio jesuita, se escribieron muchos libros de devoción, algunos de los cuales merecían seguramente los honores de la crítica, después de haber examinado los de Santa Teresa, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León y Fray Juan de los Angeles; pero aun esos pertenecen ya á la época decadente de la mística que comienza en los primeros años del siglo xvii con los libros del P. Eusebio Nieremberg.

En una historia completa de la literatura mística en España, no podrían dejar de figurar los nombres de algunos escritores del siglo xvii, además del ya citado, pero para el objeto que nosotros nos habíamos propuesto, cumple solo hablar como lo hemos hecho de los escritores insignes del gran siglo de oro de nuestra literatura

CONCLUSIÓN

Hemos terminado el trabajo que nos habíamos propuesto, sinó con la brillantéz que la importancia del asunto merecía, con la buena voluntad que nos impulsó á bosquejar un cuadro, superior á nuestras

fuerzas, ya que muy en armonía con nuestros gustos y aficiones.

No se nos alcanza cómo entre nuestros literatos contemporáneos no hay quien se dedique al estudio de esos hermosos libros de mística que yacen olvidados en los rincones de las bibliotecas, sin que nadie vaya á limpiarles el polvo amontonado sobre sus cubiertas.

Bien es cierto que es arduo empeño el escribir libros para que nadie, ó muy pocos, los lean, pero, así y todo, siendo nuestra literatura mística el florón más preciado de las patrias letras, bien merecía la pena de que álguien, que tuviese alientos y disposición para la empresa, se tomase el trabajo de analizar muchos de esos libros que apenas de nombre se conocen.

En otras partes, un sentimiento de amor patrio dignamente exagerado, lleva á los hombres de letras al estudio detallado de las obras maestras de sus antepasados, llegando muchas veces hasta alambicar el asunto de una manera increíble.

En Alemania, por ejemplo, son innumerables los libros que se han publicado comentando las obras del primero de los literatos de aquella nación, el autor del *Fausto*. (1)

En Inglaterra sucede lo propio con las producciones del inmortal trágico Shakespeare.

Y no digamos nada de Italia con *La Divina Comedia* y el Dante. A la vista tenemos un interesante folleto que acaba de publicarse en Milán y que trata de la interpretación científica de un solo verso del maravilloso poema, *Pape Satan, pape Satan Aleppe*.

Algo se ha hecho en España con el primero de nuestros escritores. Mucho se ha comentado, en efecto, el *Quijote*, pero aun esto ha sido, en ocasiones, siguiendo el ejemplo de literatos extranjeros, enamora-

(1) Sobre este asunto publicó el año pasado un distinguido filósofo español un interesante volúmen con el título de *Goethe*.

dos de ese libro que es nuestro orgullo en todas partes.

Pero hablar de nuestros libros de devoción, juzgar debidamente sobre la literatura mística en España ¿quién piensa en eso?

Si en alguna nación que no fuera la nuestra tuviesen un *Epistolario* como el de Santa Teresa ó unos libros como los de Fray Juan de los Angeles, no serían pocas las plumas que se convertirían en otras tantas trompetas de la Fama para vocear á los cuatro vientos las bellezas incomparables que comentarían con la más digna y mayor de las satisfacciones.

Pero ¿qué hay que esperar de un país donde críticos como Revilla y publicistas como Perojo han discutido si hubo ó no hubo verdadera ciencia española en los siglos XVI y XVII?

Y fué menester que un hombre excepcional, un prodigio de talento y de genio recordase que en España habían nacido y en España habían escrito un Vives y un Suarez y un Fox Morcillo y que estudiando sus libros podría caerse en la cuenta de que realmente era una tontería y ¿por qué no decirlo? una vergüenza ó un crimen de lesa patria el afirmar que no había habido verdadera ciencia española en determinados tiempos.

Y es que somos los españoles de siempre; unas veces por cuestión de carácter, otras veces, las más, por esto y por ignorancia, ponderamos hasta la exageración todo lo ageno y despreciamos hasta el olvido todo lo propio.

No hace muchos días hablábamos de la novela contemporánea con un aficionado muy inteligente (según él) en todo lo que con las letras se relaciona y nos enumeraba las excelencias de la novela francesa y ponía por las nubes á Zola y á Daudet y á los Goncosert y á Bourget (en lo cual hablaba bien, porque realmente son unos maestros) y hasta se extasiaba con el recuerdo de las novelas de Jorge Onhet... y luego

nos decía que no había leído los *Episodios nacionales* de Galdós.

¿Qué nos hubiera contestado el *distinguido* literato, entusiasta de la novela francesa, si le hubiésemos preguntado qué le parecían *Las Moradas* de Sta. Teresa ó los *Triunphos del Amor de Dios* de Fray Juan de los Angeles?

Creer, como algunos, que estos libros místicos, porque son de devoción, sólo para rezar sirven, es el colmo de la ignorancia. Con ser ese el objeto principal y con no darse nada más elevado al espíritu, siguiendo los inspirados pensamientos de los autores místicos, el literato puede estudiar en ellos la época dorada de nuestra habla castellana y notar los progresos de la misma hasta llegar á la castiza dicción de la virgen abulense y á la corrección y energía de un Fray Luis de Granada y un Fray Luis de León.

Aunque sólo fuese por esto, veáse la importancia y utilidad que tendría el estudio crítico de la literatura mística en España.

Ojalá llegue pronto un día en que podamos contar con ese trabajo en la historia de nuestra literatura española.

Por nuestra parte no hemos hecho más que trazar á grandes rasgos las líneas generales de un trabajo que, con más tiempo del que en la actualidad disponemos, podríamos ampliar, sinó de una manera acabada con la extensión y el detenimiento debidos.

Si la lectura de estas páginas impulsase á algún ingenio de los muchos que indudablemente podrían realizar la obra, á emprenderla y á terminarla cumplidamente, nuestros deseos se verían satisfechos y creeríamos entonces que con nuestro modesto libro habíamos hecho una cosa de provecho.

Zaragoza y Agosto de 1894.

FIN

APÉNDICE

Decreto de Beatificación del Maestro Juan de Ávila

LEO PP. XIII.

AD PERPETUAM REI MEMORIAM

Apostolicis operariis quos Evāgelicus Dominus ad vineam suam excolendam providentissime mittit, nullo unquam tempore caruit Ecclesia Dei, et quod Redemptor humani generis discipulis suis salutare praeceptum dedit: "Euntes docete omnes gentes,, illud omni aetate ipsa in Ecclesia ita viguit, ut nunquam in ea strenuissimi desiderati sint Christi administri, qui divinam Sapientiam late populis nuntiarent. Hos inter praestantes supernae veritatis praecones sapientiae simul ac sanctimoniae laude conspicuos, jure recensendus est Venerabilis Dei famulus Joannes de Avila, presbyter saecularis, qui in nobilissima Hispana terra, tot Sanctorum virorum altrice, decemosexto saeculo floruit, et cui propter singularem asceseos tradendae artem Magistri cognomentum adhaesit. Natus est in oppido "Almodovar,, Prioratus Cluniensis die sexta Januarii mensis, An. MD, honesto loco, Alphonso de Avila et Catharina Chicona genitoribus. Mirifica in puerulo virtutis indoles pietatis studio, innocentia vitae, modestia et virtutis custode verecundia inter aequales suos ad exemplum enitebat. In humanitatis ac literarum studiis versatus est diligenter, ac tantos brevi iisdem in liberalibus discipuli-

nis, acris ingenii adolescens, progressus nactus est, ut quatuordecim annos natus Salamantinum Athenaeum ingressus sit. Verum ibi dum sedulam juri operam navaret, arcano Dei munere tactus ac cor sibi loquentis, atque ut superius adscenderet amica voce invitantis, omnia statim quae terram saperent despiciens, studiorum Universitate relicta, paternam repetiit domum, atque in humili et secreto conclavi, poenitentiae ac solitudinis amore ductus, vitam cum Christo in Domino absconditam agere coepit. Quare peculiarem Divini illius Agni, qui inter lilia pascitur, dilectionem quaerens, innocens corpus jejuniis, vigiliis, flagellis compescuit, ingenuam animi simplicitatem morumque candorem omnibus pietatis exercitationibus aluit. Jam tres sesse verterant anni, ex quo Venerabilis Dei famulus Joannes tan asperam vitae rationem susceperat, cum pii cujusdam patris Ordinis S. Francisci Asisiensis adhortationibus permotus, ad studia philosophiae et sacrae theologiae animum adjecit, et ineundi Sacerdotii consilium accipiens, in arduas easdem disceptaciones adeo processit, ut ipsi antecessores, inspectis acuto intellectu, tenaci memoria, atque impigra diligentia, brevi illum Hispaniae totius sapientissimum fore sint ominati. Studiorum curriculo absoluto, ac Sacerdos inunctus, virtutum omnium perfectioni se penitus dedit, et Apostolici ministerii desiderio flagrans, sacras extremos ad Indos expeditiones mente molitus est. Quare patrimonium suum vendit, donatque pauperibus, seque ultro exhibet comitem primo Tlascalensi Antistiti ad Mexicum maritimo itinere solventi. Sed dum Hispali tempestivum ad navigandum mare expectat, Alphonsus Manrique Civitatis illius Archipraesul, ac Supremus Sacrae Hispaniarum Inquisitionis moderator, aegre ferens quod eximiae pietatis ac doctrinae vir, natalem terram desereret, Venerabilem Dei famulum ad se arcessitum, ac frustra renuentem in Hispania jubet

manere. Dicto audiens et ipsius Antistitis votis obsecundans, qui commissi sibi gregis spirituali emolumento prospiciens, cum ad Apostolicos in patria labores exantlandos vocabat, provinciam illam coepit maxime difficilem, in qua multorum operariorum animos gerens quinque et quadraginta annos constantissime desudavit. Et sane Hispalim, Cordubam, Granatam, Astigim, Biatiam, Montiliam aliasque Vandalitiae civitates sacris concionibus lustrat; populum audiendi cupidum et catervatim ad eum confluentem, eloquio disertum, et exemplo sanctitatis ad divinarum rerum studia revocat; ubicumque concionatur christianorum morum laus reviviscit. Videre eram pendente ab ore plebem, dum sacer orator vultu oculisque mirandum in modum emicantibus, acerbis vitia verbis increparet, et modo lacrymas cieret, modo salutare audientium corda timore percelleret. Neque uberes defuere fructus.

Sublatae enim sunt ejus opera similitates non naucae; factionum partes extinctae; non raro inter domesticos parietes restituta pax; vitia saepe inveterata radicitus evulsa; invecta morum integritas, aucta pietas, et aeternae animarum salutis studium excitatum; ac tot tantaeque ad eas regiones utilitates ex sacris ipsius Joannis expeditionibus manarunt, ut jure meritoque Venerabilis Dei famulus de Avila Magister ac Vandalitiae Apostolus habitus dictusque sit. Nec verbo tantum et piis ex suggestu habitis concionibus quae Catholico nomini bene, prospere ac feliciter evenirent curavit, verum etiam operibus, ac typis editis scriptis, ut in via spiritualis perfectionis fidelium animae dirigerentur consuluit. Idcirco solitus erat aegrotos invisere; animam agentibus usque ad extremum spiritum assidere; egenis familiis nec requirentibus opem ferre; solari calamitosos; consilio et opera prout res postularet, proximos quotidie juvare. Conscientiae onus ponentibus, benignas in pia-

culari exedra aures praebibat; ac modo eruditis commentariis Sacras Scripturas ex cathedra illustrabat, modo pueris ac villicis pedestri sermone Catechesim tradebat, et mira in epistolis quas scripsit, sanctimoniae ac sapientiae suae extant documenta. Quum vero aliorum saluti curandae tam sedulo deditus esset, nihil siquidem praetermisit ut perfectionem absolutioremque virtutum quas complexus erat assequeretur, recte judicans seipsum abundare opertere iis omnibus laudibus ad quas excitaret alios, et plus valeret sermonem si confirmaret exemplo. Quamobrem tantam de se famam excitavit, ut Romani Pontifices Decessores Nostri amplissima illi munera commiserint. ac viri eminenter Sancti, quos jamdiu in Coelitum ordinem adscriptos veneratur Ecclesia, ejus consiliis se regi voluerint, Magistrumque appellaverint. Venerabilis enim Dei Servus de Avila, ad honestam primum vitae rationem traductum Sanctum Joannem de Deo, ad perfectionis et sanctimoniae semitam decurredam verbo et exemplo excitavit; Sancto Ignatio Loyolaco usus est familiariter, et in Hispania nascentem Societatem Jesu fovit peramanter. Sanctum Franciscum Borgia ut imperatoris aula relicta illecebris mundi valediceret, hortatus est; denique Santo Petro ab Alcantara et Sanctae Theresiae a Jesu sapientibus monitis ac consiliis praeluxit. Verum dum stola decoris tam splendida indutum, illum Hispania universa tanquam divinae voluntatis oraculum mirabatur annum agens aetatis suae septuagesimum Venerabilis Dei famulus Joannes de Avila apostolicis laboribus, ac diutino morbo contactus, Montiliae die decima Maii mensis anno MDLXIX, placidissimo exitu, cum suavissima Jesu et Mariae nomina intermortuis labiis insiderent, obdormivit in Domino. Cum morte tamen haud periit Venerabilis Servi Dei memoria, corpus quidem conditum sepulchro est, virtutum vero notitiam consequentes etiam aetates acceperunt. Itaque

sanctimoniae fama quam et vivus praeclaram habuerat, major post ejus funera facta est, succrevitque in dies innumeris probata portentis, quae Sancti viri patrocinium gratum Deo acceptumque ostendebant. Quare de ejusdem Venerabilis Dei famuli Beatificationi et Canonizatione in Sacrorum Rituum Congregatione causa agitari coepta est. Praemissis j̄is omnibus actis quae Apostolicae Constitutiones in causis hujusmodi servari jubent, recolendae memoriae Clemens PP. XIII per Decretum sexto idus Februarias anno MDCCLIX datum virtutes quibus vivens ipse Venerabilis Dei Servus inclaruerat heroicum attigisse gradum testatus est. Deinceps in eadem Sacrorum Rituum Congregatione institutum judicium est de miraculis, quae deprecante Ven.

Dei famulo Joanne de Avila a Deo patrata ferebantur, rebusque omnibus severissime ponderatis tria miracula vera atque explorata sunt habita, Nosque per decretum, pridie Idus Novembres superioris anni datum, eorundem veritatem miraculorum declaravimus. Illud supererat nempe, ut Ven Frates Nostris S. R. E. Cardinales Congregationi Sacris tuendis Ritibus praepositi rogarentur, num stante, ut superius dictum est heroicarum virtutum et miraculorum approbatione, tuto procedi posse censerent ad Beatorum honores eidem Dei famulo decernendos; hique in generali conventu IV Calendas Decembres ejusdem anni coram Nobis habito tuto id fieri posee unanimi consensione responderunt. Attamen in tanti momenti re Nostram aperire mentem distulimus, donec fervidis precibus a Patre luminum subsidium posceremus. Quod cum impense fecissemus, tandem Dominica prima Quadragesimae hujus vertentis anni solemnī decreto pronuntiavimus procedi tuto posee ad solemnem Venerabilis Dei famuli Joannis de Avila Magistri nuncupati Beatificationem. Quae cum ita sint Nos Hispaniensium Sacrorum Antistitum votis annuentes,

auctoritate Nostra Apostolica harum litterarum vř facultatem facimus ut Venerabilis Dei famulus Joannes de Avila presbyter saecularis Magister nuncupatus Beati nomine in posterum nuncupetur, ejusque lypasana sive reliquiae, non tamen in sollemnibus supplicationibus deferendae, publicae fidelium venerationi proponantur, atque Imagines radiis decorentur. Praeterea eadem auctoritate nostra concedimus, ut de illo recitetur officium et Missa de communi Confessorum non Pontificum cum orationibus propriis per Nos approbatis, juxta Rubricas missalis et Breviarii Romani. Hujusmodi vero officii recitationem, Missaeque celebrationem, fieri dumtaxat praecipimus intra fines Dioecesium Toletanae, Cordubensis, et Prioratus Cluniensis ab omnibus Christifidelibus qui horas canonicas recitare teneantur, et quod ad Missas attinet ab omnibus sacerdotibus tam saecularibus quam regularibus ad Ecclesias in quibus agitur confluentibus. Denique concedimus ut solemnia Beatificationis Venerabilis Dei Servi Joannis de Avila supradictis in templis celebrentur cum cum Officio et Missis duplicis Majoris ritus; quod quidem fieri praecipimus die per Ordinarium definienda, intra primum annum postquam eadem solemnia in Basilica Vaticana celebrata fuerint. Non obstantibus Constitutionibus et Ordinationibus Apostolicis, ac decretis de non cultu editis, ceterisque contrariis quibuscumque. Volumus autem ut harum litterarum exemplis etiam impressis, dummodo manu Secretarii Sacrorum Rituum Congregationis subscripta sint, et Sigillo Praefecti munita eadem prorsus fides in disceptationibus etiam judicialibus habeatur, quae Nostrae voluntatis significationi hisce litteris ostensis haberetur. Datum Romae apud S. Petrum sub annulo Piscatoris die vi Aprilis MDCCCXCIV. Pontificatus Nostri Anno decimoseptimo.

M. CARD. RAMPOLLA.

VERSION CASTELLANA

LEÓN, PAPA XIII

PARA PERPETUA MEMORIA

En tiempo alguno ha carecido la Iglesia de Dios de aquellos operarios apostólicos á quienes el Señor del Evangelio envió pródigo á cultivar su viña, y aquel precepto saludable que el Redentor del género humano dió á sus discípulos, cuando les dijo: «Id, enseñad á todas las gentes,» de tal manera se ha conservado en vigor siempre en la Iglesia que jamás han faltado en ella ministros esforzadísimos que anunciasen extensamente á los pueblos la sabiduría. Entre estos esclarecidos predicadores de la verdad divina por su sabiduría y por su santidad ilustres, debe, con razón contarse el Venerable siervo de Dios Juan de Avila, presbítero secular que floreció en España, cuna de tantos varones santos, en el siglo xvi, y á quien, por su arte particular en enseñar el camino del espíritu se ha dado el nombre de Maestro. Nació en la ciudad de Almodóvar, priorato de Ciudad Real, el 6 de Enero de 1500 y fueron sus padres Alfonso de Avila y Catalina Gijón. Desde muy niño mostró admirable índole y por su empeño en cultivar la piedad, por la inocencia de su vida y la modestia y pudor, que son salvaguardia de la virtud, brilló entre sus iguales como un verdadero ejemplo.

Consagróse al estudio de las Humanidades y de las Letras y tales progresos hizo en poco tiempo, aun siendo tan joven, por la agudeza de su talento en las ciencias liberales, que á los catorce años de su edad ingresó en la Universidad de Salamanca. Allí, sin

embargo, y en tanto que estaba consagrado al estudio del Derecho, movido por secreta inspiración de Dios, que le hablaba al corazón y le invitaba con voz amiga á subir más alto, hubo de abandonar los estudios de la Universidad y volvió á la casa paterna, y en humilde y apartado rincón comenzó á llevar una vida escondida con Cristo en Dios, movido del amor á la penitencia y soledad, buscando en ella el amor especial de aquel Cordero divino que se apacienta entre los lirios, para lo cual mortificó su inocente cuerpo con ayunos, vigiliass y flagelaciones, y fomentó la ingenua sencillez de su alma y el candor de sus costumbres con todo género de ejercicios de piedad. Tres años habían transcurrido desde que el Venerable siervo de Dios Juan, abrazara tan áspero método de vida, cuando, impulsado por las exhortaciones de un piadoso padre franciscano se dedicó al estudio de la Filosofía y de la Teología, y tomada la resolución de abrazar el estado sacerdotal, tantos progresos hizo en estos difíciles estudios, que sus mismos maestros en vista de su agudo entendimiento, tenaz memoria y continua aplicación, auguraron había de ser el más sabio de España.

Concluídos sus estudios y ordenado Sacerdote, entregóse por completo á la práctica de todas las virtudes; y ardiendo en deseos de congregarse al ministerio apostólico, propuso en su ánimo pasar á las Indias, por lo cual, vendido su patrimonio y distribuido á los pobres, presentóse dispuesto á acompañar al primer Obispo de Tlaxcala, que se disponía á embarcarse para Méjico. Mas, en tanto que esperaba en Sevilla el momento oportuno para el embarque, llevando á mal el Arzobispo de aquella ciudad, Don Alfonso Manrique, Inquisidor general de España, que un varón de tan gran virtud y ciencia abandonase su patria, hubo de llamar al siervo de Dios y mandóle permanecer en España, siendo inutil su resistencia. Obe

deciendo, pues, y secundando los deseos del Prelado, quien para el bien espiritual de su grey lo llamaba á consagrarse á los trabajos apostólicos de su patria, acometió aquella difícilísima empresa, en la cual, dirigiendo á otros muchos operarios trabajó durante cuarenta y cinco años. Recorre, en efecto, predicando la divina palabra, Sevilla, Córdoba, Granada, Ecija, Baeza, Montilla y otras muchas poblaciones de Andalucía; atrae al pueblo, ávido de escucharlo, y que acude en grandes masas á la consideración de las cosas celestiales por meido de su palabra elocuente y de los ejemplos de su santidad, y en donde quiera que predica, adviértese la reanimación de las buenas costumbres.

Era ciertamente de ver al pueblo pendiente de sus labios, en tanto que el orador sagrado, con el rostro y la mirada resplandecientes, increpaba con enérgica frase los vicios. ya arrancando lágrimas, ya atravesando los corazones de los oyentes con saludable temor. No podían faltar, pues, abundantes frutos; desaparecieron por su intercesión no pocas emulaciones, extinguiéronse parcialidades, vióse con frecuencia restituida la paz en los hogares, á menudo arrancados de sus vicios inveterados, introducida la moralidad, la piedad aumentada, y estimulado el empeño por conseguir la salvación eterna, siendo tantas y tan grandes las ventajas producidas en aquellos lugares con motivo de las misiones del venerable siervo de Dios, que con justicia y razón se le considera y llama Maestro y Apóstol de Andalucía.

Y no se limitó á procurar el bien, prosperidad y felicidad de la Religión católica con su palabra y piadosa predicación, sinó que también acudió con sus obras y escritos á la dirección de las almas de los fieles en los caminos de la perfección espiritual. Por esto acostumbraaba visitar á los enfermos, asistir hasta el último momento á los moribundos, favorecer

á las familias necesitadas aun cuando no lo solicitasen; consolar á los que padecían alguna calamidad y auxiliar continuamente con su consejo ó con sus obras según lo exigía el caso á sus prógimos. En el tribunal de la penitencia recibía benignamente á los que se presentaban á purificar sus conciencias, y unas veces con eruditos comentarios de las Sagradas Escrituras ilustrada la Sagrada Cátedra, y otras enseñaba el Catecismo con sencillas frases á los niños y aldeanos, habiendo quedado admirables testimonios de su santidad y sabiduría en las cartas que escribió.

Aunque tan continuamente entregado á procurar la salvación de los demás nada omitió, sin embargo, para conseguir la perfección y el complemento de las virtudes, con cuya práctica se había abrazado, bien persuadido de que debía estar él abundantemente dotado de las laudables cualidades que excitaba en los demás y de que el mérito de las palabras se aquilata con las obras.

Por todo ello de tal manera se divulgó su fama, que los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, hubieron de conferirle honrosísimos cargos, y varones eminentes por su santidad y á los que ha tiempo venera la Iglesia en los altares, quisieron regirse por sus consejos y lo apellidaron Maestro. El Venerable siervo de Dios Juan de Avila, después de haber hecho variar de vida á San Juan de Dios, lo estimuló con su palabra y ejemplo á correr por el camino de la perfección y de la santidad; trató familiarmente con San Ignacio de Loyola y amorosamente contribuyó al aumento de la naciente Compañía de Jesús, en España. A San Francisco de Borja estimuló para que abandonase el palacio del Emperador y diera de mano á los placeres del mundo, y, por último ilustró con sus sabias advertencias y dirección á San Pedro Alcántara y á Santa Teresa de Jesús.

Mas cuando revestido de tan resplandeciente ves-

tidura de gloria le admiraba España entera como el oráculo de la voluntad divina, contando ya setenta años de edad, acabado por sus trabajos apostólicos y por una larga enfermedad, durmióse en el Señor tranquilamente el venerable siervo de Dios Juan de Avila en Montilla el día 10 de Mayo de 1565, repitiendo con insistencia, con sus moribundos labios los nombres de Jesús y de María.

No desapareció, sin embargo, la memoria del siervo de Dios con su muerte, pues, sepultado su cuerpo transmitióse á las generaciones que le siguieron la noticia de sus virtudes. Así, pues, la fama de su santidad, que ya en vida había sido esclarecida, hízose mayor después de su muerte, y fué creciendo con el tiempo en vista de los innumerables portentos que demostraban cuán grato y acepto á Dios era el patrocinio del Santo varon. Por lo cual comenzó á agitarse la causa de beatificación y canonización del venerable siervo de Dios, en la Sagrada Congregación de Ritos.

Habiendo, pues, precedido todos aquellos trámites que las Constituciones apostólicas prescriben en esta clase de causas, Su Santidad el Papa Clemente XIII, de venerable memoria por su decreto dado en 7 de Febrero de 1759, declaró heróicas las virtudes con que en vida había brillado el venerable siervo de Dios. Entablóse, posteriormente en la misma Sagrada Congregación el juicio acerca de los milagros que se decían obrados por Dios y por la intercesión de su venerable siervo Juan de Avila, y examinado todo con severidad tuvieron por verdaderos y comprobados tres milagros, y Nos, por decreto de 12 de Noviembre del año próximo pasado declaramos la verdad de los dichos milagros. Restaba, aun que nuestros venerables Hermanos los Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos fuesen preguntados si dada, como ya se ha dicho, la aprobación de las virtudes heróicas y

de los milagros, juzgaban podía, con seguridad proceder á decretar los honores de Beato al siervo de Dios; y aquellos en la reunión general de 26 de Noviembre del mismo año celebrada ante Nos, respondieron unánimemente que podía hacerse así, con seguridad. Mas en asunto de tanta importancia diferimos manifestar nuestro parecer, en tanto que pidióse el auxilio del Padre de las Luces por medio de fervorosas oraciones. Hecho esto por Nos con suma diligencia al cabo en la Dominica primera de Cuaresma del presente año, declaramos por medio de decreto solemne que podía procederse con seguridad á la solemne beatificación del Venerable siervo de Dios, llamado Maestro Juan de Avila.

Después de lo cual, Nos, accediendo á los deseos de los Obispos de España, por nuestra autoridad apostólica y en virtud de las presentes letras, concedemos facultad para que el Venerable siervo de Dios Juan de Avila, presbítero secular llamado Maestro, sea llamado en adelante Beato y que sus restos ó reliquias se expongan á la veneración de los fieles, sin conducirlos, sin embargo en las rogativas solemnes, y las imágenes se adornen con aureolas. Además por esta misma nuestra autoridad, concedemos se rece de él Oficio y Misa de común de Confesores no Pontífices, con las oraciones propias por Nos aprobadas conforme á las rúbricas del Misal y Breviario Romanos. Mandamos sin embargo que la recitación de este Oficio y celebración de la Misa se verifique únicamente en las diócesis de Toledo, Córdoba y Priorato de Ciudad-Real, por todos los fieles que están obligados á la recitación de las horas canónicas, y en cuanto á las Misas, por todos los sacerdotes seculares y regulares que acuden á las iglesias de que se trata.

Concedemos, por último, que las solemnidades de la beatificación del Venerable siervo de Dios Juan de Avila se celebren en los antedichos templos con Ofi-

cio y Misa de rito mayor y mandamos que se verifique esto en el día que determinare el Ordinario dentro del primer año de haberse celebrado en la Basílica Vaticana, no obstante las constituciones y ordenaciones apostólicas y los decretos expedidos de *non cultu* y cualesquiera otros en contrario, y es nuestra voluntad se preste absolutamente la misma fe aun en juicio á los ejemplares impresos de estas nuestras Letras con tal que vayan firmadas por mano del Secretario de la Congregación de Ritos y autorizadas con el sello del Prefecto, que se daría á la expresión de nuestra voluntad por medio de la exhibición de estas nuestras Letras.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, día 6 de Abril de 1894, de nuestro pontificado el décimo septimo.—*M. Card. Rampolla.*



ÍNDICE

	PAG.
DEDICATORIA	1
LICENCIA ECLESIAÍSTICA.	3
PRÓLOGO.	5

PARTE PRIMERA

EL BEATO JUAN DE AVILA

Su tiempo, su vida y sus escritos.

Capítulo I.—El siglo XVI.	9
Capítulo II.—Noticias biográficas del P. Juan de Avila.—Sus primeros años.—Sus estudios.	30
Capítulo III.—Juan de Avila, Sacerdote.	34
Capítulo IV.—Propósitos del venerable Juan de Avila.—Quédase en España por espíritu de obediencia.	39
Capítulo V.—El Apóstol de Andalucía.—Portentosa elocuencia del P. Avila.—Efectos de su inspirada palabra.—San Juan de Dios — Doña Sancha Carrillo. —La condesa de Feria.	44
Capítulo VI.—El venerable Juan de Avila y Santa Teresa de Jesús	53
Capítulo VII.—El venerable Avila y la Inquisición. Falso concepto en que se tiene al tribunal del Santo Oficio.—El encarcelamiento del P. Avila. La prohibición del <i>Audi, Filia</i>	57
Capítulo VIII.—Últimos años del Venerable —Su muerte.—Sus discípulos.	64

	PAG.
Capítulo IX.—Los escritos del P. Avila.— Carácter é importancia de los mismos — El <i>Audi, Filia et vide</i>	69
Capítulo X.—Los escritos del P. Avila.— El Epistolario.	78
Capítulo XI.—Los escritos del P. Avila.— El tratado sobre el Santísimo Sacramento.—Otras obras del Venerable.	89
Capítulo XII.—Resumen de la vida de nuestro Venerable.	92

PARTE SEGUNDA

La Literatura Mística en España

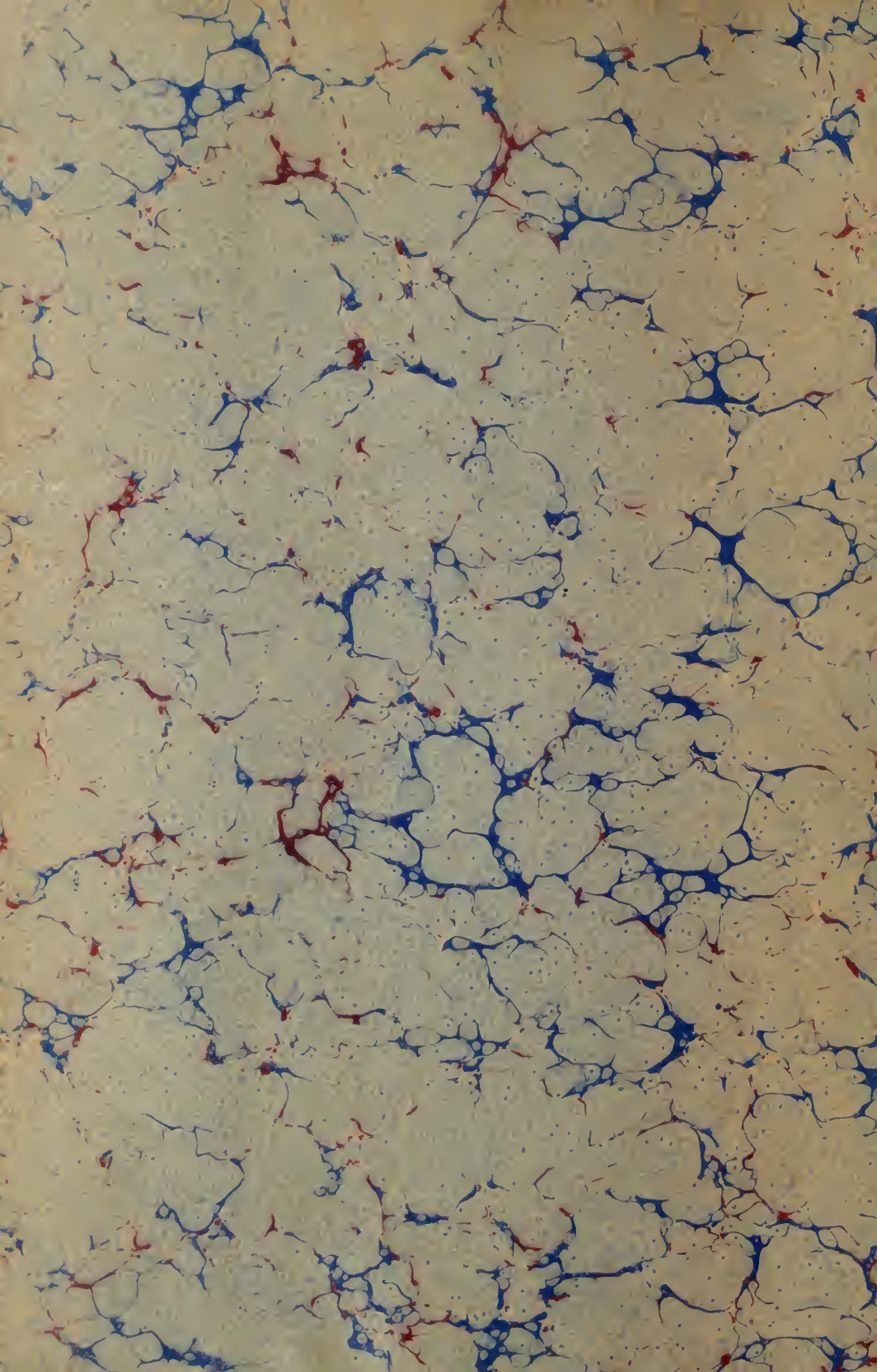
Capítulo I.—La literatura mística.— Su origen.— Elementos que influyeron en su desarrollo.— Los primeros místicos.	99
Capítulo II.—León Hebreo y su «Philografía».	104
Capítulo III.—Escritores ascéticos anteriores al siglo XVI.—Consideraciones generales —La oratoria Sagrada en los siglos XIII y XIV.— Siglo XV.— Escritores ascéticos y oradores sagrados del reinado de D. Juan II.	107
Capítulo IV.—Escritores ascéticos anteriores al siglo XVI.—Reinado de D. Enrique IV; la filosofía moral y la elocuencia sagrada en su tiempo.— Fray Juan López, Ruy Sánchez, Alfonso de Toledo, Doña Teresa de Cartagena.	113
Capítulo V.—Escritores ascéticos anteriores al siglo XVI.—Reinado de los reyes Católicos	117
Capítulo VI.—Fray Luis de Granada.—Sus escritos y su significación en la literatura mística.—«El Guía de pecadores y el Libro de la Oración y Meditación».	122
Capítulo VII.—Fray Luis de Granada.—Sus escritos (continuación) —«Introducción al Símbolo de la fe». —Otras obras en castellano.—Sus libros en latín y en portugués.—Opiniones de algunos críticos eminentes acerca del valor literario de Fray Luis de Granada.	149

	PÁG.
Capítulo VIII.—Santa Teresa de Jesús.—Su vida y sus obras	166
Capítulo IX.—Fray Luis de León.—Fray Juan de los Angeles	177
Capítulo X.—Fray Diego de Estella.—Fray Pedro Malón de Chaide.—Otros escritores místicos menos notables.—San Juan de la Cruz.—El P. Nicremberg.	184
Conclusión.	189
Apéndice.—Decreto de beatificación del Macstro Juan de Avila.	193
Versión castellana	199

FE DE ERRATAS

Página	Linea	DICE	DEBE DECIR
12	28	España.	España,
15	36	Sandobal	Sandoval
21	9	¿Cuán	¿cuán
21	11	Gonioneros;	Gorriñeros:
25	29	maesros	maestros
31	12	y en	y acaso en
31	13	Maestro Juan,	Maestro Juan.
33	34	D. Sancho IV,	D. Sancho IV:
51	13	merce	merece
57	22	dendores,	dendoras,
64	12	se,	se
67	28	otras	otros
71	3	vivina	divina
78	22	Linier,	Liniers,
80	28	Gallardía	gallardia
81	19	no en	no cae en
94	23	concomitencia	concomitancia
96	23	gloriosos	gloriosos
102	37	y otras	y otras,
106	29	ú	á
110	21	Occéano	Océano
116	5	Muerta	Muestra
126	5	Æli	Cœli
144	25	ángles	ángeles
191	34	los Goncosert	los Goncourt

NOTA.—Al considerar (pág. 191, línea penúltima) como Maestro al novelista Zola, entiéndase que lo hacemos solo bajo el punto de vista literario, y que de ningún modo recomendamos sus obras, pues son contrarias á la moral.



Avila, Juan de

108362

LS.

A9583

Author Catalan Latorre, Agustin

Y.C.

Title El Beato Juan de Avila.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not

remove

the card

from this

Pocket.

Acme Library Card Pocket

Under Pat. "Ref. Index File."

Made by LIBRARY BUREAU, Boston

